TIERRA ADENTRO



VICTORIA GUCOVSKY

VICTORIA GUCOVSKY

TIERRA ADENTRO



BUENOS AIRES
AGENCIA GENERAL DE LIBRERÍA Y PUBLICACIONES
Rivadavia 1573 — Buenos Aires
1921

CUENTO CORDOBES

—Un cuento, don Marco, le pedimos.

Y don Marco, viejo alto y flaco, que vive en el monte, donde es leñador, y sabe más cuentos que vainas da un algarrobo, entornó los ojos como para recordar, miró de lado al suelo, chistó entre dientes despacito, cruzó las piernas, se quitó el chambergo, lo asentó en la rodilla, sacó el pañuelo — derramando al sacarlo abundante tabaco picado, — se secó la frente y, pasándoselo también por la cabeza, desarregló aún más sus largas, grises y algo ensortijadas mechas, tosió un poquito... y luego:

—¿Qué les voy a contar yo? Si todas son cosas de hace mucho... y yo no sé si son verdad... y puede ser que sí no más... y puede ser que no... Pero ya que se empeñan... lo contaré como me lo contaron, porque a mí me lo contaron... que yo no lo vi.

Y al decir esto último, tironeábase la barba rala; y los ojos le chispeaban de malicia.

—Bueno, pues; hace de esto muchos, pero mu-

chos años... en un campo como éste no más, lindero a un monte; en una noche de luna, salió del monte un tigre, y sin más ni más arremetió a zarpazo limpio contra el campo, y mientras tiraba manotones de aquí y de allá, arrancando con sus tremendas garras matas de pasto y montones de tierra, bramaba:

"¡Llueve y llueve! y cada bicho en su cueva, y yo nada como... y deja de llover, y sale la luna, y con tanta luz me ven... y me disparan... ¡qué hambruna tengo!" Y, terrible, miraba la luna... Pero la luna allá arriba tan tranquila se estaba, brillando cual patacón de plata, y en el cielo para empañarla ni un asomo de nubecita... Furioso, volvió a pegar zarpazos capaces de matar un buey, pero allí no lo había... y del pasto no saltó más que un grillo que le dió en el bigote, y de puro chico que era, el tigre no lo aplastó...

Concluía la noche, muy lejos cantó un gallo, más lejos todavía empezó a clarear, el tigre sintió pasar la madrugada y se metió en el monte.

A la mañanita, cortando campo, iba al monte un chivo grandote, que parecía malo porque era negro, y como chivo que era, tenía cuernos y barba, y como era viejo, tenía cuernos muy grandes y barba muy larga.

Llegó al monte, y viendo el campo revuelto por el tigre, se paró, meneó la cabeza de arriba abajo, señal de que pensaba, y dijo: "Lindo campito y bien arado, lindo para un sembradito. ¿Quién lo habrá

arado?" Pero esto no le importó mucho... "Vuelvo a la chacra, se dijo: me traigo dos choclos, aquí los desgrano y hago la siembra. Me vendrá bien una chacrita, así tendré mi maizal"... Y como él no había arado... pensó que el otro bien pudo haber arado más...

Volvió a la chacra, nada contó de lo que había visto y de lo que pensaba hacer, pues que buen negocio entre muchos daría poco provecho, y no era cuestión de que toda la majada fuera a comerse luego el maizal.

Desgranó el maíz y sembró, sin surcos... al voleo no más...

Hecho el trabajo, se juntó con la majada, y como uno de la familia le dijera:

—¡Buen pasto habrás encontrado, hermano, por el lado del monte, que tan perdido anduviste hoy! Convidá, no te lo comás solo...

El chivo contestó rápidamente:

—No se te ocurra ir para aquel lado, pues hay chamico y nada más.

Puede que el otro no le creyera... pero no fué para aquel lado porque temía las topadas del negro.

A la noche el tigre volvió a salir y vió la siembra.

—¡Ajá! — dijo — buen negocio estar cerca de un maizal; no es que el maíz me guste... pero buen bocado serán los que vengan a comerlo. ¿Y quién habrá sembrado?

Pero no pensó mucho en esto, sino que se dijo:

"Ya que el otro siembra, yo araré más; cuanto más grande la chacra, tanto mejor".

Aró y se fué...

Vino el chivo y sembró más...

Y así estuvieron: de noche, el tigre arando... de día, el chivo sembrando... ¿Que nunca se buscaron? Pues ¿y para qué? Si así cada uno decía: "¡El dueño del campo soy yo!"

En el campito la tierra comenzó a resquebrajarse, y a los cuantos días a verdear; vino una lluviecita, y el maíz fué creciendo lindo, tan lindo, que al chivo se le hacía agua la boca nada más que al verlo... Con la disculpa de que lo aporcaba, de vez en cuando le pegaba un tarascón, y verdad es que mucho le costó no comérselo todo... pero no lo hizo pensando que espigado estaría mejor.

"Ahora que está tan lindo, pensó, bueno será que lo cerque, no sea que por aquí venga la hacienda o algún otro, y con la cuestión de que el campo está sin alambrar no me reconozca la posesión".

Rompió unas ramas, las clavó como estacas, y con los cuernos entretejió un cercado.

El tigre, a la noche, viendo el trabajo, se puso lo más contento: "¡Muy bien trabajada mi chacra!" Y para que el cerco estuviera más firme le arrimó tierra... "Todo es cuestión de paciencia, pensaba; ahora, cuando el maíz espigue, ¡cuánta hacienda va a caer! Entrarán por la tranquerita (también el chivo había hecho una tranquerita), y yo me los..."

Pero el chivo, que hasta en sueños veía el maizal,

aprovechó la noche de luna para ver si por fin ya espigaba; y cuando el tigre se decía: "Yo me los..." el chivo pasaba la tranquera y en dos saltos se metía en el maizal; y al saltar vió al tigre, y el tigre lo vió!...

Al chivo le pareció sentir una zarpa que lo deslomaba. Y al tigre le pareció que dos cuernos lo ensartaban.

Ninguno gritó ¡ay! Pero, muertos de miedo, cada uno por su lado pensó: "Cualquier día le muestro a éste que le tiemblo", y a una dijeron:

—¡Jem! Buenos días, don! ¿Cómo dice que le va?

—¡Qué dientes tiene! — pensó el chivo.

—¡Qué par de cuernos! — pensó el tigre.

El chivo, que estaba dentro, se dijo: "Me espera afuera... ¡Adiós, chacrita!... ¿Si lo hago entrar, y después disparo? Diga, don, ¿por qué no entra? Vea qué lindo está mi maizal".

—No me teme, pensó el tigre, y si no entro dirá que le disparo; mal negocio entonces.

Entró, pero se quedó al ladito de la puerta.

—Sí, ya veo; si el campito lo aré yo.

"Este será mi socio" — pensaron los dos a un tiempo.

El chivo, que no podía salir, hizo de tripas corazón y le espichó un discursito, pensando que el que habla no tiembla...

—Diga, don, conque era usted? Y yo lo he sembrado, y me decía — viendo tan lindo el maizal—,

bueno será avisar al socio y decirle: "Sírvase, compañero, que esta también es su casa!".

Y, de rabia, el chivo se puso a comer, pensando a cada bocado si no sería el último...

—Este... vea; yo de esto no como, no me sienta bien — contestó el tigre—; pero ya que tan temprano almuerza, algo iré a buscar y le haré compañía... ¡Hasta lueguito!

Y como buen gatuno salió rápidamente, sin hacer ruido.

—Me espera afuera... — pensó el chivo—¡cualquier día salgo yo! — y siguió comiendo.

Al rato volvió el tigre trayendo una presa sangrienta. El chivo por poco se descompone: le pareció tomar olor a hermano...

El tigre, por disculparse, dijo que aquello era una vizcacha... Pero el chivo dejó de comer... ¡no aguantó más!... de un brinco saltó el cerco, al par que gritaba: "¡Un buey me voy a traer yo, con el hambre que tengo!" y salió disparando... Saltó matas, saltó churquis; tanto y tanto corrió, que dió con la sierra, y como loco, andando de aquí para allá, oyó tiros, ladridos de perros, ruido de ramazón que caía, hasta que al lado de él, en lo más espeso del monte, cayó una tigra herida, medio muerta ya, y él, como si el miedo le empujara, le clavó los cuernos y la despenó.

"¡Esta es la mía! Sacaré al tigre de mi campo", pensó mientras de vuelta corría, y en llegando a la chacra se puso a gritar: "¡Oiga! ¡Diga, compañero!

¡Venga, déme una manito! ¡Maté una presa tan grande, que solo no me la puedo traer! Ayude y a medias se la doy, como este campito!"

El tigre salió de mala gana, refunfuñando:

—Como lo vi disparar, lo di por perdido... ¿qué dice que ha matado?

—¿Disparar yo?—exclamó el chivo—¿y a quién? ¡Venga a ver si la he peleado y si he sabido vencer!

El chivo hizo ademán de topar... y el tigre, viendo los cuernos ensangrentados, volvió a sentir algo así como un pinchazo en los lomos... y sin hablar más lo siguió...

Iban uno al ladito del otro, lo mismito que dos gauchos desconfiados, mirándose de reojo...

Ninguno quiso ir delante, por no sentir al otro detrás...

Se habían encontrado de noche; entre la corrida del chivo ida y vuelta a la sierra, había pasado el día, ahora anochecía... y el chivo apuraba el paso, inquieto con la noche que se le venía encima y en semejante compañía...

Iban recorriendo juntos el camino por donde el chivo antes había pasado; cuanto bicho los veía quedaba pasmado ante tan rara pareja; las liebres se restregaban los ojos: ¿si sería aquello verdad?; las iguanas coleaban, silbaban las serpientes, los viejos vizcachones atusando sus largos bigotes declaraban que en toda su larga vida no habían visto cosa parecida... las lechuzas a su lado, girando la cabeza, chillaban lo mismo... un zorro se paró y mirán-

dolos por sobre el hombro se preguntó: ¿cuál de los dos será más pícaro?; el benteveo gritó su burla, callaron su arrullo las palomas, y los teros y las urracas en la próxima enramada armaron tal alboroto, que hasta los gavilanes girando allá muy arriba fijaron su vuelo para mirar lo que había...

Viendo a los gavilanes, el tigre sospechó que estaba cerca de la presa, y a medida que iban llegando a la sierra y cuando por ella se internaban, husmeó inquieto el aire y el pelo se le erizó. ¡No era para menos! A los pocos metros separó el chivo la ramazón, y a su vez el tigre sintió miedo: "¡Mi señora, que tan brava era, y me la ha matado! ¡Cómo será de malo este tío!" Pensó esto, nada dijo y se echó...

Claro que en la noche el tigre veía bien, y no fué él, sino el chivo, quien pensó en encender lumbre...

Estaban cansados los dos de tanto andar aquel día, pero ninguno quería rendirse... Ya no pensaban en la chacra, sino en cómo iba a concluir aquello...

El tigre se dormía, cerraba un ojo y abría el otro. El chivo cabeceaba; pero a cada rato, ya por el crujido de una rama, ya por una chispa, el tigre enderezaba la cabeza y el chivo se echaba para atrás.

—¿Qué decía, hermano? Me había "distraído", sabe? — preguntaba el chivo:

—Yo, nada — contestaba el tigre. Y volvía a dormirse, mientras el chivo, por más que quería

darle conversación, al ratito no más de nuevo cabeceaba, hasta que en una de las cabeceadas dió con la barba en el fuego... ¡y aquello fué el diablo! ¡Ni el mismo mandinga tal salto hubiera dado!... Con el olor a quemado, con el ruido del brinco, también saltó el tigre, y viéndose por entre las llamas cada uno pensó: me ha madrugado. Y al par que gritaban: "¡No me mate, hermano!", dieron media vuelta y salieron disparando, uno para el norte, el otro para el sur. Disparar y disparar ¡quién sabe hasta dónde, pues el uno sentía dos cuernos que lo ensartaban y el otro una garra que lo deslomaba!...

—¿Y la chacra, don Marco?

—¿La chacra? Ji, ji — rió por lo bajo el viejito, — ¡cualquier día iban a volver por allá! Algún otro se la habrá apropiado no más... En pelea de dos pillos, sale ganando un tercero...

Don Marco se levantó, y mientras a golpecitos secos daba forma a su chambergo, con voz suave, como si tal cosa, dijo esta profunda sentencia: "Andar trampeando, parece más fácil... parece no más... y no es... De puro vivos, los vivos se quedan zonzos... tanta y tanta maña rebolean que en un descuido: ¡zas! se enriedan y caen pialados...

—Ansina mismito dicen en la escuela, tata — exclamó el boyero, que pasando se había parado a escuchar.

—Y ansina no más es, hijo...

CORRIDA DE SORTIJA

Una tarde de invierno. El viento, desde hacía horas, barría los campos resecos, arrastrando una interminable cortina de polvo, y de golpe, como si una fusta invisible lo castigara, irritado, revolvíase en remolino, levantando muy alto la tierra, y pasaba, girando con agudo silbido.

¡Cruz!; ¡ahí va el diablo bailando!, decían los criollos. Y verdad es que aquella tarde, que era de fiesta, también el diablo parecía empeñado en bailar, armando con el viento y la tierra una frenética ronda.

Tristes los campos por la falta de lluvia, tristes los colonos viendo los campos así... de mala gana se decidían a ir a la fiesta. Más de uno quedóse en su casa, y, reclinado sobre el quicio de la puerta, hubo de contemplar las tierras de labranza, de un color gris negruzco, que se extendían, sin una sola mancha de verdor, hasta perderse de vista. Pero en las casas donde la juventud primaba, el carro o

el sulky iban al pueblo, y una vez más dejaban su carga a las puertas de la fonda.

Casi todos los colonos, a la fonda. Casi todos los criollos, a la plaza, al descampado... Luego, iniciada la fiesta, se reunirían para admirar las proezas de los jugadores. Mientras tanto, en tres fondas se bailaba, y por décima vez en una de ellas el acordeón "suspiraba". "¡Oh, mia Rosina, tu sei bella come una stella!" Y como por el frío entornaran las puertas, desde el descampado la frase musical se oía a jirones: "Rosina... stella..."

* * *

Al trotecito, en un zaino, venía por el lado norte un jinete de chambergo y poncho.

—Por el trotecito del zaino y por el poncho, es el viejito don Marco — dijo un criollo—. Y, efectivamente, era don Marco. Llegó sin prisa, saludó a todos con un "buenas tardes, ¿cómo les va yendo?", y, fijándonos con un poco de malicia, dijo:

—¿Mirando?

—Mirando, don Marco...

Don Marco paseó su vista en derredor: dos vigas altas, bien clavadas en el suelo, unidas en la parte alta por un travesaño; de éste, colgado en el medio, un anillo, y a cada lado un gallardete con los colores patrios. Este era el arco para el juego de sortija. Más allá, una lonja de tierra un poco excavada y bien apisonada luego. Era la cancha

para el juego de bochas. Un alambre, tendido, cortando una calle, y otro más lejos, señalaban la pista para la carrera de embolsados.

Atadas a los postes del alambrado, de trecho en trecho, e izadas en astas de cañas que el viento doblaba, flotaban banderas... Tal era, en un rincón de tierra adentro, la decoración para las fiestas patrias.

Ante este cuadro, don Marco sentenció:

—Pues tuitos los años esto está más fiero.

En el pueblo grande, por la mañana hubo distribución de pan y carne al "pobrerío". "Muchas raciones", subrayó un bien informado... muchas! "el año venía malo"... Habían dicho que también darían ropa, pero estaba muy cara, y no la dieron...

—No por eso deja di'hacer frío — dijo don Marco y se apeó; ató su caballo a un hilo del alambrado, le aflojó la cincha, y sabiéndose escuchado, mientras recorríamos la plaza, tuvo su comentario para cada cosa:

—Esto del juego de bochas no es de mis tiempos... yo no sé jugar... y lindo el premio que le han puesto: un reló. ¡Será pa quien le haga falta saber la hora... Pa mi uso, con el sol me basta!...

—¿Y si tuviera que tomar el tren?

—¿El tren yo? ¿Y para qué? Con mi flete llego... Que el tren es más ligero, ¡claro!; pero pa qué tanto apuro... en llegando.

—"Veia" — señaló—, pa carrera de embolsados, premio: un talero.

—¡Será pa castigar la suerte! — terció Zenón Almada, criollo joven, flaco, de ojos muy negros y pestañas duras, de expresión vivísima y astuta. Por todo abrigo, un ponchito sobre los hombros; por todo calzado, alpargatas...

—¿Pa castigar la suerte, Zenón? ¿Estás en la mala?

—Estoy. Lo ganado en la cosecha, ido... y así como están los campos, sólo me queda el monte, a uno ochenta o dos por día, sin comida y proveeduría del patrón... ¡Quién fuera zorro o comadreja! Mal han di'esfar los tiempos, que pal premio e la sortija han puesto un par de botas! ¡Buena falta me hacen! Pa sacarlas me he venido...

Y ahí estaba el par de botas, colgado en un clavo y balanceándose al viento. Se me ocurrió, al mirarlas, que si había botas alegres, éstas tenían la cara triste. Don Marco las miraba, tironeándose la barba... también él calzaba alpargatas, y las calzaban sus hijos y su hermano y Zenón y otros muchos como Zenón.

—A mi chico le han dicho en la escuela que "tenimos", que tenimos no, porque yo no tengo nada... bueno, que tenimos no si qué barbaridad de millones de "cabezas de ganado"; así dicen: cabezas. Y veia, ¡pa calzar un par de botas... andá, tentá la suerte a la sartija! En mis tiempos daban pal premio un apero lindo, un freno con virolas de

plata!... Yo no sé de qué será... si será por la mucha gente, o si será el ferrocarril...

—Sí, el ferrocarril — interrumpió Zenón, con la picardía más seria—, que nos lleva la carne y los cueros, y nos deja esta barbaridad de millones de "cabezas de ganado", así como le enseñan a su chico en la escuela! ¿Cabezas?, cierto, no faltan... en el rancho e la vieja, pa sentarse a tomar mate, hay tres!...

* * *

¡Bumm!: las infaltables bombas de los festejos patrios anunciaban que los juegos iban a comenzar. Las fondas se vaciaron, la gente se arremolinó buscando alinearse a lo largo de la cancha de bochas y del juego de sortija (la carrera de embolsados se correría después). En esto, como en lo demás, la demarcación de gustos fué evidente: los criollos, a la sortija; los colonos, a las bochas... Pero las muchachas, que con sus trajes claros daban la única nota de color en aquel ambiente gris, tímidamente, por grupos, fueron arrimándose al arco de la sortija, y a él también llegaron dos nuevos personajes: don Santos — hermano del juez de paz y mayordomo de una gran estancia del sur — y el comisario, que iba a actuar de juez en el juego de la sortija.

Tanto Santos como el comisario llevaban el cham-

bergo echado sobre los ojos, cosa que hacía aún menos fija su mirada, que siempre huía.

Santos llevaba saco negro, pañuelo de seda blanca anudado al cuello, bombachas blancas, inmensamente anchas, metidas en no menos inmensas botas, y éstas apoyadas en unos enormes estribos redondos, de cuero claveteado con tachuelas doradas, y cuya principal característica — comentada por todos — consistía en ser una cuarta más grandes que los estribos del mayordomo de la estancia vecina.

Santos, gordo y grande, montaba un magnífico caballo alazán, y desde allí, apoyada sobre el muslo la mano con que empuñaba las riendas, y tironeándose con la otra el cerdoso bigote, miraba de reojo a las muchachas, y parecía querer dominar el mundo.

El comisario, flaquito y feo, y con una de esas caras que por lo desdibujado de los rasgos no admiten ningún análisis, vestía saquito gris, entallado y con hombreras, corbatita gris, "breeches" grises y polainas claras. ¡Con este trajecito un comisario de campaña! Además era semianalfabeto, sobrino de un diputado, hermano de un teniente, primo de un cura, y así, perfectamente apuntalado por estos tres poderes, y queriendo también él dominar el mundo, desde su minúscula altura, era fatuo y grosero con los humildes, torpe con todos, y renegaba siempre: "Maldita sea mi suerte! tener que estar en el campo!" Pero ya "ascendería"... y esperaba impaciente la hora en que no se sabía bien qué cam-

bio debía producirse en la legislatura o en el ejército o en la curia; y entonces, ¡ya verían!... llegaría a ser... ¿Qué? Yo no sé; pero en cuestión de pedir no se iba a quedar corto el hombre. Mientras tanto, estaba ahí, "distinguiendo" con su compañía a don Santos, hermano del juez de paz y mayordomo de una gran estancia...

—¡A la sortija, muchachos!

—¡Cinchá!

—¡Cuidado con la rodada, Zenón!

—¿Y de no? Con la helada di'anoche y el vientito este, ando engarrotao, y golpe sobre frío, ¡caray, si duele!

Diez jinetes se habían puesto en fila, y ya iba a salir Zenón, cuando Santos, cambiando una significativa mirada con el comisario, hizo caracolear su caballo ante el grupo de muchachas, y, sin apuro, fué a ocupar también él su puesto en la fila.

Y a pesar de haber llegado el último, se colocó primero. No veíamos bien la cara de Zenón; pero don Marco, a nuestro lado, murmuró: "El último mate pa quien lo ceba... ya sabe éste a lo que va"...

La señal, un rebencazo, y el caballo de Santos arrancó de un salto, y, levantando una nube de polvo, avanzó a la carrera. Santos alzó el brazo, pasó el arco, errando el aro; y entonces, ahí no más, furioso, sofrenó al animal de golpe, haciéndolo rayar con tanta fuerza, que un hilito de sangre le brotó de la quijada.

—¡Bruto!; ¡un animal tan lindo! — dijo don Marco.

Se adelantó Zenón; habíase quitado el chambergo, y el viento le echaba las crenchas hacia atrás; inclinóse sobre su caballo obscuro, y éste partió como una flecha. Zenón se solivió sobre los estribos, levantó el brazo, enfrentó el arco y con la corta varilla que llevaba en la mano rozó el aro. Por el golpe, éste saltó, cayendo al suelo... No valía...

Zenón sofrenó con cuidado y palmeó a su lindo caballo.

Por poco la ensarta — fué el alegre comentario —. Las muchachas sonrieron.

Los demás jinetes corrieron como manda la ley: a rienda suelta; pero ninguno acertó.

Todos sintieron que la cosa estaba entre Santos y Zenón.

Volvió a formarse la fila. De nuevo partió Santos, levantó el brazo, rozó el aro, pero no lo ensartó. El aro cayó al suelo. Con palabrotas y rebencazos quiso Santos desahogar su rabia.

—¡Arde! — dijo don Marco—. Los paisanos rieron y las muchachas también.

A su vez se adelantó Zenón. Estaba un poco pálido. Lanzó su caballo a la carrera; llegando al arco se volcó más sobre los estribos, levantó el brazo... ¡juái!; en la varilla brilló el aro. ¡Esta vez lo había ensartado! Partió una aclamación; pero, de golpe, todos callaron; nos acercamos al comisario. ¿Y?, ¡lo ensartó, pues!

—No vale; venía a media rienda.

Llegó Zenón y miró al comisario...

—No vale, te digo; soy juez y yo mando — le gritó.

—¡No vale! — apoyó Santos, y escupió.

Zenón se puso blanco y apretó los dientes. Rápidamente don Marco se puso al lado, y en tono festivo lo interpeló:

—Diga, amigo, ¿no sabe que cuando a la calandria la corre el gavilán, de nada le vale saber cantar?

Y, por lo bajo, agregó:

—Agachá, hijo, que hoy tenís en contra también al carancho...

Zenón, tal vez en ese segundo recapacitó: ¿echarse encima todo esto: al comisario, al mayordomo que da trabajo y es hermano del juez de paz? ¡Ni mandinga, con ser tan ladino, lo iba a sacar de semejante enredo! Volvió a la fila... los otros corrieron de mala gana... De nuevo salió Santos; llegando al arco, sofrenó un poco, alzó el brazo y ensartó el aro.

¡Para el mayordomo el par de botas!

Y entonces, Zenón, viendo definitivamente perdida su esperanza de tener botas aquel invierno, salió a todo lo que daba su obscuro... una y más vueltas dió a la plaza, hasta que el animal quedó blanco de espuma. Bruscamente, enderezó al grupo de muchachas, se tiró de un brinco, y con las manos en los bolsillos, encogidos los hombros y las puntas del

ponchito flotando al viento, "cepilló" ahí no más un "gato", al par que gritaba, con esta ironía alegre, que es aún más amarga que la otra:

—¡Chuy, chuy! No hay como l'alpargata pal frío!

CUADROS CAMPESTRES

"¡VAMO, Badola, vamo!: é tarde, la patrona aspeta!"

Si Badola hubiese podido contestar, con seguridad habría dicho: "Pero Carabinié, todas las veces que vamos al pueblo se hace tarde; bien habrías podido volver antes. Y ahora, apura, apura, porque la patrona "aspeta"... ¡Uff! siempre lo mismo". Pero como Badola no sabía hablar, se contentó con acelerar el paso por un momento, para volver luego al lento trotecito, única "velocidad" que le permitían sus viejas patas.

El sol se había puesto hacía rato; largas estrías de nubes rojizas rayaban el horizonte; el crepúsculo avanzaba. Las lechuzas, dejando sus pedestales, los postes del alambrado, en silencioso vuelo, ya seguras de su vista en la media luz, iniciaban la caza de "cuises" y ratones.

Carabinié volvía del pueblo, como siempre, algo "achispado", con su inseparable damajuana de tres litros sujeta entre las piernas.

Traía, además, la canasta con la carne, y para ésta iban — gracias a su dureza y, sobre todo, a su precio, que subía cada día — los rezongos en variados epítetos, entre los cuales sobresalía el de "¡carne di cane!"

Había comprado también una bolsa de harina; y la respetable suma de 20 pesos que le costara, gravada con un 20 por ciento de aumento, por haber sido "sacada" al fiado, lo intimidaba... Había colocado la bolsa de harina a su lado, apoyándola en el asiento del sulky, y de vez en cuando le echaba una ojeada, pensando en lo poco que iba a durar su plenitud de forma, en lo pronto que se achica cuando la masa sale bien y las grandes tajadas de pan fresco y sabroso, mordidas con avidez o desmenuzadas en los tazones de café negro o sopa, desaparecen una tras otra. ¡Cuánto pan comen los muchachos! Y bueno, que coman pan hasta hartarse. ¡Qué el almacenero apunte y apunte! Se debía tanto... se deberá un poco más...

En veinticinco años de América, Carabinié tenía muchos hijos y no pocos nietos; pero no había "hecho" la América...

Compraba siempre al fiado, y después de la cosecha — si la había — el almacenero le "arreglaba" la libreta: "tanto" el total de lo comprado, más "tanto" por el interés del capital adeudado, más "tanto" este interés, agregado al capital, si toda la deuda no era cancelada... ¡Y la deuda jamás era cancelada íntegramente! Esta era una de las pocas habilidades

de Carabinié y de las muchas del almacenero: "no, no me pague todo; con una parte me basta. Usted es un hombre honrado... por usted lo hago... Me pagará el año que viene"... Y a Carabinié siempre le quedaba una deuda, y al almacenero un cliente sumiso... y el interés se sumaba al capital, etcétera...

¿Se daba cuenta de todo esto Carabinié? Tal vez; pero había optado por no hacerse "mala sangre". Sin embargo, de vez en cuando, al mirar la libreta, se sulfuraba, encontrando que algo "staba mal", y resueltamente se iba al pueblo. El viaje era largo; por el camino casi siempre encontraba algún conocido, con quien charlaba de sulky a sulky, hasta llegar al pueblo, donde se apeaba ante una de esas fondas en las que siempre hay gente, olor a vino, animación, y donde se olvida el monótono trajín de la chacra.

—"Alé sí, Carabinié!" (1) — anunciaba un amigo. ¿Cóme le va, cóme le va? — respondía Carabinié con voz sonora; y olvidando su libreta, exuberante, afectuoso, exclamaba: "Custa volta a me" (2) ¡e, Carabinié, Carabinié!"

Llamarse a sí mismo Carabinié era su "tic"; y de ahí le quedó el sobrenombre.

El vino circulaba; las "voltas" se multiplicaban; se charlaba de siembras, de sequía, de cosecha; se

---

(1) Aquí está Carabinié.

(2) Esta vuelta a mí!

comentaba algún chisme; se hablaba, de paso, de la guerra (¡hacía tanto tiempo que la guerra duraba!) Las horas, sin sentirlo, corrían..., las compras se hacían al último momento; el almacenero apuntaba... y la libreta volvía tan mal como "staba".

Carabinié y sus amigos se despedían, para emprender el regreso, rezongando por que era tarde. Pero si Carabinié rezongaba, su mujer ya no lo hacía... Cuando el marido iba al pueblo, ya sabía que volvería tarde y achispado; ella habíase resignado a esto, como se resignan en general las mujeres que tienen mucho que hacer. Esperar al marido durante horas con la comida pronta, pasa a ser para ellas un trabajo más, dentro de sus trabajos, una preocupación más, unida a sus penas.

Además, la mujer de Carabinié quería a su marido, y como toda mujer que quiere a su marido, lo admiraba, y aunque el alegre Carabinié solía darle algún disgusto, ella se había acostumbrado a quererlo así.

—"Ma guarda, torna prest" (3) — le recomendaba siempre, cariñosa, viéndolo partir. Y él, benévolo, invariablemente contestaba:

—"Vado, vado e torno súbit, prima que vada suta el sol" (4).

Esta vez, como todas las demás, el sol se había cansado de esperar a Carabinié...

---

(3) Pero, mira vuelve pronto.

(4) Voy, voy y vuelvo en seguida, antes de que baje el sol.

"¡Vamo, Badola, vamo!"

Badola sintió la proximidad de la casa; iba a llegar, por fin, después de horas de hambre y de sed, al bocado de "alfa", al agua fresca de la bebida, y al descanso; y aceleró el paso.

La noche había caído. En la negrura del campo brilló una lucecita, pequeña como una de las tantas estrellas que tachonaban el cielo.

De la casa de Carabinié — como aplastada contra la tierra, hecha en barro y techada de paja — era todo lo que se veía. Allí estaban los suyos, vidas obscuras, valientes en la lucha por el pan; fuertes en la adversidad, siempre tan vecina, y exigiéndole poco a la vida...

"Torearon" los perros. Llegaban. Carabinié se palpó el bolsillo; en la fonda le habían dado un impreso: el "Boletín", rara letra de molde que visita las chacras... El boletín anunciaba los próximos festejos de Santa Rosa, prometedores de dos días de jolgorio completo, y — cosa que alegraba sobremanera a Carabinié — jolgorio a conciencia tranquila, porque de fiesta iban a estar todos.

—"E, paroto" (papá) — gritáronle. "Alé sí Carabinié, alé sí" — contestó esgrimiendo el boletín, que lo eximía de largas y confusas explicaciones...

Ya todos en la cocina, a la luz humeante de la lámpara sin tubo (era casi su estado permanente el estar sin él), el hijo mayor, un gigantón rubio, a quien, por contraste, llamaban el "Chit" (chico), comenzó a deletrear el programa, mientras sus her-

manas y hermanos, de los cuales ninguno sabía leer ni escribir, escuchaban ávidamente.

En suma: Disparo de bombas, juego de bochas, carrera de embolsados, juego de sortija, disparo de bombas, carrera de caballos, disparo de bombas, "función" religiosa, disparo de bombas, procesión, disparo de bombas... Por la noche, baile; entrada, un peso...

Lichú, el segundo hermano, protestó: — ¡Qué peso ni qué peso!; en las fondas se baila tan bien como en el "salón", y no se paga nada! — Sí, pero el comisario hace cerrar las fondas, para que todos vayan al "salón", observó Angelín.

—Y que las cierre no más—replicó Lichú—; bailamos con las puertas cerradas. — Y así mejor — terminó la madre, poniendo en la mesa la olla con la olorosa "minestra". — Bailaremos entre "noi altri"; nada de "teste de guisa" (criollos).

Para Neta, que tenía aún dos hijas casaderas, los hijos del país eran algo así como una pesadilla. No, no; nada de hijos del país para sus hijas; tocan bien la guitarra, saben decir "cosas lindas", bailan mucho, trabajan poco... Reconocía, sí, que los había buenos mozos; pero los tenía por pésimos maridos: "hoy aquí... mañana allá... pasado en ninguna parte; plantan a la mujer y a los hijos, como si tal cosa". Su Carabinié, vamos, no era una perfección, pero era "su" marido y el padre de sus hijos. Y si ahora trabajaba poco, porque ya sus

hijos eran grandes, antes, ¡vaya si había trabajado el pobre!

Las muchachas no decían nada; con tal de bailar, estaban conformes.

Carabinié tampoco decía nada; tenía sueño, ¿y qué iba a decir? Había sido muchas veces miembro de la comisión de fiestas, se sabía los programas de memoria, y éste no era ni mejor ni peor que los otros; era sencillamente igual a los otros.

* * *

Las chacras volcaban sus habitantes en el pueblo. En las casas no quedaban sino los muy ancianos.

Las fiestas son escasas; nadie quiere perderlas, y menos aun las de Santa Rosa, que une a sus "prestigios" de santa los de santa llovedora...

Hacía ocho meses que se prolongaba la sequía, y la gente, al mismo tiempo que quería reverenciarla, deseaba, sobre todo, recordarle su virtud: "a ver si Santa Rosa hace llover" — decían, en una mezcla de creencia, superstición y burla de sí mismos.

Jinetes, sulkys, jardineras, breacks, iban en dirección al pueblo por todos los caminos. El suelo durísimo sonaba bajo los cascos de los caballos; el polvo arrojado como a bocanadas por el viento norte, envolvía a vehículos y jinetes en una densa nube blanca, que se iba desgarrando a la entrada del pueblo, donde todos retardaban la marcha al cruzar las

calles mal trazadas y bordeadas de zanjas, para ir a detenerse ante la fonda de su predilección. Los saludos cambiados en alegre exclamación por el camino terminaban allí con vigorosos y prolongados apretones de manos. Las mujeres, al par que reunían a sus chiquillos con el ademán y el llamado, atentas al cumplido, se preguntaban mutuamente por los ausentes, en un interminable enunciar de nombres; y así, con frecuencia, el rudo dialecto piamontés alternaba con la grandiosa tonada cordobesa en un pintoresco consorcio fonético.

Las manifestaciones de bienvenida se hicieron más ruidosas cuando llegó Carabinié, "endomingado", con todos los suyos.

—"¡Salute" contestó radiante, y en seguida, aludiendo seguramente a las rogativas por la lluvia, en una asociación de ideas muy propia de sus gustos, tuvo un gesto que pareció simbolizar la fiesta: se puso de pie en la jardinera, empinó la damajuana con toda maestría, y exclamó: "¡L'acqua per il gran, il bun vin per mé!" (5).

* * *

—"¡Otro más que juegue! ¡A la chica y a la grande! ¡Otro más! ¡La suerte, señores, la suerte! ¡Otro más que juegue!"

La voz estridente del "tallador" lanzaba así su

---

(5) **¡El agua para el trigo, el buen vino para mi!**

llamado, que sonaba con chasquidos de fusta sobre toda la gente que iba llegando.

En la esquina de la fonda más concurrida, la "suerte" había sentado sus reales: una mesa, sobre la mesa un tablero dividido en doce cuadros numerados, sobre el tablero un cubilete y dentro del cubilete dos dados...

—¡Diez centavos por la "mesa"! ¡Diez centavos, nada más! ¡Otro más que juegue! ¡Barata la suerte, señores!

Algunos hombres se fueron aproximando, y por más que la mágica palabrita se anunciaba en "barata" adquisición, los que iban a jugar cambiaban un peso por "chirolas", y ponían así en níqueles su apuesta en una de las casillas del tablero... Si ganaban sacarían una modesta "redoblada", menos los diez centavos de la mesa, y si perdían...

Del uno al seis era la "chica"; del ocho al doce, la "grande", y el siete no se vendía: pertenecía al tallador. ¡Y, cosa rara... cuando había muchas apuestas a la chica y a la grande, siempre salía el siete del "tallador", y el hombre "arreaba" con todo!

¡Otro más que juegue!

Ciriaco, un peoncito "de lo de Santos", seguramente con todo su sueldo recién cobrado encima, se acercó y apostó un peso a la casilla del ocho.

—"¡Asina me gusta, la suerte pa los guapos!" —felicitó el "tallador", un español "acriollao" y hecho a todas las mañas del oficio.

—"¡Cantá no más, Caburé; ahorita no más ti co-

més el pajarito!" — replicó Zenón Almada, desmontando de su "pingo" y atándolo a una argolla empotrada en la vereda.

La concurrencia festejó la gracia; pero el "tallador" no se dignó contestar. Otras veces, Zenón había caído en la tentación del juego; quién sabe si de nuevo no iba a caer... y el tallador, buen conocedor de su oficio, jamás replicaba, ni aun cuando, a raíz de las "fatales" pérdidas, los jugadores esquilmados proferían contra él injurias y amenazas. ¡Tantas veces lo habían llamado ladrón los que de nuevo volvían a jugar, que el hombre se había hecho una imperturbable composición de lugar frente a la fragilidad humana. Sus únicas preocupaciones consistían en saber disparar a tiempo, en no dar con demasiada frecuencia con hombres como el Chit, que, a pocos pasos de allí, entre receloso y vengativo, enérgicamente había declarado: "¡Man chapá una volta, nanta volta mi chapa pi nen!" (6), y en estar bien con la "polecía". Esta vez, dos agentes le daban "distraídamente" la espalda.

—"¿Naides juega? Queda el cinco y el dos!"

—"Y el chanchito gordo para "bos", gritó Zenón en fácil "contrapunto", en medio de general algazara.

El "tallador" tiró los dados. Salieron el cuatro y el tres. "¡Siete!", gritó el hombre; su mano se abatió

(6) Me han agarrado una vez pero no me agarran más!

sobre el tablero, y en un hábil gesto de escamoteo hizo desaparecer la "chirola" junto con el pesito, al par que decía, dirigiéndose a Ciriaco:

—"Li ha errao por una, amigo; anda rondando la suerte!"

Ciriaco rumió: "Siete, ocho. ¡Sierto, li he errao por una!", y para recuperar el peso ido, puso otro en el tablero...

—"Uno o diez, pal caso el dijunto da lo mesmo", terció Zenón.

—"Anima bendita, a éste naides lo resucita" —entre zumbón y entristecido canturreó don Marco, que desde su cabalgadura miraba impasible y resignado aquel infaltable número de los "festejos", que no figuraba nunca en el programa "oficial".

Don Marco y otros muchos como él tenían la sensación de que aquello era malo; pero así era... así había sido...

* * *

El estampido de las bombas de estruendo, que anunciaban el comienzo de los juegos populares, rasgó el aire. El éxito de este número del programa fincaba en lo imprevisto de la fuerte impresión auditiva ejercida sobre hombres y caballos. Por esta vez el resultado fué satisfactorio, pues los caballos se abalanzaron, y los hombres hubieron de sujetarlos en medio de gritos y carcajadas, sobre todo de los que estaban de a pie... Pero el "nú-

mero" fué criticado, pues cinco bombas parecieron pocas, y se comentó que el año anterior habían sido diez.

—"¡Todo va pa menos! Pa la fiesta el Centenario, ¡cha digo que jué lindo! Ventiuna bombas pa la salía el sol, y ventiuna pa la dientrada! ¡Caray, hizo dóoler los óoidos!"...

El entusiasta admirador del estruendo era el negro Visitación María Telmo, "pa servir a usté"; profesión: "rejuntador de máiz", y cuando no había máiz, cosa que sucede en los años buenos nueve meses sobre doce, se lo pasaba en la estación esperando la llegada del tren, sentado en el suelo, enlazadas las rodillas con los brazos y "pintando". El detalle característico de su indumentaria lo constituía el sombrero, es decir, una parte del sombrero, pues al suyo le faltaba la copa.

—"Laa coomeción si haabía gaastao un plaatal pa bombas. ¡Cha digo que jué lindo!"

* * *

El viento norte seguía acarreando la tierra suelta de los campos arados, rastrillados y sembrados, que esperaban la lluvia. El polvo suspenso en el aire era tal, que enturbiaba el cielo, y el sol brillaba opaco e incoloro... Los juegos iniciados simultáneamente en la plaza y en la calle, pronto estuvieron en todo su apogeo.

Los partidos de bochas se sucedían, acompañados

por las características exclamaciones que señalan los tantos en la aproximación al "mingo"; y el final de cada "campeonato" era invariablemente festejado ante el mostrador o en las puertas de las fondas con abundantes libaciones de vino tinto, cuyo olor acre se expandía por el ambiente, junto con las notas gangosas de los fonógrafos y las destempladas del acordeón.

La "carrera de embolsados", con sus inevitables "tumbos", provocaba las carcajadas de los espectadores, mientras los embolsados, con tenaz y cómica gravedad, proseguían en su nada fácil empresa de llegar a la meta y "descolgar" el anunciado premio: "un pañuelo de seda con letras y todo"... Poco importaba que las "letras" no correspondieran a las iniciales del ganador, pues para éste aquel detalle tenía, con toda seguridad, el interesante valor de un jeroglífico indescifrable.

Pero el número del programa que despertó mayor interés fué la carrera de caballos, y la expectativa llegó al grado sumo cuando se anunció que la carrera sería de "topada" (es decir, que en ella podrían tomar parte todos los que quisieran), y que el premio sería de dos monedas de oro, dos libras esterlinas!

—¡Lindo! — gritó Visitación María Telmo.

—¡Lindo! — exclamaron cien voces, y también Zenón Almada, quien, como otros más, comenzó a desensillar y arrojó el apero a la zanja, a un lado

del camino, donde, como por encanto, surgió un muchacho comedido que se ofreció a cuidarlo. De golpe, a la barullera actividad de un momento, sucedieron el silencio y el malestar. Cada jinete contemplaba su caballo, y la gente reunida en torno hacía lo mismo. Nadie hablaba. Los caballos desensillados mostraban en toda su "desnudez" su lamentable flacura: las ancas hundidas, los arcos de las costillas rayando los lomos, el pescuezo como de cuerdas tirantes, la cabeza enormemente grande, el pecho hendido, las patas con las rodillas y los garrones grotescamente abultados, el pelo sin brillo, la cola rala, la crin pobre.

Todo hacía añorar el color y las armoniosas formas de los bien cuidados parejeros luciendo el pretal de plata.

Y los ojos! los buenos e inteligentes ojos de estos pobres caballos eran tristes, tristes como los de sus dueños, quienes con pena los contemplaban, pasándoles la mano por el lomo, en amigable caricia.

—"¿Qué quieren?" — parecía decir este hosco mutismo, — "ya no hay pasto a la vera de los ranchos ni a lo largo de los caminos. El maíz, que dicen sobra, y por leña y carbón lo queman, ¡gracias si podemos comprarlo para una triste mazamorra y comerlo desabrido, sin azúcar!"

La casi miserable vestimenta de estos hombres subrayaba la lamentable elocuencia del cuadro.

Don Marco, irritado por la pena de todo lo que

sentía tan suyo, en un ímpetu de heróico buen humor, lleno de optimismo, exclamó:

—"¡Canejo, si están de mi flor! Cabayo con la panza yena en día e carrera, yega a la cola... y eso, si yega!..."

—"Don Marco había e ser!"—murmuró Zenón, agradecido, y montó en pelo. Los otros hicieron como él.

—¡Abran cancha!—mandó una voz.

Jineteando soberbios caballos, apareció un triunvirato imponente: el comisario, Santos, y su hermano el juez de paz.

El comisario y el juez de paz tomaron colocación a la llegada de la raya, y Santos, encargado de dirigir la "largada", se unió a los jinetes y con ellos al paso fué hasta el extremo del camino — allí donde el pueblo comenzaba — mientras los espectadores formaban en dos hileras a lo largo de la calle.

"¡Dos libras, dos monedas de oro, de oro, de oro!"... y la palabra sonora evocando "brillo", se cernió sobre los golpeados por la suerte.

La largada fué difícil: la nerviosidad era grande. La expectativa crecía...

Un silencio... y de golpe un grito: "¡Se vienen!"

En pelotón, tirados de lado, apretando con los talones descalzos el cuerpo del caballo, agarrados de la crin con una mano, la cabeza ceñida con un pañuelo a guisa de vincha, excitados, profiriendo

alaridos, los jinetes avanzaban, en medio del vocerío de la gente, haciendo retemblar el suelo.

Encandilados los ojos por la mágica visión del áureo disco tan codiciado, pasaron: veloces, deslumbrados, azuzados por un terrible señuelo, como en fantástica persecución de lo inaccesible!...

* * *

¡Din don, don! ¡Din don!

La campana de la iglesia llamaba. Era su hora. El programa de los festejos "civiles" había terminado.

¡Din don! ¡Din don, don don!

La iglesia reclamaba sus fieles...

¡La suerte! la suerte, señores! seguía voceando el "tallador"...

LA SEQUIA

—¿Lloverá, don Marco?

—¡Buena falta que hace, don Pedro! No hay cristiano que no lo ruegue, ni bicho en el monte que no lo pida. ¡Pero, vaya uno a saber...! Tuitas las señas dicen: va a cáir agua... y no yueve... Será qu'es cierto aqueyo de:

> Cuando la perdiz canta
> Ñublao viene.
> Pero no hay mejor señal de agua
> Que cuando yueve...

Dicho esto, don Marco, con la resignada bonhomía de quien no tiene mucho que perder y sabe, por lo demás, que con atormentarse no se hace "cáir agua", miró entristecido a don Pedro, que tanto había trabajado; pensó en otros que, como él, esperaban la lluvia, y se despidió con un: "Hay que tener pacencia... Ansina es la vida..." Y, al trotecito de su zaino, se alejó.

* * *

La sequía se acentuaba, haciendo peligrar la cosecha. Y en el pueblo, y por los caminos, y en los campos y en las casas de los colonos, la pregunta de todas las horas era la misma: "¿Lloverá?" Y la observación minuciosa y los comentarios y los dichos acerca de los "signos" que se cree anuncian lluvia, no tenían fin.

Soplaba el viento norte, trayendo un hálito tibio: viento norte "saca" lluvia... El ganado se ponía nervioso, brincaban los terneros, altas las colas, dándose de topadas e iniciando carreras: señal de lluvia.... Se revolcaba el toro "como cabayo": señal de lluvia... El potro relinchaba inquieto y las yeguas escarbaban el suelo con los cascos, husmeando la tierra: señal de tormenta... Los patos, abriendo las alas, se zambullían ruidosamente en la laguna: señal de lluvia... Cantaban los gallos a medio día: el tiempo va a cambiar...

Unas cuantas nubecillas manchaban, a girones, el cielo: "cielo empedrado, suelo mojado"... Si el halón cercaba la luna, los buenos piamonteses, en su rudo dialecto, no dejaban de mentar el dicho: "Quant la luna a la el reu, u vent u breu!" (1).

Si sobre la sierra asomaba un nubarrón y luego

(1) Cuando la luna tiene la rueda, o viento o "caldo" (agua).

otro, y otro más, abriéndose en abanico, ¡cuántos ojos ansiosos miraban aquel punto del horizonte! ¡Cuántos esperaban el viento sur que traería, tal vez, la tormenta con el chaparrón siempre tan distante! "Nubarrón sobre la sierra, la tormenta espera", decían los labios en su inacabable enunciar de refranes. Tormenta, sí, tal vez de tierra, ¡pero todos esperaban tanto la lluvia!... El viento norte ya no sopla. Sobre el campo se extiende la quietud anhelosa de la espera; de golpe, una racha fría se insinúa; la roseta de los molinos gira bruscamente al sur, de donde el viento se eleva veloz, soplando con más fuerza a cada segundo, para llegar furioso, arrastrando tierra y más tierra, doblando árboles, quebrando ramas, y pasar aullando por las esquinas de las casas, haciendo temblar las paredes, sacudiendo los techos, y arrancándolos, a veces. Se desencadena terrible, como deseando tomar revancha sobre el norte, que sopló unos días. En su furia, levanta nubes y más nubes de la tierra, y las empuja por sobre los campos sedientos, por sobre las viviendas tristes, por sobre los montes negros, quemados por la sequía y las heladas. Alza nubes y más nubes... y se las lleva... se las lleva sin dejar caer una sola gota de agua!...

Una tarde el sur "cae" bruscamente, y ante los ojos que alguna lágrima amarga empaña se destaca, sobre un horizonte purísimo, lleno de calma, el violeta intenso de la sierra.

El desaliento y la angustia de una esperanza que

se esfuma, planean con su pesado vuelo sobre los campos. Pero una mañana el viento este se levanta, alguna nube asoma... "Vento de la costa, l'acqua é nostra!" Y con este dicho, que expresa, como muchos otros, la necesidad que tiene el hombre de renovar siempre su esperanza, la espera de la lluvia se inicia de nuevo.

* * *

Don Pedro no dejaba de recorrer su chacra un solo día: la contemplaba, inclinábase inquieto sobre ella, como sobre el rostro de un sér querido que sufre. Padecía con ella el tormento de la sed. Buscaba ansioso en esta faz desesperadamente inmutable el estremecimiento de algún signo de vida. ¿Dormían intactos los granos o habían brotado? ¡Ah, cuán lejos estaba la vida lozana del trigal crecido! ¡Cuán lejos sus ondas glaucas, con reflejos de seda, que ruedan susurrando bajo el soplo del viento que pasa!...

Y sin embargo, ¡cómo había trabajado este año esa tierra! Había arado los viejos rastrojos y había roto también campo virgen. La tierra estaba dura, pero la esperanza era grande, porque la última cosecha, que había sido buena, compensó en algo la pérdida total de las dos anteriores. Y este año, don Pedro hubo de trabajar mucho, porque la conscripción le había privado de la ayuda del hijo mayor: su Yuanín. "La ley

dice que hay que servir, y hay que servir, y ésta es su tierra", había dicho don Pedro a su mujer y a su hijo, que miraban inquietos la perspectiva del cuartel. "Es un año... Un año ¡bah! pasa pronto; yo hice tres, allá en Italia".

Pero a Yuanín le tocó la marina: dos años.

Ginotta, la mujer de don Pedro, anduvo no pocos días llorando por los rincones, y don Pedro, ceñudo, escondía la pena de su mirada bajo la maraña de sus pobladísimas cejas.

¡Dos años sin el muchacho era demasiado! Hasta ahora habían trabajado sin peón, pero este año, por más que su hija Marietta, de 18 años, lo ayudara, y también su mujer, turnándose con Marietta en el arado y en la rastra, un peón había sido necesario, y lo tomó a la "réndita". ¡Y la sequía amenazaba ahora hacer perder el esfuerzo de todos!

* * *

Don Pedro se inclinó, y con sumo cuidado, arrancó una pequeña plantita de trigo. ¡Ahí la tenía en su callosa mano. "su" esperanza, y la esperanza de tantos otros! A pesar de la sequía, muchos granos habían brotado: tres hojitas verdes, largas, finas, suaves como seda; un tallito corto y casi blancuzco; raicillas que indicaban bien a las claras la lucha de esta vida empeñada en no morir. Entre el nacimiento del tallo y la raíz, la cascarita, la envoltura del grano, estaba adherida aún, semejan-

do una bolsita vacía... ¡Y vacío estaba el granito de trigo! Había dado toda la vida y toda la reserva de alimento que guardaba; no era ahora más que un hollejo. Ya nada podía dar el granito guardador del tesoro; la plantita sola debía luchar. ¿Vencería? ¡Ah, si lloviera, con qué avidez chuparían las finas raicillas el agua! ¡Cómo ascendería por el tallito hasta la punta de las hojas el agua bienhechora! ¡Cómo se erguirían fuertes las hoy mustias plantitas! ¡Ah, si lloviera!... Y don Pedro seguía teniendo en su ruda mano aquella frágil vida, que hubiera querido proteger.

Solo, en medio del campo, que confundía su monótona tonalidad de tierra reseca con la línea negra del monte, allá, a lo lejos, don Pedro recordaba... Recordaba cómo con su Ginotta, jóvenes los dos, desembarcaron un día en el gran puerto. Cómo el tren los llevó tierra adentro. Cómo allí levantó su casa, con tierra de la misma tierra a la cual arrojara con la simiente la esperanza de su primera cosecha! Vino la cosecha, y nació Yuanín, su primer hijo. Y la alegría del hijo, su futuro aliado en la vida y en el trabajo, le dió nuevos bríos; quiso tener un campo de donde no lo arrojaran, donde el dueño fuera él, y suyos los árboles plantados y suya la casa de material que levantaría, suya la tranquilidad, para no sentir pendiente sobre sí la amenaza del desalojo, siempre posible, dado el bárbaro sistema de contrato anual a que, como tantos, se hallaba sometido.

Los años malos y los años buenos se sucedieron, en proporción no estable, como todas las cosas de la vida... El valor del suelo subía, muchas veces debido a la especulación y no a la producción, y el arriendo subía también para el colono aunque "sus" entradas no aumentaban ni mejoraban sus condiciones de vida. Ninguna circunstancia favorecía la adquisición de un pedazo de tierra. La familia había aumentado en mucho, y en muy poco su bienestar. ¡Sin embargo, se trabajaba, se había trabajado siempre! Cuando Yuanín cumplió cinco años, lo sentaron en un caballo, y fué boyero. Los hijos del campo, desde muy pequeños, muestran ya un semblante serio y tienen la expresión de hombres. Yuanín boyereó concienzudamente: cifró su orgullo en no dejar "empastar" los vacunos y en impedir el pisoteo de los sembrados. Si alguna vez se cayó del caballo y lloró, no lloró por el golpe, sino porque, sin ayuda, no podía montar a caballo. Pero cuando cumplió seis años no lloró más, porque, sirviéndose de los brazos y de las piernas, aprendió, si no a subir, por lo menos a treparse sobre el lomo de su cabalgadura.

Marietta, a los tres años, mecía a Beppo y "cumplía", además, con la chacra, incitando durante largas horas al viejo caballo Patara, atado al malacate, a proseguir sus monótonas vueltas. A los cuatro años, su tarea aumentó con el cuidado que requería Beppo, inquieto duendecillo que, bien plantado sobre sus descalzos pies, correteaba por todos

lados, sin temor ni a las patas de los caballos, ni a los yuyales, ni a los charcos de agua, que más bien hacían su delicia...

Para don Pedro, aquellos años fueron los más difíciles: había que pagar los implementos de labranza y los caballos, había que ahorrar centavo tras centavo, para dejar de ser mediero e instalarse por su cuenta. Su valiente Ginotta, ¡cuánto lo ayudó! Aró a la par suya, y también rastreó. Apagaba el fuego en la casa y escondía los fósforos, porque le daba mucho miedo pensar en el fuego estando ella lejos. Encerraba a Beppo con Marietta en la única pieza que tenían, colocando en la puerta un tablero que, sin quitarles aire ni luz, no los dejaba salir. Y los encerraba sobre todo, por temor al pozo y a los cerdos, que andaban sueltos. Ponía sobre la mesa dos tajadas de pan y dos tazones de leche, cuando la había, porque, aunque esto parezca extraño, es muy frecuente que los colonos no tengan vaca. Hecho esto, hacía la invariable recomendación: "Marietta, piura nen! ¡Sté grava, varda Beppo!" (2). Y se iba al campo. Marietta y Beppo

Al caer la tarde, Ginotta volvía apurada, y mientras el marido desataba y Yuanín traía la hacienda, ella encendía el fuego y preparaba la merienda. se las arreglaban como podían; comían o desmigajaban su pan; volcaban o no la leche, y aprendían allí, a solas, un idioma que sólo ellos entendían.

---

(2) ¡Marietta, no llores! ¡Sé buena, cuida a Beppo!

¡Años duros! Y la pobre Ginotta bien pronto perdió su juventud.

En las largas noches de invierno, don Pedro enseñó a Yuanín y a Marietta las primeras letras. Y, a la verdad, que fueron las primeras y últimas, porque de allí no pasaron. La escuela estaba lejos, lejos... Cuando Yuanín cumplió ocho años fué al arado, y Marietta fué boyera. Años tras año, el trabajo de Yuanín aumentó en la chacra; llegó a ser el brazo derecho del padre, y luego lo superó. El padre "curaba" el trigo y Yuanín sembraba. Este conocía bien el cantito alegre de las cadenas que, culebreando tras la sembradora, tapan el grano. Conocía demasiado la penosa espera de la lluvia, la impotente rabia ante la invasión de la langosta, las rudas tareas de la cosecha, en que se trabajaba de sol a sol, y la corta febril ante el temor de la manga de granizo que acecha la espiga en sazón. Para los trabajos de la cosecha se tomaban algunos hombres de afuera: los horquilleros, el "pistín" y el ayudante del parvero.

Don Pedro manejaba la espigadora, y Yuanín desempeñaba con maestría el cargo de parvero. ¡Ah, qué lindo era marcar el sitio de la parva, verla formarse y crecer bien derecha, gracias al rápido y certero acomodo que daba con su horquilla a las gavillas de oro que le arrojaban desde el carro en una avalancha sin fin! ¡Qué lindo era, viéndola concluída, clavar la horquilla en aquel tesoro, y en un minuto de descanso contemplarla, bien techada, a

prueba de lluvias y de viento! Llegaba, ¡por fin!, después de tantos desvelos, la hombreada de bolsas al pie de la trilladora, hombreada que el primer día le levantaba ampollas en el hombro, que luego la "mamma" curaba con el "unto sin sal", ante la sonrisa de don Pedro, que reía a la cosecha y a las espaldas robustas de su hijo.

Don Pedro recordaba todo esto... ¿Habría cosecha este año? ¿Le darían licencia a su Yuanín?

* * *

Anochecía. Don Pedro, regresaba lentamente a su casa. Por el camino, y en dirección a la misma, vió venir, al paso tardo de los caballos, un carro de alfa, cuya mole obscura se destacaba sobre un cielo pálido. Señal de los tiempos: era alfa comprada y traída desde muchas leguas, porque en los potreros ya no había nada.

De golpe, en el silencio del crepúsculo, se elevó una voz varonil, amplia, sonora. Era Esteban, el peón, que conducía el carro y cantaba. ¡Buen mozo, Esteban!; "sin miedo al trabajo", activo como pocos, y, sobre todo, alegre: ¡cantaba siempre! Cantaba, aun cuando la sequía estaba a punto de hacer peligrar las sementeras, y la hacienda hambrienta, vagando por los que habían sido jugosos alfalfares, buscaba en vano una mata verde.

Entonaba una de esas canciones de Piedigrotta, de melodía amplia como una ola.

En la puerta de la cocina se perfiló la figura de Marietta. ¡La voz llegaba cálida y tan hermosa!:

Cu sta bella serata
Ch'e suspire 'e stu viento,
pe stu mare d'argiento
quant' e bello a vucá!

Don Pedro se estremeció. Ya sabía él que los muchachos se querían. Y bien, ¡que se quisieran! Esteban era trabajador, y Marietta... ya se sabe: las mujeres, para casarse y tener hijos. ¡Y qué más quería él sino tener nietos! Mirarse en los hijos de sus hijos, verlos crecer...

Dint' a echesta varchetta
(ca' no cónnola pare)
sule sule p'o mare
ncé volimm' addurmí!

Pero esta alegría en medio de su pena, este olvido de todo ante el influjo de la pasión, le crispó los nervios, y él, siempre tan paciente, siempre tan calmo, tuvo un gesto de mal humor:

Dint' a echesta varchetta
(ca' no cónnola pare)

Repetía la canción. Don Pedro prorrumpió: "¡Madonna! ¡Ma che tanta barchetta, sa ie nen deva!" (3).

---

(3) ¡Madona! Pero, ¡qué tanto barquito, si no hay agua!

Cesó el canto... Marietta entró y, apenada, se inclinó sobre el fogón; entonces, Ginotta, llevando de la mano a Pedrín, su último hijo, salió a recibir a don Pedro, y mientras éste tomaba en brazos al pequeño, Ginotta lo contempló en silencio, como diciendo: "¡Mi hombre es bueno, pero qué quieren... ¡no llueve!"

PIETRO

PIETRO era el típico exponente del "lingera", el eterno nómada de nuestra campaña.

Cuando, hasta perderse de vista, los campos se extienden negruzcos, después de la primer arada, y sólo rompe la monotonía del color el verde de los alfalfares y el amarillo desteñido de las maizales ya maduros, van desfilando por los caminos y a lo largo de las vías los "lingeras"....

Como tantos otros otros, Pietro había hecho su anual peregrinación en solicitud de trabajo de la estación, y, como tantos otros, veía concluir el otoño e iniciarse los largos meses del invierno sin un centavo en el bolsillo y sin la perspectiva de encontrar un techo donde cobijarse.

Como muchos otros, había ido al sur y al norte, al este y al oeste, sin la menor seguridad de encontrar trabajo, sin haber recogido ningún dato al respecto, sin haberlo pedido siquiera; ¿y a quién?... Lo único que sabía era que había maíz para "rejuntar", e insensiblemente él y centenares

de sus semejantes se condensaban alrededor de los pueblos, hacían bajar los salarios por el exceso de brazos, dejaban en el mostrador del almacén toda la plata en cambio de "provedurías", y una vez cosechado el maíz de la región, siempre sin rumbo certero, al acaso, se iban... Tal vez, tal vez... más allá habría maíz... El "tal vez" se esfumaba un día: ya no había maíz en ninguna parte. Entonces, Pietro había hecho lo que tantos otros: ir por los caminos, detenerse ante las tranqueras y pedir algo, o mirar y no pedir...

Pietro había simplificado o, mejor dicho, las circunstancias habían simplificado hasta un extremo inverosímil su vestimenta, y si tenía camisa, ello se debía, seguramente, a que "no era un hombre feliz"....

Los 'lingeras" llevan su "lingera" a cuestas... Pietro no llevaba más que una varita cruzada sobre el hombro, de cuyo extremo pendía un tarrito de lata sujeto por un asa de alambre. Dentro del tarrito guardaba una rica cuchara, que halló junto a la vía del tren, arrojada, probablemente, desde algún coche comedor.

Cuando Pietro llegó, a la caída de la tarde, a la tranquera, teniendo a sus espaldas una roja puesta de sol, su andar por el polvoriento camino había sido tan silencioso, su aspecto era tan inofensivo, que los perros no ladraron... La única cosa que denotó su presencia, fué el suave tin, tin, tin de la cuchara dentro del tarrito de lata.

Pietro habló; su voz tenía la aspereza de algo herrumbroso... Seguramente hablaba poco. Pidió trabajo; en ese momento no lo había. Entonces se quedó mirando al monte, sin decir nada; su silueta se recortaba con la nitidez de un aguafüerte sobre el incendio del poniente.

Don Marco, que desde lo alto de su cabalgadura lo había visto llegar hacía rato, dijo con su eterna sonrisa, en la cual tantas veces despuntaba la ironía, pero sin herir:

—"¿Qué dice, amigo? Las golondrinas yá si han ido d'estos pagos: será pórque tienen alas... Usté si ha quedao: será pórque no sabe volar"...

Tin tin, tin... sonó el tarrito.

—¡Vaya con el hombre! Segurito nomá qu'en el tarrito yeva patacones de plata,—bromeó don Marco.

Pietro descolgó el tarrito y mostró la cuchara. Evidentemente el tarrito estaba tan vacío como el estómago de su dueño.

Pietro pasó a la cocina.

—Buenas noches.

—Buenas.

Los peones le hicieron sitio, y acostumbrados, como buenos paisanos, a no demostrar curiosidad por nada, esperaron que un plato de humeante sopa le desatara la lengua mejor que cualquier pregunta.. Sonrieron un poco, cuando Pietro — tal vez para no perder la costumbre — volcó el plato

en el tarrito y, sentándose en el extremo del banco, con "su" cuchara se puso a comer...

—¿Viene de lejos? — preguntó el capataz.

—De lejos.

Comió y se quedó mirando la lumbre, perdida la mirada quién sabe adónde... tal vez en ninguna parte...

Parecía tener más de 50 años, y bien podía no tener ni 35. Rubio, con unos enormes bigotes lacios que caían sobre su descuidada barba, su cara tenía un aspecto muy sufrido; los ojos, ocultos bajo unas pobladísimas cejas, eran tan azules que parecían lavados.

Los peones se fueron a dormir.

Pietro no traía nada con que cubrirse, nada sobre qué descansar. Así había dormido por los caminos. Era un 'lingera"... En nuestra "rica" campiña los hay muchos así...

* * *

A la mañana siguiente declaró:

—Yo cuidaré a mis hermanos.

—¿Qué hermanos?

Pietro señaló los chanchos...

El capataz se encogió de hombros y el boyerito, alegre como la mañana, rió a más no poder.

—¡Pucha, qué panzada de risa mi'e dáo! — dijo a los peones contándoles lo ocurrido.

Y cuidó de los chanchos, dándoles de comer más de la ración señalada. No parecía sino que sentía una extraordinaria satisfacción en hartarlos: ¡él que tantas veces se había dormido sin comer!

—"Corpo di bacco! ¡ma come mangiano!"

Flaco, se extasiaba ante la enorme gordura de las bestias, y un día en que las veía gruñir satisfechas enterrándose en el lodo de la laguna, — quién sabe! tal vez por contraste con la sensación de bienestar que parecía emanar de los cerdos, — se despertaron los recuerdos en él, y sin que nadie lo interrogara comenzó a hablar.

Su voz era monótona, apagada, y casi parecía hablar para sí mismo — ¡como que tantas veces se le había oído discurrir en voz baja! — Pero no, esta vez hablaba para otros, aunque no los mirara. Sus ojos lavados parecían escudriñar allá... sus recuerdos.

Las frases eran breves; el relato deshilvanado.

Había estado en una "fazenda" brasileña. De Argentina llevaba 12 años. Trabajó con un hermano suyo en la Pampa como peón "a la réndita"; les iba "arregular" trabajando... ¡pero sobrevinieron dos años malos, el dueño del campo "s'arrabió" y pidió el desalojo; a la calle fueron 25 familias...

Su madre estaba en Italia, con dos hermanas y un hermano menor... Cultivaban un retacito de tierra... quisieron que aquella tierra fuera suya,

y a fin de ganar el dinero para comprarla se vinieron a "l'América"... "¡E sí, volontá... volontá non mancava...!".

Apenas desembarcados, fueron a trabajar a un horno de ladrillos; en Floresta... Después salieron a levantar una cosecha: ganaron "bien", pero se ahorraba poco... Luego, no encontrando trabajo en el campo, volvieron a la ciudad. Se emplearon en las excavaciones de las obras de salubridad: se "guadagnava"... pero un día un desmoronamiento de tierra por poco los sepulta: "mamma mia, credeva morire!"' El hermano no murió aquel día, pero lo "ammazzarono" en Trípoli...

"L'ammazzarono"... él lo había visto con la cabeza rota, los ojos vaciados.... un día que hacía mucho calor; cuando lo vió ya estaba "abombado"...

Su voz se quebró...

Anochecía; los chanchos salieron de la laguna, sacudiéndose el lodo.

Con voces de mando militares salpimentadas de ternos, Pietro los fué arreando, cruzó el corral y los encerró en el chiquero.

—"En la güerra, te dan bien da comer... comes bien la mattina... e a la notte, t'ammazzano!"...

El cielo se había cubierto de negros nubarrones; aquí y allá una que otra estrellita parpadeaba débilmente...

Pietro se quitó el sombrero y extrajo de su inte-

rior un lío con papel y tabaco para armar un cigarrillo.

"E si"... él y su hermano habían ido a la guerra, porque, "claro", fueron "ricchiamati"... Si no iban, el usufructo de los ahorritos que habían estado mandando allá a su terruño se perdía para ambos. Pagar la tierra, y no verla... ¡imposible!

—"A la güerra se vá e non se piensa crepar!"...

Los pusieron en un vapor. "¡Viva! ¡Chin! ¡Ratachín!"...

Seguramente hacía rato que Pietro no hablaba tanto... Su voz sonó tan destempladamente en medio del silencio, que los perros se abalanzaron ladrando.

El boyero y los peones, "husmeando" algún relato, se acercaron, "hambrientos" por escuchar. El cuento verdadero... o inventado... siempre es bien recibido en el campo, rompe un poco la monotonía de la vida... Escuchan, jamás interrumpen, y la enormidad más grande es aceptada en silencio; allá para sus adentros, cada uno separa la verdad de la mentira o se permite dudar...

Pietro empleaba un lenguaje muy común en nuestra campaña; él lo llamaba "il champurreao", y era éste una mezcla de mal español y mal italiano...

—"A la güerra te mándano, claro... non ti preguntano si tenés volontá d'andare... si te preguntábano non iba nessuno!"

—Bueno, ¿pero si el enemigo te quiere poner los "bastos" encima? — terció un peón.

—"Lo turqui, non ti poniano lo bastos in nessuna parte! Mirá: la güerra e come tutto: "ello" mandano e "mangiano": ¡vos trabacas! En la güerra "ello "mangiano", mandono e fuchilano e lo soldati crepano!... revientano! Se non vas, te fuchilano, se vas... se vas...

¡Guarda!... Pietro, de dos tirones, se quitó la camisa; el haz de luz que salió de la cocina alumbró su descarnado tronco: el hombro derecho presentaba una larga cicatriz blancuzca, profundamente hundida en la masa de los músculos y adherida al hueso.—"Casco de metralla"... "La marca de la patria... paga cosí"...

A la "mamma", el comando le escribió: "Il suo hico é morto per la patria". El regresó enfermo: la herida supuraba, tenía fiebre, quedó "seco", nunca volvió a tener la "forza" de antes.

Concluída la guerra, allí no había trabajo para él "una patada: ¡va via!"

"Avanti" la guerra, les habían prometido un reparto de tierras en Trípoli. "Pbreu!" Tierra hay en Italia, y muy buena, y aunque poca, con tal de ser propia... bien felices se hubieran sentido en ella.

Volvió a "l'América" siempre empecinado en comprar con lo ahorrado aquel retacito de tierra, y con la secreta esperanza de la llegada de algunos años "muy" buenos que le permitieran establecerse

aquí y traer su familia. Pero los años "vinieron mal", y para concluir de echarlo todo a perder, ¡brum! ¡otra guerra!"...

Lo volvieron a "ricchiamar". "¡M... non voy nada! perdí tutto... ahora sono desertore... ¡E porca miseria!"...

* * *

Pietro llevaba colgada al cuello, por un piolín, una bolsita de color indefinido. Púsose de nuevo la camisa; sus brazos, al entrar en las mangas, proyectaban una larguísima sombra. Tan flaco y desgarbado, parecía uno de esos espantapájaros que, para burla, más que para terror de los gorriones, se suele colocar en las huertas. El pantalón, demasiado grande, caía; la camisa tenía aún más remiendos que el pantalón, y el sombrero—prenda indispensable para todo espantapájaros, y que no lo era menos para Pietro—tenía como curioso detalle su cinta descolorida y desflecada prendida con un alfiler de gancho...

¡Tantas cosas había perdido Pietro que, evidentemente, no se decidía a perder una más!...

Mirándolo, uno se preguntaba si había sido niño alguna vez — lindo como todos los niños — si había reído, si había jugado, si luego había amado...

¿Qué le había dado la vida? ¿Qué esperaba de ella?

Su cara tenía una expresión hosca, y se notaba que la serie de dificultades habían hecho de él uno de esos hombres atormentados, cuando se deciden a pensar, y resignados, tristemente resignados, cuando ya no ven el "para qué" ni el "por qué" de nada. Sus oyentes debieron formarse una rara idea de algunas cosas después de oir sus picarescas y amargas reflexiones:

—Lo turco nos tiravano con cannoni "reformati" — cañones viejos — que Francia les había vendido, pero que "reformati" y todo "ammazzavano" lo mismo... — Germania — seguía Pietro — nos vendía proyectiles y también cañones. Los oficiales italianos nos "mandabano" según la "tática" alemana.

—Ahora — comentaba Pietro — matamos alemanes con cañones que ellos nos vendieron... Los turcos, que nos mataban con cañones franceses, matan, si pueden, a los franceses... Los alemanes nos matan con la "tática" que ellos nos enseñaron y...

El boyerito bostezó aquello era muy complicado...

Los peones, evidentemente, estaban sometidos a un rudo ejercicio mental; uno de ellos quiso sacar, tal vez instintivamente, algo bello y heroico de todo este lamentable "enredo".

—Ché, pero decí, hay guapos que la saben peliar! El otro día, en el almacén, ese... de la esquina de la carnicería de don Jesú, había un ritrato, ¿sa-

bés? di uno de esos que mandan, que le estaba poniendo una medalla — decía que di oro — a uno de línea; ¡por algo sería, ché!

—¡La medaglia! e sí... ¡te da un'altra volta la pata, dopo que te l'anno tagliata! — rechinó Pietro — y exasperado contra la guerra, contra su suerte, contra todo, su cara se contrajo aún más. "Ellos" tenían la culpa! "ellos", ese poder invisible que a él y a miles de sus semejantes los atenaceaba en su engranaje, los estrujaba y manejaba a su antojo. "¡Ellos!" ¿dónde encontrarlos así de frente? ¿cómo asirlos? Los sentía en todo: en el jornal escaso, en la alimentación cara, en la ropa de precio inaccesible, en las alpargatas rotas a los pocos días de puestas, en la imposibilidad de vivir en su país y en el impedimento de poder formar aquí su hogar, amar... vivir, ¡por fin!; en dormir por los caminos ,y en el suelo pelado, en las chacras; en no poder exigir nada ¡jamás! y en la necesidad de trabajar sin perspectiva de mejoramiento! En trabajar en todos los países con el mismo esfuerzo y el mismo cansancio y en ser remunerado en cada uno de ellos con moneda distinta y perder en los cambios! ¡En no sentirse dueño de nada, absolutamente de nada, y "menos" que de nada, ni siquiera de su vida, porque "ellos" lo mandaban morir en defensa de lo que él no sentía ser suyo!

Pietro descolgó del cuello la bolsita; él no era "nessun atorrante", tenía "sus" papeles. Los tenía

todos en orden... en perfecto orden... con todos los sellos, con todas las firmas, con todas las identificaciones.... Sellos y firmas, el dia que nació... Después, sellos y firmas cuando el servicio militar; luego muchos sellos y firmas en el pasaporte... más tarde el "ricchiamamento"... después el licenciamiento y al poco tiempo otro pasaporte... Y por fin, tras de tantos sellos y firmas... ¡ahora era desertor!

* * *

Todo estaba en perfecto orden... Este hombre rendido a los 40 años, transformado en un miserable "lingera", y que moriría como tal, resignado con su mala suerte y exasperado, sólo por breves momentos, contra esos "ellos", estaba completamente documentado...

Si la sociedad jamás le había dado nada, en cambio lo había "prontuariado" con toda meticulosidad...

Pietro volvió a meter "sus documentos" en la bolsa y a colgársela al cuello.

—Otra marca — dijo.

* * *

Los peones entraron en la cocina.

Pietro quedó solo; la noche había cerrado completamente. El silencio, ese silencio del campo en que

parece que hasta los árboles duermen, se cernía sobre todas las cosas.

Allá en el horizonte titilaban las luces del pueblo grande...

La mole del monte se confundia con el cielo. A ratos la luna emergía en las nubes; bajo su luz brillaban los hilos del alambrado y se dibujaba la tranquera que cerraba el camino.

Pietro volvió a abrir la bolsita, extrajo de ella un pequeño retrato y lo miró largamente...

Era una fotografía borrosa, en la cual él "veía" más de lo que ya quedaba en ella: dos ojos muy negros, cabello sedoso, un pañuelo negro con florones, ciñendo el busto, un pequeño broche de coral prendiendo el pañuelo; una sonrisa, buena y lejana... muy lejana...

* * *

Una tarde, Pietro dijo que se iba.

Tomó su tarrito, lo colgó de la vara, y como llevaba algún dinero se fabricó "la defensa del lingera" con un pedazo de alambre curvado en forma de aro, en un extremo, para pasar el dedo, y punzante como un estileto en el otro.

—Cuando son "asina" — dijo un peón — ya no s'iaquerencian en ninguna parte.

Pietro abrió la tranquera y se fué... Tin... tin... tin... hacía la cuchara dentro del tarrito de lata.

Los altos pastos ondulaban a lo largo del camino; el monte murmuraba algo en voz baja.

Pietro se perdió a lo lejos, como uno de esos barquitos que, rotas las amarras, se van así, a la deriva...

VISPERAS ELECTORALES

—SI quiere carne di oveja, bueno, y si no... otra no hay.

—Pero don Jesú, ¿ y eso? ¿Y aquellos tres se los va a comer solo?

"Eso" era una vaquillona, que, mugiendo angustiada, forcejeaba por desasir sus astas del lazo, con el cual dos criollos la amarraban fuertemente a un palenque, enclavado a un lado del corral y no lejos de un chañar corpulento.

—Eso es pal dotor Equino, y aqueyos tres, di a uno: pa los rojos, para Toribio Veleta y pa los "demátratas".

—¿Demócratas?

—Eso mesmo. ¿Y sabe? Si han puesto di acuerdo.

—¿Cómo de acuerdo, si no hacen más que tirarse al alma?

—Y sí, pues... pero digo que si han puesto di acuerdo pa eso de convidar a "su" gente: un asadito al asador — no están los tiempos pa disperdiciar el cuero —; vino, no; empanadas, tampoco; y taba, eso sí, a discreción...

—Dicen que con eso del "nuevo régime", empanadas y vino es corrución... Pero qué corrución va a ser! Pa mí ¿sabe? es por mezquinar la plata nomá... ¡Viera diantes! Cada caudillo a quién más! Asao con cuero, tamales, ginebra, empanadas, vino hasta cair redondo, juego e taba, baile, guitarra... y la farra duraba días!

¿Ahora? tuito es corrución...

¿Quién salió perdiendo? ¡El criollo, pues! Diantes daba el voto y lo hartaban; hoy da el voto lo mesmo y ni se quita el hambre!

Todo esto fué dicho por don Jesú Miranda — el hombre más gordo del pueblo — mientras hacía los preparativos del "sacrificio": afilar un largo y angosto cuchillo y colocarse a guisa de delantal una bolsa toda pringosa por la sangre de anteriores carneadas, metiéndola en la cintura del pantalón, el que no pudiendo ajustarse sobre su enorme vientre, caía atrás como la floja piel del trasero de un elefante. Miranda encaminóse hacia la vaquillona, y con un gesto que contrastaba sobremanera con el "dulce nombre de Jesús", de una feroz cuchillada la degolló. La sangre saltó a borbotones, formando un charco, que, al embeber la bosta del corral, despidió un olor agrio y penetrante.

Los novillos, a dos pasos de allí, los ojos muy abiertos y llenos de espanto, husmeaban tendiendo el morro y mugían sordamente... Los peones, provistos de largos cuchillos que manejaban con gran destreza, procedieron a desollar el animal; a cada

golpe la piel se desprendía, mostrando un informe tinte rosa.

En seguida izaron la res por las patas para colgarla del chañar, y de un solo tajo la hendieron de arriba abajo; las vísceras, como desbordando, se vinieron al suelo.

Don Jesú alargó su cuchillo a uno de los peones; se restregó las manos en el "delantal", aplicó un puntapié a un perro, que disparó aullando, espantó una nube de zumbonas y enormes moscas verdes, y con un enérgico ademán ahuyentó a la haraposa chiquilinada que, como todas las veces que se carneaba, había surgido allí como por encanto en solicitud y cuando más en miserable compra de alguna "achura": "Dice mi mama si le vende cinco de"... No especificaban de qué. ¡Adónde se ha visto comprar cinco centavos de nada, y menos de carne! "¡Hoy ni los bofes!", les gritó, y dirigiéndose a algunos vecinos que habían venido a proveerse, como de costumbre, les explicó: "Las reses andan escasas; los de los comités me las han pagao bien; asina es que pa los vecinos he carniao oveja. Si gustan... Mateo lis va a despachar"...

Esto fué dicho con toda altanería: como que don Jesú era el único carnicero del pueblo y podía darse el lujo de sentirse omnipotente...

Además, por aquellos días, dos "dotores", un hacendado y un fuerte comerciante "lo habían andado tanteando, y luego de tantear, ofertando"...

Don Jesú aun no se había "comprometido" con

nadie. Para el negocio, por el momento, era lo que más convenía: si se "apalabraba" con los demócratas, "en seguidita no más" los azules le iban a cerrar el negocio por falta de cumplimiento a las ordenanzas municipales. "¡Las ordenanzas municipales! política, pura política!", bramaba don Jesú. Y a la verdad que los carniceros de campaña, y aun los tan gordos como don Jesú, debían ser admirables equilibristas, porque acertaban a tapar las ordenanzas municipales con un "embanderamiento" oportuno!

Si se inclinaba por los azules, corría el mismo riesgo para el futuro en caso de que los demócratas ganaran...

Y si por los rojos... ¡Qué complicado era todo esto! En cuanto a cumplir las ordenanzas municipales... ¡ni que hablar!

Una espesa alfombra de estiércol tapizaba confortablemente el corral. Durante la sequía, las ventolinas lo remolineaban, aplicándolo cuidadosamente sobre las reses recién carneadas... Cuando llovía, en la liga "se encajaban" las alpargatas y mejor era andar descalzo...

En todo momento miriadas de moscas ponían allí sus huevos, que estallaban al calorcito suave de la fermentación, haciendo de aquello un hervidero de larvas inquietas. Don Jesú las miraba asombrado: "¡Señor! ¡por qué habrá criado tanta mosca Dios!" Y en su profunda admiración, ante tamaño prodigio, no se atrevía a hacer nada para destruirlas.

"¿Bretes para carnear? ¿Chapas de cinc en el mostrador? ¡Cosa e gringos!"

¿Piso de portland? ¡No estaba él para resfríos! "La tierra fresquita pal verano, calentita pal invierno".

"¿Delantal? ¡Qué se lo pusiera la mucama del míster del ferrocarril!"

¡Maldita política! Y, sin embargo, tenía sus conveniencias, sus "acomodos", sus arreglos, sus dulzuras... la política... Todo era cuestión de tener "buen pálpito". Y luego, ¡qué bien se iba a estar, "amigazo", con todos los de la "situación"! ¡Adiós ordenanzas! ¡Adiós inquietudes! ¡Bien venida alguna hacienda robada! Rico el mate en amigable plática con el "revisador", encantado de la limpieza y poniendo el invariable "visto bueno" a las reses...

¡Tranquilidad!... sopor... y dejarse estar... oyendo el ruidito familiar de las moscas, contentas también ellas, ¡pobrecitas!...

* * *

¿A quién iba a dar "sus" votos don Jesú? Sus votos, porque eran el suyo y el de "su" gente. Su gente, que él consideraba en política como algo incondicionalmente suyo. Y todo el que en el campo da trabajo, considera las cosas así. Dar trabajo fijo, es ser para las elecciones pequeño "empresario" de votos, y el problema está en entregarlos a un buen

"acaparador". ¡Cuántos sentían idénticas tribulaciones a las de don Jesú! No se hablaba de partidos, y menos de programas. Se hablaba de "caudillos", no de candidatos; a éstos no se los mentaba siquiera... Los caudillos y sus promesas o sus amenazas: esto era lo visible, lo palpable.

Los estudiaban, los comparaban y terminaban por "verlos" iguales en sus propósitos, idénticos en sus procedimientos, y hasta dotados de un sello común en su exterior. ¡Cómo se parecían!

El doctor Lince, abogado, terrible enredador de pleitos y empeñado siempre en dar con testamentarías en las que hubiera menores, era radical rojo porque se había peleado con los azules.

El doctor Equino, médico, hacía de su consultorio y hasta de la casa de sus enfermos una agencia electoral. Era radical azul porque los azules estaban en el gobierno. Y él estaba siempre con los del gobierno, teniendo por lo tanto "muy buenas relaciones", mediadores excelentes para conseguir la libertad de los presos, y en esto — más que en el arte de curar — tenía fama de "Mano Santa".

Pancho Balanza, rico comerciante, con muchos "elementos" en su mayoría hijos de sus deudores' que casi siempre, muy agradecidos a sus "bondades" y a su paciencia en la espera del dinero, lo acompañaban en política con toda docilidad — era demócrata porque antes había sido radical y estaba decepcionado...

Don Toribio Veleta, hacendado, padrino de cuan-

to chico nacía; amigable componedor de "enriedos", condolíase fácilmente de los que adeudaban varios años de contribución directa, cuyo servicio, sin "interés"... tomaba generosamente a su cargo, pero a la larga, a retazos, el campito pasaba a su poder.

Empecinado defensor del arriendo a un año, declarábase "buenazo". Daba trabajo a muchos peones, y prometíalo siempre a muchos más.

Don Toribio Veleta era don Toribio Veleta a secas, porque "pal tiempo e las elecciones yevaba su gente y daba güelta el poncho pal lao diande iba a calientar el sol".

Gozaba de general admiración por su "viveza", y casi... de general estimación.

Los cuatro vestían bien, llevaban chambergo blando sobre los ojos. De vez en cuando repartían muy ostensiblemente unos pesos "al pobrerío", generalmente en el andén de la estación.

Se "rozaban con la gente baja" cuando la precisaban, la despreciaban luego, la tuteaban siempre.

Iban a misa en semana santa "por cumplir". Alardeaban con frecuencia de liberalotes, y en ambos casos eran igualmente falsos...

"¡Che, m'ijo!", era el trato que prodigaban en tiempo de elecciones a todos los Visitación María Telmo, y cuando comprobaban con cierta fruición que no sabían leer, sentíanse aun más sus protectores...

Siempre intrigando, sonreían siempre. Abrazaban y palmoteaban, diciéndose amigos de todo el mun-

do... pero no tenían ni uno solo. Eran de amabilidad "exquisita", y procaces en el hablar todas las veces que podían. No se molestaban por nada que no redundara en beneficio propio.

Afectos a las confidencias, declaraban que la política era "una porquería", que el mundo estaba lleno de "desagradecidos", confesábanse profundamente "desilusionados" y tenían odios terribles, pues tomaban como agravio personal, como insulto a sus méritos, cualquier acto u opinión capaz de obstaculizar sus tramoyas o ambiciones. Llegar a ser diputados, era su sueño, y desde allí trepar.. trepar siempre...

En su propaganda electoral prometían defender "sus" derechos a terratenientes, comerciantes e industriales, y a los criollos, con sonrisa condescendiente, les decían: "Ya sabés, che, de un apuro siempre te he de sacar". Habiendo agregado en esta campaña, como una innovación de la eterna farsa, "formales" promesas de "dar" trabajo, "hacer" subir los jornales, bajar el precio de los artículos de primera necesidad, etcétera. ¿Cómo harían esto? ¡Bah! Los electores no se lo preguntaban...

"Tuitos son lo mesmo, sólo que diferientes de nombre". Y esta trístisima definición de Zenón Almada — unidad electoral — era compartida por todas las otras unidades cuya suma daría el triunfo a un partido, y algún señor muy seriamente se sentiría elegido.

* * *

Terminada la faena, don Jesú fuése en busca de "su silla" y de "sus diarios": "El Orden" y "La Regeneración". Y mientras Mateo ordenaba las "achuras" y Visitación María Telmo — peón de ocasión —, sentado en cuclillas cerca de una tina llena de agua, vaciaba las tripas raspándolas con un cuchillo, don Jesú Miranda arrimó su silla a la sombra del alero, y leyendo sucesivamente los dos "papeles", sucesivamente también su enorme vientre fué sacudido por formidables carcajadas:

—"¡Che, Mateo, cómo lo ponen al dotor Equino! Mirá, che, mirá": (y leía silabeando): "Sepa usted, doctor Equino, que si se cae al río ni con pinzas habrá quien lo saque!"

—"Saldrá solo nomás, pa ése no hay chiquero sucio", refunfuñó Mateo sin participar de la alegría de su patrón.

—"Mirá, che, lo que le "retruca" el dotor Equino (y leía, pero con mucha dificultad): "Yo he nacido con la frente muy alta".

—"Este habrá nacido como cualquier cristiano no más", volvió a refunfuñar Mateo.

Miranda, imbuído en la lectura, no le hizo caso, y siguió leyendo: "A mi cuna, mecida por las más preclaras altiveces, no llega el fango artero arrojado por siniestras con-cul, con-cul-ca...

—"¡Conculcaciones!" — gritó, entrando, el es-

cribiente de la comisaría, y recitó el párrafo de memoria.

Don Jesú Miranda y Mateo se quedaron con la boca abierta. Visitación María Telmo seguía limpiando tripas...

Y así, en un corral, al caer de la tarde, en la hora en que todo parece buscar reposo en el campo, para despertar con más pujanza de vida a la mañana siguiente, un elector que sabía leer y dos que escuchaban eso, fué todo lo que en materia de exposición de opiniones, programa, plataforma y propósitos "aprendieron" en vísperas electorales...

* * *

—Dice el doctor Equino que lueguito vaya po ayá.

Visitación levantó la cabeza y divisó en lo alto de la tapia a Cleto, uno de los numerosos hijos de doña Mamerta, la pastelera.

—¿Y pa qué?

Cleto quiso contestar algo, pero un fuerte acceso de tos lo sacudió todo, amoratándole la hinchada carita e inyectando en sangre sus grandes ojazos negros. Para "resollar" se sentó. Las piernitas desnudas se confundían con el color de la tapia. Un pedazo de pantalón ceñido a la cintura por varias vueltas de piolín, y restos de algo que había sido camiseta constituían toda su vestimenta,

que hacía aún más lamentable la flacura de su cuerpecito moreno.

—No sé — dijo por fin, aludiendo a la anterior pregunta, y luego, sin transición, con voz monótona, en la que había un leve canturreo, comenzó un triste relato, interrumpido por breves silencios que hacían aún más amarga la melopea:

—La Rosarito murió anoche, la estaban velando... Don Toribio dió dos pesos "pa lutos"... don Pancho mandó un paquete e velas. La Lucerito seguía mal no más... la médica le había dado "cocimiento de tres hojas de Peje pa la fiebre" y "yerba e sapo con aceite e comer aplicao a los sentíos, pa confortativo de aire"... El dotor Equino había dicho que estaba bien... pero don Marco vido la mixtura y le dijo a Zoilo que "esto ayudaba a sanar o a morir más ligero"... A Epifanio, el boyerito de lo de Luque, lo habían mandao a las casas, porque estaba con chuchos... y la vieja Pancha no tenía ni pa remedios... Sandalio ha vuelto de Pozo del Molle porque naides pensaba entuavía cortar trigo... y don Toribio Veleta lo iba a conchabar pa la corta de alfa si se apalabraba con él pa las elecciones"...

Cleto sentóse a horcajadas sobre la tapia, y al rato, como no pudiendo guardar más un secreto, dijo por lo bajo:

—Timoteo llega hoy.

Visitación dejó de raspar la tripa para escuchar mejor...

—El dotor Equino jué quien lo hizo largar; asina lo acompaña pa la votación, y el doctor Lince le dijo a mama que si Zoilo se compromete con él, le hace vender tuitas las empanadas el domingo en su comité. Mama dijo que bueno, pero Zoilo dice qu'el dotor Equino se nos va a enojar...

La preocupación más honda que podía expresar una carita de nueve años estaba pintada en el semblante de Cleto: ¿cómo se las arreglarían para conformar al doctor Equino, quedar bien con el doctor Lince y hacerse de unos pesos con la venta de empanadas, que buena falta les hacían!...

—Don Visitación, deme un peazo e "ocote" pa asarlo — imploró el chico.

Visitación miró a su alrededor, y viendo el patio vacío dió un tajo a la interminable tripa, seccionando un trozo de intestino grueso (ocote) y se lo tiró a Cleto, quien de pie sobre la tapia lo cogió al vuelo. Y en el ágil movimiento de esta silueta recortándose nítida sobre el cielo, hubo un gesto de gato hambriento...

* * *

—¿Qué me querrá el dotor?

—En tiempo e elecciones, el más desgraciao con libreta vale algo — le contestó don Marco, con quien había topado en una esquina.

¡Y lo más lamentable era que los criollos, teniendo la convicción de que se los buscaba y apremia-

ba por este "algo" tan valioso, lo entregaran con tanta facilidad e inconsciencia!

Carteles de propaganda, pegados de trecho en trecho, daban al pueblo una nota novedosa. Ante uno más grande y mejor impreso que los otros, un grupo escuchaba la lectura que con voz bien timbrada y fuerte tonada cordobesa hacía un joven colono, muy alto y teniendo en los ojos algo de vidente... Zenón Almada, desde su cabalgadura, en sostenida atención, no perdía palabra... Don Marco, de vez en cuando, aprobaba con un "¡y tienen razón, canejo!"

Visitación, preocupado por comer el "asao" en todos los comités, "comediéndose" para hacerlo, averiguó: "¿Y "ésos" ánde dan?"

Zenón, impresionado, contestóle: "No dan nada; dicen que cada uno tiene que tener concencia"...

—"¿Concencia? ¿Y esto con qué pan se come?" — exclamó Visitación, y fuéese...

Don Marco suspiró...

* * *

—¡Che, Visitación! — La voz del "dotor" Equino sonó con la desagradable aspereza de una bisagra herrumbrosa.

—Mande, señor.

Y en un rincón del comité, el "dotor" y Visitación tuvieron un misterioso aparte. Equino, con el

sombrero bien echado sobre los ojos, y Visitación con el fragmento del suyo en la mano:

—...

—Lo que usted mande, señor.

—...

—Asina será, señor.

—...

—Quedará conforme, señor.

—...

—No dejaré ni uno, señor.

El "dotor" entregó unos pesos a Visitación: "Lo demás, mañana, si cumplís".

—Muchas gracias, señor.

* * *

Plenilunio, ni una nube, una noche tibia y tranquila.

Los murciélagos, dejando sus refugios diurnos, sin el más leve ruido, iniciaban su zigzagueada persecución de los mosquitos.

A lo lejos, un lechuzón lanzó su horrible chillido: ¡Chuitt!...

La hembra, inmóvil sobre el alero de un rancho, contestó: "cuuitt!, cu-u-uitt!...

Entablado el amoroso diálogo, el macho se fué acercando en vuelo bajo y chilló de nuevo; la hembra contestó... hasta que en el alero o en la mullida alfombra de un alfalfar cercano los dos gritos

se fundieron en un trágico arrullo, para "ellos" seguramente "todo suavidad"...

Los perros, despertando, aullaron.

"¡Cruz diablo!", murmuró Visitación María Telmo, saliendo de su rancho con un tarrito en la mano y encaminándose hacia el pueblo.

Las calles, con las últimas lluvias, estaban hechas un lodazal. En los charcos, manchones de algas sobrenadaban contorneadas por burbujas de aire, y miles de larvas de mosquitos y renacuajos pululaban en el agua corrompida. Los sapos, que en las horas de sol tomaban en la sombra la inmóvil actitud de un apretapapel, prorrumpían a esa hora en un coro interminable.

Al paso de Telmo se zambulleron rápidamente, y del limo removido desprendióse fetidez.

Con la estación lluviosa, el tiempo caluroso, la suciedad de las calles, que el viento — único barrendero — no podía limpiar, habíase abatido sobre el pueblo una plaga de enfermedades, que encontrando campo propicio en los ranchos, hacía allí estragos.

Los techos de paja y barro, resecos por la sequía, habían dejado libre paso a la lluvia. Más de una pared de adobe se había venido al suelo; el barro fresco de la "reconstrucción" aumentaba la humedad, y allí yacían, afiebrados, consumiéndose, sin defensa, sin socorro, sin ayuda, abandonados a su suerte, resignados... resignados como siempre, muchos "ciudadanos" argentinos...

Desde la plaza, la iglesia, bien construída de la-

drillos y cal, proyectaba su sombra enorme sobre el mísero pueblo dormido...

* * *

Los manifiestos electorales destacaban su blancura sobre las paredes sin revocar. Visitación los miró un rato. Una profunda perplejidad se pintó en su rostro; luego, en un súbito arranque de decisión, metió la mano en el tarro, la sacó chorreando alquitrán, y embadurnó con ella desde el primero hasta el último papel impreso! No perdonó ni uno solo! Ni siquiera a las hojitas que contenían instrucciones preventivas contra el mal reinante...

* * *

Al día siguiente, cuando el tren de la mañana dejaba en el andén de una perdida estación de la república la jubilosa noticia de la paz gloriosa, coronando el más desesperado esfuerzo, el más heroico sacrificio, Visitación María Telmo, ajeno al clamoreo de la gente que voceaba la grata nueva, ante la risa de muchos, la indignación de algunos y la pena de unos pocos... tendía su mano manchada de alquitrán, y explicaba:

—El dotor Equino me había dicho que le emporcara los papeles de los otros... y bueno... yo fuí... y yo no sé leer... y me dientró miedo... y por no "emblecarle" alguno d'él, los "emblequé" tuitos, pues!...

PEDRO URDIMALES

I

La pavita de Pedro Urdimales, la qu'el decía que hervía sin juego, nos haría falta hoy! — dijo don Marco, arrimando por centésima vez al fogón unas ramitas, que por estar mojadas, daban más humo que llama.

—¡Cuente, tata! — exclamó Pancho, el menor de sus hijos, boyerito todo el año y "rejuntador" de maíz cuando llegaba la estación.

—¡Cuente! — repitió, levantándose de sobre unas "pilchas" y sentándose en cuclillas cerca del fuego.

—¿Y no era que dormías, muchacho?

—¡Pa dir a juntar leña, dejuro que dormía! — replicó el negro Visitación María Telmo, surgiendo de entre la sombra con una brazada de ramas y dejándolas caer junto al fogón.

—No sea que se lo juera a llevar el Lobisón... —terminó, riendo.

—O se lo metiera en la bolsa Pedro Urdimales— chichoneó el padre.

—¡Cuente, tata! — suplicó el chico, sin hacer caso de las burlas; y como a su ruego se uniera el pedido de otros juntadores de maíz, que acudían al fogón de don Marco, no porque el mate fuera allí más dulce, sino porque dulce les era su amistad, siempre pronta a consolar con algún dicho y traer el olvido con algún cuento, don Marco comenzaba sin hacerse rogar mucho, seguro del interés de su relato, que variaba siempre, y halagado por la sostenida atención de sus oyentes.

Este año, como desde hacía muchos años, don Marco había levantado su rancho no lejos del maizal, a la orilla del monte. Un gran algarrobo le daba reparo contra el viento sur, y unos "talitas" bajos no le quitaban el solcito de la tarde.

—Hago mi rancho mirando pal norte, como la caserita (1), ¡animalito de Dios, sabe mejor qu'el cristiano lo qui hace!...

Lloviznaba, hacía frío; las nubes, muy bajas, parecían rozar la copa de los árboles allá en la loma. Oscurecía. El monte estaba silencioso, y apenas si al impulso de alguna aislada ráfaga de viento gemían las ramas, y suavemente, antes de llegar a tierra, revoloteaban las diminutas hojitas de los algarrobos, cayendo también ellas como fina llovizna.

Los pájaros cantores habían huído al norte; el

(1) Hornero.

corazón del monte dormía... y tan sólo en sus orillas, cerca de los maizales, bandadas de alborotadoras urracas desgarraban la calma con sus gritos.

Algún zorro, aguijoneado por el hambre, dejando su guarida, deslizábase como una sombra por entre los árboles, y al llegar a un claro, después de espiar con fingida indiferencia los alrededores, con su trotecito siempre igual tomaba a campo traviesa.

La verde pelusa del trigo que nacía daba una suave nota de color en aquel conjunto gris extrañamente manchado a trechos por el amarillo desteñido de los maizales secos, a cuya vera surgía el rojo ladrillo y el oro de las trojes.

La llovizna, que desde hacía días había interrumpido la recolección del maíz, atormentaba a los juntadores — hombres, mujeres y niños — con su persistencia y frío.

Mal abrigados, diseminados aquí y allá: contra una parva, debajo de algún carro, en un galpón — cuando lo había y el dueño lo permitía, — juntadores de toda nuestra "rica" zona maicera buscan en los malos días un "reparo".

Antes de la guerra, la chapa de cinc zanjaba fácilmente las dificultades surgidas a raíz de algún humilde pedido de alojamiento; humilde... porque en las costumbres del campo se habla de salario, pero de alojamiento, ¡jamás!

Hoy la chapa de cinc es un artículo de lujo; no abunda... y los juntadores de maíz, tiritando más

que nunca bajo la lluvia y el frío, dan un amargo desmentido a la tan decantada salud del campo.

En los días "fieros", la pavita canturrea sin cesar; la chupada hirviente engaña el frío, como el mate amargo trata de engañar el hambre... el azúcar queda para tiempos mejores... Y grandes y pequeños, muy a pesar suyo, terminan por adquirir la firme convicción de que el azúcar "trai lombrices", de que la "mucha" galleta "empacha", de que la carne es irremediablemente cara, de que a la grasa le pasa otro tanto, y de que la mazamorra con agua es "tuito lo qui'hay de mejorcito pa la salú"...

En los largos días lluviosos, y en los crepúsculos tristes, toda la vida se reconcentra alrededor de un pobre fueguito de ramitas y yuyos secos, a menos que algún monte esté cerca; entonces, buenos trozos de leña con su calor y su alegre llama reconfortan y animan los grupos casi siempre taciturnos...

A veces, el apagado rasgueo de una guitarra, subrayando la tristeza, se extingue en la sombra, sin que ninguna voz eleve su canto.

Pero la llama se hace más luminosa, el calor más suave, los rostros inmóviles sonríen, y resuenan las carcajadas, cuando el relato picarezco de algún cuento hace surgir de la noche la fantástica visión de hombres, hechos y cosas. Y los cuentos pasan de año en año, de fogón a fogón; y de todos los cuentos, el cuento de Urdimales "es el mejor", porque

en él los oyentes se reconocen muchas veces... y porque el cuento de Pedro Urdimales, agrandándose siempre, no concluye nunca...

* * *

—Bueno, pues, eso jué pa antes de venir nuestro señor Jesú Cristo por estos pagos...—comenzó don Marco. — Vivía no sé si por estos laos, o si por allá por la sierra, un tal don Pedro, que por cortar grandezas cuando no podía, se vino a menos, y en viniéndose a menos y no queriendo trabajar muy mucho, pero sí pasarlo bien, más de una "maraña" tuvo qui hacer... y porque mucha maraña urdió, pues por eso mesmo, por más señas, le pusieron Urdimales... Y don Pedro Urdimales, con su rastra, las más de las veces vacía, y montao en su tostao "antes muerto que cansao", pasaba muchos días en las pulperías y muy poquitos por las chacras.

Un día, jugando al "monte" con uno más tramposo que él, perdió la plata, la rastra, el flete y... se quedó sin un cobre y de a pie.

Viéndose tan pobre, se jué pa lo de un chacarero rico, buen pagador, ¡pero más porfiao que burro pateador por hacer andar derecho a la pionada! Y las más de las veces porfiaba al ñudo, porque de nada vale amarrar las ramitas del sauce, ni a un post'e quebracho! ¡si encuantito las desamarrás, se te dueblan lo mesmito qui antes!...

Bueno, pues; se jué pa la chacra y le dijo al chacarero:

—Conchábeme, don; pa lo que mande sirvo.

—¡No tie de dar trabajo, que más que maraña no sabés hacer!...

—Créame, don, qui ando en la mala, y más arripentido que pecador en viernes santo. ¡Conchábeme, don, así juera por medio sueldo!

—Bueno, te conchabo, pero mirá, Pedro, cuidao, Pedro, diandar derechito en el trabajo, que si no en seguidita no más te largás diaquí.

—Pierda cuidao, patrón, y mande no más.

—¿Ves aqueya yunta e gueyes? Bueno, pues, mañana bien de mañanita los uncís al arao y me arás aquel campito. Pero mirá, Pedro, cuidao, Pedro, diandar derecho, que si no...

—Derecho e dir patrón, pierda cuidao nomá...

El gallo canta antes de salir el sol; pues antes de que cantara el gallo, ya se levantó Pedro, unció los güeyes y salió arando por la esquina del campito derecho no más...

Y siguió derecho... encontró un chañar, lo volteó y siguió derecho... dió con un alambrao, lo cortó y siguió derecho... dió con un rancho, se lo llevó por delante y siguió derecho... dió con un pozo, y ya iba a seguir derecho nomá, cuando vió venir al patrón a todo lo que daba el flete:

—¡Animal! ¡caballo! ¡bruto! ¡Malhaya el día que te conchabé! ¡Hijo el diablo!

—¡No me ofienda don! ¿Y por qué s'enoja? Si estoy arando...

—¡Si este campo no es mío! ¡Si has cortao alambrao ajeno! ¡Si has boltiao el rancho de misia Encarnación, quies más mala q'el caburé y me va buscar más enriedos que la zorra en el convite e la Chuña! ¡Andá pa casa, desuncí los güeyes y largate! Ya te he dicho que conmigo había que andar derecho. ¡Bien ti han puesto, por más señas, Urdimales!

—¡Derecho i e andao, pues! ¡Qué tanto!...

—¡Jué! — exclamó Pancho, revolcándose de risa, mientras Visitación, sonriendo, gozaba la buena jugada de Urdimales. Y Zenón Almada, entre socarrón y entristecido, le decía a don Marco: "Eso debe ser di hace mucho... porque lo qu'es ahora si corta el alambrao ahi nomás.. ¡no sigue el cuento!"

—Y Pedro — continuó don Marco se jué más pobre qui antes, porque dientró sin hambre, y por el trabajo salió hambriento...

Se jué pa lo de un colono que criaba chanchos, y le pidió trabajo.

—¡No hay!

—¡Pa lo que mande, don!

—¡No hay, te digo!

—¡Por medio sueldo, don!

—¡Ni por la mitá de medio!

—¡Por la comida nomá, don! Mire que no he comido. ¡Conchábeme sin sueldo, don!

—Bueno, ¿sabís cuidar chanchos?

—No patrón, no ie cuidao nunca.

—Es lo más fácil.

—Ansina será, patrón.

—Apriendé como te digo.

—Usté dirá, patrón.

—Por la mañanita, en cuanto asome el sol, los sacás del chiquero, los dejás pastorear y cuidás que no se te pierdan en el monte.

—Ta bien, patrón.

—Después los dejás meterse en la laguna todo el rato que quieran.

—Ansina nomá será, patrón.

—Cuando una marrana tenga cría, me avisás.

—Pierda cuidao, patrón.

—Aqueya marrana tuvo cría ayer, sacó once, aplastó cuatro, se comió uno, le quedan sei.

—Ansina es, patrón.

—No me los andés molestando cuando se metan en la laguna; dejalos nomás en el barro, qu'el chancho mejor se cuida solo.

En cuanto el patrón se jué, Urdimales cazó un lechoncito, lo degolló, lo asó y se lo comió.

—¿Tuito el lechoncito, tata?

—¡Tuito, hijo, menos la colita; la colita la enterró en el barro e la laguna, dejando asomar nomá que la puntita.

Tuitos los días jué matando un lechoncito, asándolo, comiéndoselo, mateando, siesteando, y ente-

rrando la colita en la laguna y dejando asomar nomá que la puntita...

A la vuelta de la semana, cuando Pedro porfíaba por cinchar el cinturón, que le iba quedando chico,... se le apareció el patrón.

—¿Qué tal los chanchos?

—¡Bienazo nomá! Metiditos en el barro hasta la colita.

—¡Sacalos di'ay!

—¡No, patrón! No los moleste, qu'el chancho mejor se cuida solo.

El patrón desmontó, jué a sacar los chanchitos de la laguna, tirando de la cola, ¡y el rabito se le quedó en la mano!

—¡Malaya! — gritó Pedro; — eso es cosa e Mandinga; no ve, ¡si se los ha tragao la tierra! Dispare, patrón, no sea que tras el rabo salga el Malo. ¡Dispare!

¿Pero pa dónde iba a disparar el patrón, si, ciego de rabia, ni daba con su pingo, porque Urdimales, de paso que gritaba, se había alzado con la proveduría de mate y azúcar de la semana — sin olvidar la pavita — y salía en el mismo tordillo del patrón, como alma que se lleva el diablo, meta rebencazo, hasta perderse en el monte!

* * *

—Un lechoncito asao no es de despreciar — dijo Visitación María Telmo, calculando tal vez el tiem-

po que aun faltaba para el hoy día hasta problemático asado electoral...

—Lechoncito asao... máma lo adoba con un gajito'e romero y otro'e tomillo.... ¡Cha, digo, si tiene rico olor! — rememoró melancólicamente Pancho...

—¡Cáyate, muchacho!— interrumpióVisitación;— se li hace a uno agua la boca y da tentación... ¡Si no juera por los perros que torean... y se arme un alboroto — murmuró entre dientes.

—Así lo iba arreglar hoy la polecía a ese Urdimales — dijo Zenón, teniendo siempre presente la "autoridá".

—¡Uy! ¡Si antes también! El patrón dió parte, ¡y cómo no! y ofreció premio a quien lo prendiera, y salió la orden pa todos laos. ¡Pero qué!... pasó el tiempo y se olvidó el asunto; bueno que el patrón no lo olvidó, y de seis lechoncitos hizo una piara'e chanchos!

* * *

Un día que Urdimales le andaba huyendo al comisario y al juez de paz, por una maraña que les había hecho...

—¡Mamita! ¡Que la santísima virgen lo proteja! ¡Mirá que meterse con los dos! —exclamó Visitación, aterrorizado,

—¿Y qué les había hecho, tata?

—Otro día será. Hoy sigo contando lo deste lao.

Bueno, pues, un día, como iba diciendo, al caer la tardecita, Urdimales desmontó cerca di un arroyo, hizo un fueguito, sacó agua y se puso a matear. Estaba en eso cuando, ahí nomás, en la güelta del camino se le aparece montao en una malacara el cura'el pago, ese ganaplata a gritos y más agarrao a su plata que sarna a l'oveja...

Dende lejos lo conoció a Urdimales, y se dijo: ¡jem! esta es la mía. Urdimales se hizo como que no lo veía, y ligerito nomás tapó las brasas con arena, y tomando su talero, se puso a chicotear la pavita y decir ligerito:

"Pavita: por la virtú que tenés, herví, si querés".

El cura lo vió, y ya se le jué arrimando más apurao. Pedro no le hacía caso: seguía castigando y cantando:

"Pavita: por la virtú que tenés..."

—Buenas tardes, Pedro.

—Perdone, padre; no lo había visto. "Pavita: por la virtú que tenés — disculpe padre, qu'estoy apurao — herví, si querés"...

—¿Qué andás haciendo, Pedro?

—Ya me ve, padre: haciendo hervir la pavita pa matear. ¿No se apea, padre?; con su licencia, padre; que hoy anda lerda la pavita. Pavita: por la virtú que tenés... y siguió pegando.

—No embromés, Pedro; ¿y cómo va a hervir sin juego tu pavita?

—Por la virtú que le dió la providencia, padre.

—No mientas, Pedro: mirá qu'es pecao mentir...

—No dude de la providencia, padre, mire qu'es pecao mayor...

—¡Sin fuego no hierve!

—Padre: ¿y no dice usté en el sermón que la providencia todo lo puede; pues la providencia hace que sin juego hierva mi pavita: ¡pavita, herví!

Con el calor de las brasas escondidas en la arena, claro, pues, la pavita empezó a cantar.

—¿No ve, padre?

—Che, Pedro...

—Mande, padre?

—Vendeme la pavita.

—No puedo, padre.

—¡Vendémela, ché!

—Es lo único que tengo, padre, no puedo.

—Por diez pesos vendémela, Pedro!

—No, padre.

—Por cincuenta, vendémela!

—Más vale la virtú.

—Por cien, vendémela, Pedro!!

—La providencia no se vende, padre.

—Por doscientos pesos, vendémela, Pedro!!!

—¡Ay! padre, que me roba! Tome la pavita y que se le conserve la virtú.

El cura le dió los doscientos!, Pedro le entregó la pavita, y cuando ya el padre se iba apurado con su pavita, Pedro lo llamó.

—Oiga, padre.

—¡La pavita es mía! Te la he pagao, ¡malaya que no te hice firmar un papel!

—No, padre,—¡vaya si había sido desconfiao!—lo que yo quería decirle era, que no se olvide de cantar bien clarito hasta que la pavita hierva: pavita por la...

—¡Sí, ya sé! Bueno, adiós.

—No se vaya tan apurao, padre, oiga.

—Se me hace tarde, hablá, que el monte de noche...

—Había sido miedoso el padre; ¿y no era que lo protege la virtú? Bueno, oiga, se me había olvidao de decirle que la pavita pa hervir necesita que la castiguen con este rebenque mío, sinó no quiere hervir.

—Trae pa cá el rebenque!

—No, padre; ¿y yo con qué me quedo?

—Maldito sea...

—No jure, padre, qu'es pecao.

—Tomá mi rebenque que tiene cabo e plata, y dame el tuyo.

—Como no, padre, con mucho gusto, aquí lo tiene, padre; y ya sabe, si castigando se le gasta la lonja, cámbiesela nomás con confianza, que la virtú está en el cabo.

El cura, en el patio de su casa, se puso dale que te dale cantar: "pavita por la virtú que tenés", y chicotear. Chicoteó y cantó hasta caer redondo de rabia, y la pavita no hirvió!

—¡Señor obispo!—gritaba—señor obispo! hágame una mersé, haga excomulgar a Pedro Urdimales, que me robó!

Y tanto gritó el cura, que el señor obispo lo oyó, y como ya mucha queja le había llegao de Urdimales, le mandó decir al Santo Padre, que le pedía que por favor excomulgara a Pedro Urdimales.

El Santo Padre en seguida nomá lo iba a apuntar en la libreta de los que han de dir al infierno, cuando nuestro Señor Jesú Cristo, que está sentao a su derecha lo vido y le dijo: "No lo apunte padre, que Pedro Urdimales por más malo que sea alguna virtú ha de tener; déjeme dir a verlo, que si un flete no se compra sin probarlo, no sia de perder un cristiano por lo qu'el mesmo señor obispo diga, como que más di una vuelta si ha sabío equivocar".

—Bueno — dijo — te doy licencia; andá nomá.

Y entonce Jesú Cristo lo llamó a San Pedro y le dijo: "Pedro, dejá las llaves colgadas de un clavo, no sea que hagan falta cuando no estés, y venite conmigo.

Jesú se puso un poncho y otro se puso Pédro, porque, como hoy, hacía frío, y en un caballo tobiano y en otro alazán se vinieron por estos pagos, y por conocerlo a Urdimales lo conchabaron de peón...

—Jesú se vino por aquí, tata?

—Se vino, hijo.

—Tenía barba rubia, ¿no tata?

—Sí, dicen qu'era gringo.

PEDRO URDIMALES EN EL CIELO

QUE a Visitación María Telmo no lo molestaban las vizcachas, era cosa fácil de comprobar. Bastaba verlo junto a la máquina cargada de azufre, cuyo fuelle debía manejar después de tapar las innumerables bocas, menos una, que forman un vizcacheral.

Remoloneaba imperturbable ante la impaciencia de Zenón Almada, cuyo afán de destrucción no comprendía, expresando invariablemente su disconformidad en un monótono rezongo:

—¿A qué ti amolás tanto, Zenón?... si siempre hubo vizcachas, y pa más... ¡total, el campo no es tuyo!...

—¿Y si juera mío?

—Y... entonces entuavia... pero mirá, mejor es como hace don Marco...

—¿Qué, las mata con los perros?

—¡No, hombre, qué las va a matar! Hace lo mesmo que con las hormigas... porque mirá, las hormigas, está de Dios que sean muchas... por

eso mesmo, más las matás, más salen... Bueno, entonces, no sabés lo qui hizo don Marco pá que le dejaran en paz los brotes de la papa dulce?

—¿Qué hizo?

—¡Les dió de comer, pues!... cortó yerbas tiernecitas del monte, y las puso tuito en rededor el sembrao e la papa dulce...

—¡Dejáte de cuentos, y dale al fuelle, que se nos apaga el juego—replicó Zenón ajustando el caño con barro fresco y conteniendo a duras penas la carcajada. — ¡Miren que dar de comer a las hormigas!... Cosa de Don Marco debía ser...

Como Visitación no se decidía a dejar la posición de descanso que había adoptado echándose a medias a la orilla del monte, Almada hizo girar la manivela del fuelle, y en seguida la brisa levantó sofocantes bocanadas de azufre.

—¡Puá! Más peste es tu zahumerio qu'el mal qui hacen las vizcachas—exclamó Visitación levantándose seguramente para buscar un lugar que estuviera más contra el viento. Pero inmediatamente su atención fué requerida por un ligero roce en los altos pastos: "Ché, Zenón!... pará que por ahí anda una iguana"—murmuró alzando una pala y escurriéndose como un zorro por entre los espinosos churquis. Zenón no le hizo caso y la manivela siguió girando. No habían pasado poquísimos minutos cuando a unos golpes de pala, siguió un grito triunfal: "¡Se mes-capó, ¡caray!, pero le rebané la cola!"... Y Visitación María Telmo, surgió de

los churquis, "reboleando" por la punta una gruesa cola de iguana...

—¡Si sos maula! Mirá que dejarla escapar!... Y por lo grande debía ser la que se va llevando los pollos de la guáyra!... — le gritó Pancho el boyero, saliendo del monte en su caballito.

Visitación, sin hacer caso del reproche, palpó la cola, la encontró "buena", y en seguida, "pelando" su enorme facón, comenzó a desollarla.

—Y... si es la de los pollos, no te aflijás... que pa más señas, la dejé rabona pa largo rato...

Pancho, ante la perspectiva del "asao", desmontó y fué a tomar, junto a Zenón, el lugar de Telmo.

La tarde otoñal declinaba pausadamente. Hacia un cielo incoloro subía una leve bruma. Tras la curva del monte, se oían las voces de los aradores que daban la última vuelta. Lejos, junto al pozo de la chacra, la mancha roja del traje de Chiquina, — la rubia hija de Giuseppe, — como una amapola, surgiendo de la negra tierra, se dibujó un instante y desapareció en seguida... Zenón, fijos los ojos, la siguió mirando...

—¡Buenas tardes!... Che, Zenón, guardá brasa pal asao! — exclamó una conocida voz, y don Marco, surgiendo del monte como por encanto, haciéndose el que no había visto nada... dejó caer pesadamente el hacha que llevaba al hombro. En seguida, desatando su pañuelo de cuadros blancos y azules, puso de lado la yerba y alargó un tarrito a Visitación: "Tomá pal asao, sal y pimienta,

mirá, ni que se te hubieran cáido del cielo... como las virtudes de Tata Dios pa don Pedro Urdimales!...

A la sola mención del nombre, tres rostros de expresión tan distinta se tendieron en un mismo movimiento de interés hacia don Marco.

Visitación María Telmo no cabía en sí de gozo: ya oía chirriar la cola de iguana, bien salpimentada, sobre las brasas, mientras don Marco, para retribuir atenciones, continuaría su relato.

En cuanto a Zenón y Pancho, casi como Visitación, "pregustaban" la blanquísima carne de iguana, con sabor a pescado, y esperaban ansiosos ver resurgir la curiosa figura de Urdimales.

La máquina de matar vizcachas cedió todas sus brasas para el fogón. Y al reparo de un algarrobo, alegres lengüetas de fuego pronto hicieron cantar la inseparable pavita; en un suave rescoldo, bajo la vigilante mirada de Visitación María Telmo, fué asándose — sobre la pala — el inesperado manjar, mientras don Marco, con voz pausada, seguro siempre de la atención de sus oyentes, retomó el hilo de su historia...

* * *

—Y sí, pues... como ya les había dicho, nuestro señor Jesú Cristo se vino por estos pagos, trayendo por compañero al bendito de San Pedro, que más orgulloso q'el amo pasaba por el patrón; y reci-

biendo las gracias por las mercedes qui hacían, y a escondidas de Jesú, iba llenando sus alforjas...

Ansina, hoy mesmo, más di una güelta suele acontecer:... uno hace los milagros... y pa otro es el provecho!

Jesú se hacía el distráido... porque una cosa es qui'a uno lo engañen a sabiendas y otra... que lo tomen por zonzo...

San Pedro, por disculparse, decía que a zorro dormido no li amanece gallina en la panza... y tal vez nomá tuviera razón.

Pronto corrió la voz de los milagros que iban haciendo los dos forasteros. Curaban l'hacienda y dejaban los remedios: sahumerio de bosta pal moquillo... Cerda de la cola del mesmo animal, anudada en la pata izquierda, pa renguera de la mano derecha... Dos pajitas en cruz y las palabras, pa l'animal agusanao... Hilo colorao en l'oreja, pal mal de orín... Pa la sarna no dejaron remedio...

—¿Y pal empaste? — inquirió el boyerito, muy interesado.

—¡Y díande, has visto bos empaste en tiempo e Jesú! Naides sembraba alfa... No había más hacienda que la criolla: juerte y flacaza,... y con cada guampa que daba gusto verla por lo brava!

—¡Ah! — exclamó Pancho desencantado, recordando con mal disimulado orgullo al toro mocho, famoso en la región...

—También iba curando cristianos y resucitando muertos, como cuenta el padre en el sermón.

Pero según me contó mi agüela, el Lázaro aquel... de apelativo Llerena, había trabajado en el campo de su padre... y sabía darse cada tranca de chicha, que lo dejaba "como" muerto!... Y ansina nomá debía di haber sido... pues una cosa es estar dijunto y otra parecerlo...

Cruzando campo, Nuestro Señor a cada yerba le iba dando su virtú, y si paraba en algún rancho, en las noches de luna, pa agradecer la hospitalidá, enseñaba a las viejecitas los remedios que con las tales yerbas habían de hacer pa curar tantos males. Y ¡válgame Dios! que los tales remedios, de fijo una virtú tenían: de tan baratos qui eran no costaban ni medio, y lo mesmito que los tan caros de las boticas di hoy, ayudaban a sanar o a morir más ligero. Dejó la yerba Santa Lucía, la de la florcita morada, pa l'enfermedad de los ojos. La malva del campo, pa lavar las heridas. Cocimientos de tres ráices de yerba del pollo pa l'indigestión de asao gordo...

—¿Indigestión de asao gordo? — mascullό Visitación María Telmo, urgando las brasas — lo que es por mí... ya podría secarse la tal yerba del pollo, desde hace años, no tuve más indigestión que la de sándia!...

—Y quién sabe nomá si jué la sándia... o el susto... — burlón susurró Pancho, rehaciendo la tragicómica escena que teniendo por teatro una tranquila noche, las orillas de un maizal sembrado de sandias, vió interrumpida su calma por el for-

midable estampido de un viejo fusil que, manejado por el "gringo" Carabinié en defensa de sus sandías, dió por el recule en tierra con el "gringo" y alzó de esta, cortando campo ligero como una liebre, al negro Visitación, terrible con su última tajada de sandía entre los blanquísimos dientes y en la mano el facón...

—Pa las quebraduras — continuó don Marco sin hacer caso de la interrupción — dejó la Tramontana, que pisada y frita con grasa e potro, cura mejor que la bosta con querosene, remedio e los gringos...

—Diga, don Marco, y pa comer tuitos los días, sin tener pa qué molestarse, no dejó nada? — interrogó Visitación, disfrazando un ávido interés tras una escéptica sonrisa.

—"¡Paqué molestarse!..." — repitió Pancho largando la carcajada — ¡No ande culebreando, che! Diga nomá, si Jesú no dejó una virtú pa poder comer sin rejuntar maíz, ni arar ni sembrar, ni cuidar hacienda, ni nada!... Echadito nomá... a la sombra en verano, y al solcito en invierno... ¿Diga, no será eso?

—Y... será... y total qué?... Ya sé yo di otros que la sudan... y no sé que pal fin del año tengan mejor entretenimiento q'ese; — contestó Visitación señalando a Zenón Almada, quien sentado en cuclillas, con un filoso cuchillo se estaba "rebanando" los callos de la palma de la mano...

—¡La ha errao, amigo Visitación! — de nuevo

zumbó Pancho. — Zenón ha ahorrao plata... y si se "soba" las manos... es pa tenerlas más suavecitas... y...

—¡Y... Jesú dejó el guayacán pa mango e talero y la longa p'azotar trompetas! — enojado interrumpió don Marco, amagando un azote a Pancho. Este se esquivó tras la inmóvil figura de Telmo, quien repetía la palabra "ahorrar" como la más nueva e incomprensible de su vocabulario, mientras que Zenón, sonriendo y deseoso de paz a su vez, preguntaba:

—¿Diga, don Marco, y pa los callos, Jesú no dejó nada?

—Pa los callos, Jesú dejó la leche del Loconte, y a usarla con cuidao... que si nó ampolla...

—¡Cha digo! No ve don, Visitación, — de nuevo interrumpió Pancho con los ojos brillantes de malicia — si Jesú dejó el Loconte pa los callos, es señal de que dejó los callos... y el trabajo que los saca... y pa consuelo... el Loconte que los quita!...

—¡Uy! éste tiene más cháchara que urraca en tiempo de amores... — comentó Visitación.

—¿De amores?... Yo conozco a uno, y los amores lo van dejando más callao que pava llena y sin juego...

Zenón miró a Pancho y se hizo el desentendido...

—Pensándolo bien, — dijo don Marco, retomando el hilo de su relato, — a Urdimales, Jesú le dejó

virtudes pa no hacer nada, pero de poco le valieron...

—¡Cuente, don Marco! — exclamaron los tres, clavándole los ojos.

De nuevo reinó el silencio, y la voz de don Marco, armonizando con las peripecias del relato, variaba llena de chispeante expresión, ayudada en su inocente gracia por la inconfundible tonada cordobesa...

* * *

Y fué contando don Marco, cómo cansado Jesús de andar en busca de Urdimales por cerros y por montes, llegó una tarde, al toque de oración, a la ciudad de Córdoba, y como aquel día Pedro Urdimales, huyendo del "mesmito" señor Obispo, cayó en sus manos.

Tanta maraña había hecho... y seguía haciendo... q'el señor Obispo, cansado de oir reclamos, salió a prenderlo.

Iba montando una mulita colorada, muy trotadora y con más presencia que sordo oyendo un sermón... Se jué por aqueyas calles tan llenas de iglesias, echando bendiciones... sin ver que la gente por detrás se le réia... porque parecía por lo gordo — y guardando el respeto — más qui a un señor Obispo, a doña Mamerta, la pastelera... Y como la liebre salta donde menos se la espera, en la güelta del convento de San Ignacio se li apa-

reció Urdimales, más pobre que nunca, y tan desmemoriado en cosas de santidad que ni se persignó ni nada, al enfrentar l'iglesia...

El señor Obispo, ahí nomás lo conoció y le dió la voz de alto. No bien lo vide Pedro, en vez de disparar, se abalanzó contra la altísima muralla del convento y repechándola con tuitas sus juerzas se puso a gritar, sin hacer caso del señor obispo:

—¡La santísima virgen me ampare! ¡Válgame Dios y me dé ayuda!!...

—¡Cállate, Pedro! No alborotes, vení pa cá, y date preso!

—¡Uy! su santidad me perdone, no lo había visto... y ni saludarlo puedo, mire que si largo la paré...

—Vení pa cá, te digo, mirá que de nó llamo gente!...

—¡Y llámela, señor! Que lo que soy yo, ya no aguanto y se me viene encima!...

—¿El qué se te viene encima? ¡Mala yerba!

—Y la paré, señor. No vé... por aquí, si'a rajao y se vá cayendo... ¡Socorro! Ay! que me vence... Dispare! Dispare, señor Obispo! que de nó... la paré lo aplasta!...

Al señor Obispo se le ñubló la vista, sintió como un temblor... ya vió nomá venírsele la paré encima... y gritando: ¡Aguanta! ¡Aguanta, Pedro, que yo ya güelvo con gente!"... disparó a tuito lo que daba su mulita!...

Pedro no esperó más y salió disparando, sin ver...

hasta caer, claro está, a los pies de Nuestro Señor y de San Pedro, que veníian dientrando a la ciudád...

—¡Al fin te agarré! —ahí nomá le gritó San Pedro, largándole el lazo...

—¿Me agarró? No embrome, amigo... No ve que yo me vine solito?... — le retrucó Pedro, creyendo habérselas con alguno de la polecía...

* * *

Según Don Marco, San Pedro andaba siempre más nervioso que flete cansado que sintiendo cerca la querencia y creyendo llegar, "se ve enderezao pa otro lao"...

En cuanto al buen Jesú, "pasencia", no le faltaba "ni pa espantarse los mosquitos"... así es que lejos de condenar, "ahí nomá" al pobre Urdimales y mandarlo al infierno, resolvió conchabarlo de peón y a las buenas "amansarlo". Sabiendo que mejor entiende el bien comido, que el que huele un churrasco "d'ende lejos"... en horas de almorzar... compró, con plata que le "emprestó" San Pedro, un corderito bien gordo y se lo entregó a Urdimales:

—Tomá, Pedro, le dijo, asalo a tu gusto nomá... Entre bos y este mi capataz, se lo pueden comer... pa mí, con los riñones me basta...

—¿Nada más que los riñones, patrón?

—Nada más...

Así contestó Jesú, y con San Pedro se jué a recorrer la ciudad...

Urdimales tenía fama de lerdo pa "tuitos" los trabajos; pero esta güelta se dió tanta maña di andar listo, que bien se véia qu'el asao era pa'el... y antes que Jesú y San Pedro se volvieran ya estaba el cordero doradito, la grasita se corría nomá por los lomos y los riñones...

—¡Ay! don Marco...

—Pero che, Visitación, qué te pasa?

—Nada, don Marco.

—Los riñones envueltitos en la grasita qui s'estaba reditiendo...

—¡Cuando están ansina, se deben comer, de nó se pasan! — exclamó Visitación María Telmo, tragando saliva...

—Bueno, quién sabe nomá, eso mesmo lo estaba pensando Urdimales, cuando, cansado de mirar... cortó un riñón y se lo comió!... No lo había acabao de tragar, cuando se le apareció Jesú... Urdimales, entuavía con la boca llena, le gritó:

—Diga patrón, nunca vido un cordero con un riñón solito?

—¡Ni lo vide! ¡ni lo hay!

—No lo hay... ¡pero lo *hubo!* Venga y vea, patrón... Este animalito de Dios, vivió con un riñón sólo, ¡pobrecito! y ansina está después de muerto!...

Y, con la punta del facón, el muy pillo de Urdi-

males cortó y ensartó el "único" riñón y se lo ofreción a Jesú...

Ni entonces se enojó el buen Jesú, aseguraba don Marco...

Sin hacerle caso a los rezongos de San Pedro, después de descansar dejó la ciudad y se llevó a Urdimales a la montaña, que más que montaña parecía un cerro, y "ahí nomá" le dió un sermón de señor y padre nuestro!

—Pedro, le dijo, dejáte de hacer marañas y volvete güeno... Mirá que más que por Urdimales, naide te conoce... Yo ti he d'ayudar... y como andás tan pobre de virtudes, pedime una y te la he de dar...

—¿Una virtú? Y eso pa qué sirve? Si pesa mucho pa yevarla, no quiero una, ni ninguna!!

—¡No, hombre! Si una virtú no pesa y más de una güelta sirve pa sacarse algún peso d'encima...

—Y pa qué quiero yo sacarme nada d'encima... si ya nada tengo?

—Y bueno, pedí pa tener!

—¿Y cómo? ¿Puedo pedir pa tener?

—Sí pues.

—Ansina sí... ya voy entendiendo: pa tener algo, puedo pedir una virtú?

—Ansina es nomás.

—Bueno... entonces... entonces no quiero una virtú!

—¿Y por qué?

—¿No dice, usté patrón, que una virtú sirve pa tener mucho?

—Sí, pues; ¡cabeza de ñandubay! — gritó San Pedro, entrometiéndose.

—Y bueno... si una virtú sirve pa mucho... Yo quiero tres virtudes pa tener más!

—No seas angurriento, Pedro.

—El angurriento será usté, patrón, que pudiendo dar, no da, y anda ofreciendo!... ¡Quiero tres o ninguna!

Jesú levantó los ojos al cielo, y asomando detrás de una nube, lo vido a Tata Dios que los estaba mirando.

—Tata—le dijo Jesú—este Urdimales anda muy corcobeador! y tan pobre que ni tiene una virtú... yo le ofrezco una y él me pide tres...

—¡No le des ninguna!

—No se m'enoje tatita; déle lo que le pida! ¡Al pecador más desgraciao, con más lástima!...

—Bueno, pa no regatiarte porque ando apurao. ¡Aver, que diga ligero! De nó me voy...

—¡Pedí ligero, Pedro!

—¡Quiero una bolsa, y que tuito lo que le meta dentro, naides me lo pueda quitar!

—¡Pedí ligero, Pedro!

—¡Quiero un juego e naipes que gane siempre!

—¡Pedí ligero, Pedro!

—¡Quiero q'en el asiento que yo me siente, no me levante ni el mesmo Dios!

—¡Ta lindo! pero de pedir yo, pido una virtú

pa comer asao tuitos los días! — Comentó Visitación María Telmo, seccionando en partes equitativas la cola, que por la cocción se había reducido bastante, tanto que apenas el gusto pudieron tomarle; y mientras siguió el relato, se desquitaron con mate amargo.

Tanto se enojó Tata Dios con el pedido de estas "virtudes", que al enviarlas'" las mandó con truenos, piedra y lluvia... Tanto llovió que Urdimales — según don Marco — quedó más mojao que balde aguador". Con la mojadura sintió frío... tuvo chuchos... y la muerte aguaitándolo desde la orilla del monte ya se lo iba a llevar... cuando Urdimales la vide y ¡zaz! de un manotón l'agarró y se la metió en la bolsa!

—Largame, condenao! — gritaba la muerte, arañando la bolsa como gata rabiosa.

—Lo que meto en mi bolsa... de la bolsa no sale, señora!

—¡Que la largue! — bramaba Tata Dios desde arriba.

—¡Diande!...

—¡Urdimales, lárgala! — le pidió Jesú, asustao con el enojo del padre.

—¡No quiero!

—¡Voy a perder mi conchabo!—rabiaba San Pedro.

Tata Dios, gineteando una nube, echaba cada juramento, que hasta Mandinga en el infierno temblaba:

—Largá la muerte! que de nó, no sé cómo he di hacer pa recoger a la gente! ¡Largá la muerte! que de nó si acaba el miedo!

—¡Como un favor de amigo... te lo pido! — le dijo el mesmo Jesú.

—Bueno... la'e de largar... ¡pero que nunca se venga pa mi lao!

—¡Nunca! — le aseguró Jesú.

—¡A la primera, te recojo! — rezongó bajito Tata Dios...

Urdimales abrió la bolsa, y la muerte salió gambeteando... ¡Ni caso ya le hacía Urdimales! Hizo mal, porque el desconfiao vale por dos... y así fué que a una señal de San Pedro la muerte se li arrimó por atrás y... ¡se lo llevó!...

—¡Uy! ¿Se acabó ansí el cuento? — interrogó Pancho desconcertado.

—¡Qué se va acabar! ¡Si trabajo les había dado Urdimales en la tierra, tanto y más les iba dar allá arriba! Como no siasustó y pensando — con razón — que lo llevaban al infierno, al cruzar campo alzó el cuerno di una osamenta...

—Pero tata, ¿y ande estaba la osamenta?

—¡Y en el cielo pués! ¿o te creés vos que los santos no comen? Comen, sí, pues, y asao gordo y empanadas y tamales!... y denó por qué iba ser tan lindo el cielo... explicó Visitación, ahorrándole a don Marco la respuesta.

—Alzó el cuerno, y al pasar por los portones de l'iglesia de San Pedro, ligerito, sin que naides se

diera cuenta, llenó el asta con agua bendita y se la colgó como si juera un chifle.

Pronto vieron humo como di un horno de ladrillos, y cuando sintieron calor y olor a chamuscao el mismo Mandinga se les apareció y tan guazo! Ahí nomás lo quiso ensartar a Urdimales! Pedro se hizo a un lao y guiñándole el ojo le dijo:

—No atropelle, hermano; pa arder, siempre hay tiempo! ¡No se m'enoje, que aquí le traigo un trago e caña doble por si gusta servirse! y le alargó el chifle. Ya lo iba a tomar Mandinga, lo más contento, cuando Urdimales, gritando: ¡Cruz diablo! con el agua bendita lo roció... Salió Mandinga disparando pa dentro, más ciego e rabia que novillo recién marcao! y por encima de la tapia le gritó al Santo Padre que no lo quería a Urdimales ¡por nada! en el infierno. Mandó cerrar la tranquera, y Urdimales quedó fuera. ¿Ande iba dir? En el cielo no lo querían, en el infierno tampoco... ansina es que se jué costeando el campo hasta llegar a los fortines del infierno. Allá ande la gente anda sin saber tuavía pa que lao va rumbear.

Montando guardia en el fortín vió a un diablo grandote. Tenía la misma traza qu'el ñato Ramírez, aquel... del comité del doctor Equino... aquel que jugando a la taba y por haber perdío se disgració...

Urdimales se li acercó sin miedo, se dió a conocer y le preguntó en qué trabajos andaba. Y... le

contestó el otro: "Cuido las puertas del fortín y llevo arreos de almas"...

—¿De ande pa dónde?

—Y... del purgatorio pal cielo.

—¿Y el trabajo te gusta?

—¡Qué me va gustar, canejo!... Si el trabajo es más aburrido que llevar en día e sol una damajuana vacía! Si al menos, de tarde en tarde, se pudiera jugar al truco o al monte, pero nunca!...

—Lo que nunca sucede, un día cae — le contestó Urdimales, sacando su juego de naipes. El otro, ahí nomás, largó el mauser y...

—¿El mauser?

—Y sí, pues, y qué?... — y alargó la mano... — Traiga, yo corto!

—¡No si apure, compañero! Diga primero a qué apostamos, ¿un litro?, ¿un porrón de caña?, ¿un trago e vermú?

—¡Qué litro ni qué medio! ¡Si aquí no hay ni caña ni vermú!

—¿Un flete entonces? ¿una onza?...

—¡Ni flete, ni onza! si aquí no hay nada que se venda ni s'empeñe, aquí no hay más qui arreos de almas!

—¡Bueno, pues; le juego la mía!

—¿El qué? Su alma, y pa qué?

—Y... pa que si le gano, me arrée hoy con las qui'a de llevar pal cielo.

—¡Ya está apostao! — dijo el otro lo más contento, seguro de ganarle.

Se sentaron a la sombra, resguardados de la humareda. Jugaron al monte, y claro está que Urdimales, con la virtú de sus naipes, le ganó.

—No lo sabía tan suertudo — rezongó el diablo grandote. — ¿No quiere que ahora juguemos al truco?

—Y... juguemos, pero ya sabe... a cada jugada que le gane, será un alma la que rescate.

—¡Apostao!

Y jugaron al truco y jugaron al monte, y vuelta a vuelta Urdimales le ganaba. Cincuenta almas rescató!

El otro sentía más calor que si lo estuvieran asando; pensó en el castigo que l'iba dar Mandinga, su jefe; tuvo miedo y dejó de jugar.

—¿Y, se ha cansao?

—No... pero no sigo... no sea que me deje sin almas tuito mi corral...

—Bueno, mire; pa que vea que no lo quiero embromar, le regalo los naipes pa que le juegue al mismo Mandinga! Se los regalo, pero... el arreo de almas hoy lo he de llevar yo! ¿Le conviene?

—¿Y pa qué quiere tomarse ese trabajo?

—¡Pa que usté descanse, amigo!

Medio le desconfiaba el otro, pero la tentación era juerte... y por tener los naipes le dejó llevar el arreo... Abrió la tranquera, contó hasta cincuenta, las apuntó en la libreta, y con un vale se las entregó a Urdimales. Este las llevó lo más fácil... como qu'iban mansitas lo mesmo que hacienda se-

dienta sintiendo cerca el agua. En llegando a las puertas de l'iglesia e San Pedro, Urdimales, con el cabo del talero se puso a repicar al par que gritaba:

—¡Su Santidad San Pedro, a ver si si'apura! Abra di una vez la puerta, que aquí le traigo cincuenta y un alma con ganas de retozar!

—¡Mal hablado, aquí no se retoza! — malhumorado como siempre, le contestó San Pedro descorriendo los cerrojos. Abrió la puerta, una rendijita nomás... la atrancó con el pie y asomó la cabeza:

—¿Cuántas almas trae?

—Cincuenta y una!

—Traiga el vale!

—Enseguidita... no sé si se m'estravió en la chaquetilla o en el tirador... vaya dejando entrar nomá el arreo e almas... que yo ya li'alcanzo el vale.

Las almas fueron entrando y San Pedro las iba contando: una... dos... tres... Contó cincuenta, y cuando ya iba a decir: ¿y la cincuenta y una? "¡Aquí está!" gritó Urdimales alcanzándole el papel... San Pedro creyó que le mentaba el vale, y alargó la mano... Urdimales lo agarró descuidao: de un pechazo abrió la puerta, y antes que San Pedro tuviera tiempo de gritar: ¡juera! se dentró, dió rápido media vuelta — como qui'había sido milico — y se le sentó a San Pedro en su misma silla!!

—¡Esta sí que fué buena! — aprobó regocijado el auditorio.

—Buena les parecerá a ustedes... — continuó don Marco, — pero lo qu'es San Pedro pegó un ¡ay! más rabioso que si siesteando l'hubiera picado un tábano grandote, y siguió gritando: "¡Salí de áhi! ¡alzate de mi santísima silla, bagual!!"

—¡Más despacio, compañero!... y vaya reparando su santidá que la virtú de sentarme en la silla que se me antoje me la dió su mismito patrón, ¿sabe? Bueno... ansina es que yo de aquí no me muevo!

Y ahí nomás cruzó la pierna, echó pa tras el sombrero, y se puso tan tranquilo a liar un cigarrillo.

—En el cielo no se fuma, ¡atrevido! Aquí no se huele más humo que el del incencio, ¡mal criao! ¡Apagá eso, sotreta! que de nó, se me alborota tuita mi gente!

Y ansina parecía qu'iba ser nomás... porque se sintió como un tropel que se venía, y el mismo Tata Dios se asomó gritando:

—¡Avisá, San Pedro, si tias vuelto tarumba y te ha dao por pitar! ¡de plantón te he de poner yo!...

—Su santidá me perdone... si el humo no es mío! si es d'ese condenao de Pedro Urdimales que s'ha sentao en mi mismísima silla!

No acabó de hablar San Pedro, cuando ahí nomás, como un viento, se dientró el Santísimo Padre a la portería: no creía creer lo que oía, y lo tuvo que ver!

San Pedro se arrodilló y Pedro se quedó sentao!

—¡Alzate di áhi y largate! — bramó el Santo Padre.

—Usté perdone, patrón... pero eso no puede ser! Haga memoria y recuerde: que de la silla en que yo me siente no me levanta ni el mismo Dios!

Y ansina jué como Urdimales le ganó al mismo Padre Eterno! Este aflojó, sea que no quiso que la insubirdinación se supiera y las otras almas vieran que se le podían sublevar... sea que ya no sabía qui hacer de Urdimales, ansina es que con cara d'enojao, pero riéndose por dentro, alzó a Pedro con silla y todo, y se lo llevó a su casa y a la sombra del alero lo sentó! Y ahí está el muy bandido sentadito en su silla y contando — per penitencia — los granos di una carrada de arena. Tiene que contarlos uno por uno, y hasta que así no los cuente no se podrá levantar de la silla. Como no puede con el genio... en cuanto el Santo Padre se descuida, tomando declaración a algún alma, Urdimales trampea, y como Tata Dios se da cuenta, ¡tiene que volver a empezar! Y ansina es que entuavía estará contando...

—¿Ese es tuito su trabajo? — interrogó Visitación María Telmo.

—Ese.

—¿Y le dan de comer?

—Le dan.

—Entonces... si yo juera él... seguiría trampeando! — confesó Telmo, con un hondo suspiro, mirando melancólicamente el cielo...

Pancho largó la carcajada, alzó el arreador y levantóse para recoger la hacienda. En seguida se oyó, junto con el acompasado galope de su montura, la modulación de un armonioso silbido que se fué perdiendo a lo lejos.

—El muchacho va saliendo trabajador — comentó Zenón rehaciendo el fuego en la máquina de matar vizcachas...

—Va saliendo... — afirmó don Marco tanteando el filo de su hacha.

—Y diga, don Marco: ¿Urdimales no dejó hijos?

—¿Que si no dejó? ¡Y muchos! ¡Y más marañas qu'el padre saben andar haciendo... Casi tuitos si han metido en la polecía y el gobierno... y ahí sí que son dañinos, ¡caray!, porque difícil es conocerlos!... Como que no firman con el apelativo del padre!...

DESPERTAR

El quebracho, de tan duro quiebra el hacha... el ñandubay, por el jugo que suelta es fiero p'aserrar... el chañar es mañerazo, porque con no ser ni duro ni blandito, se abre en hebras, quita el filo y hace sudar!...

—Diga, don Marco, está hablando en verso?

—Mirá, Zenón, el que habla de corrido como rezo de agua... será porque mucho pensó lo que ha de decir... Yo voy pa viejo... Como un verso, me sé el monte de memoria. ¿Y cómo no ha de ser ansí? Si en la barranca del monte he nacido, con estos chañares me crié y a aquel algarrobo del cruce del camino, desde que tengo uso de razón, siempre lo vide grande como ahora... Es el agüelo del monte...

—Cierto, don Marco; y a usté se le parece: en invierno, achucharradito, y en primavera florece! En cuanto se quita el poncho, es como si se quitara los años!

Don Marco sonrió, dejó caer el hacha que se

clavó cimbrando en un tronco de ñandubay, sacó tabaco para 'liar" un cigarrillo y murmuró con cierta melancolía:

—El invierno es duro de pelar... el veranito sí que se pasa solo...

—¡Y mire que cayeron heladas negras! ¡Chuy! si entuavía me soplo los dedos!

—¡Maulita! No es pa tanto... ¡si nunca ha de ser el cuervo más negro que las alas!... ¿Hiela juerte? pues señal de que luego saldrá el sol bien clarito!...

—¡Si pa las cosas de la vida juera ansina, don Marco!...

—Pa las cosas de la vida, lo mesmo suele acontecer...

—¿Y cuando no?

—Y cuando no... entonces hay que saber olvidar y saber acordarse...

—¿Por qué, don Marco?... — preguntó Zenón con un dejo de desaliento.

—¡Pa aprender, amigo, y ser juerte!...

Don Marco empuñó su hacha; también la suya retomó Zenón, y de nuevo, con diestros golpes, fueron desbrozando los troncos, que luego de fragmentados serían utilizados como postes.

Sobre el fondo obscuro del barranco brillaban las hachas, el seco resonar ahuecado por la hondonada repercutía en el monte, y a cada golpe la respiración fuerte de los hachadores se oía silbante.

Bruñidos, recios, sus cuellos y brazos presenta-

ban tirantez de cuerdas; las piernas tenían inmovilidad de estacas. Las largas mechas grises de don Marco se escapaban por debajo del chambergo; la barbita rala, muy encrespada en el mentón, redondeaba la angulosidad de los pómulos. Los ojos, tras las pobladas cejas, brillaban con reflejos grisáceos suavizados en su expresión por la dulzura de una sonrisa un poco triste que al acentuarse estriaba con finas y largas arruguitas la comisura de los párpados.

Como el más viejo algarrobo y el más viejo chañar del monte, don Marco, desde hacía años, se conservaba el "mismito" y parecía tener fe en la única misericordia que hoy le pedía a la vida.: no "tumbarlo enfermo"... sino llevárselo de un tajo; así como mueren los más viejos árboles del monte, mientras pasa aullando el temporal...

Zenón trabajaba con el atormentado afán de quien busca agotarse en el cansancio. En poco tiempo, la despreocupada sonrisa que iluminaba su bronceado rostro se había ido borrando para dejar tras de sí el sello de una preocupación tenaz.

Bromista y dicharachero, se había vuelto taciturno, la tranquilidad del monte lo atraía y buscaba la proximidad de don Marco con el inconsciente egoísmo de quien sintiéndose herido recuesta su pena en el consuelo que emana de alguien más fuerte, aunque tal vez no más dichoso...

Don Marco sabía consolar: jamás preguntaba nada, y cuando el desborde de la amargura se ex-

playaba en un relato o en una queja, sabía escuchar.

Nunca se había encontrado ante problemas muy complejos; los hombres de la ciudad no desplegaron ante sus ojos la intrincada urdimbre de su "civilización"... En cambio, comprendía aquello que sentía, y los sanos sentimientos fundamentales encontraron siempre en él su resonancia.

Comprendía el amor como una fuerza creadora, y es así como no pensó jamás que había especiales méritos en no rehuir responsabilidades. Tampoco se vanaglorió de no haber traicionado al amigo ni haberlo abandonado en una dura prueba. Por lo demás, estos sentimientos no los había adquirido en los libros... y como, según contaba, aprendió a leer recién de mozo — cuando la campaña del general Roca contra Arredondo — era de pensar que con ellos había nacido.

En realidad, todos sus buenos sentimientos le habían servido más para sostenerse en la vida que para luchar. Las tan decantadas conquistas del progreso lo habían arrojado al borde del camino, sin enrolarlo jamás en la marcha de la caravana que lo asciende. Sin embargo, sobre todos ellos se había apoyado la civilización para marcar los primeros jalones de sus conquistas.

Con su temple había contado el comercio para lanzar sus caravanas a través del inmenso territorio, recorriendo fantásticas distancias. A la unificación del país, en aras de la cual, frecuentemente

con mentidos propósitos, fué lanzado en guerra civil el hermano contra el hermano, azuzado por el odio personal de los caudillos, el criollo pagó un cruel y desmedido tributo. Doblegado por un despiadado destino comenzó a sentir sobre sí como una ineludible fatalidad...

Los primeros ferrocarriles construídos por sus manos acortaron para otros las distancias. Y la primer vía que cruzó el corazón del país dejó en su mente, junto con la imborrable impresión de la fuerza creada y dominada por el hombre, el recuerdo horrible de los estragos del cólera. Así, don Marco ajustó los rieles que rayaron su tierra y sepultó en ella a sus padres y tres hermanos. Quedó solo, y para desgracia suya, el ferrocarril que centuplicó el valor del suelo pasó junto al campito de sus padres...

El retazo de tierra fué tragado por el dominio de aquellos que instituyendo por primera vez allí los títulos de propiedad, no le reconocieron su derecho sobre el suelo en que había nacido... Nunca más, pudieron tener tierra suya, ni don Marco ni sus hijos.

Cuando al amparo de la unidad del país, conquistada con su sangre, la mala política desplegó su voracidad, el poblador criollo fué su primera y eterna víctima.

Sus característicos rasgos de sobriedad, bravura y resistencia, minados poco a poco por una amarga

desesperanza, lo han ido transformando en un ser sumiso, pobre, resignado, ignorante...

Desposeído de todo, fué ungido — muchas veces para su mayor desgracia — con el supremo derecho del ciudadano: se le dió el voto!

Don Marco, tal vez con más claridad que muchos de sus compatriotas, comprendía toda la injusticia de su situación, y es por esto, que viendo pasar el triunfal penacho del tren soberano y divisando en la noche allá en lontananza la luz blancuzca de los focos eléctricos de la nueva ciudad, surgida en la llanura, sentíase tan ajeno a todo aquello que su mirada se tornaba con más amor hacia el monte, y huyendo de los hombres buscaba en él un resto de tranquilidad.

Junto a don Marco se había ido a refugiar Zenón, el prototipo del criollo laborioso, hijo de los primitivos pobladores, transformado hoy en el errabundo peón.

* * *

En un lento crepúsculo, el día declinaba.

El monótono compás del hacha dejó de resonar.

De la obscuridad de la enramada la choza de los leñadores surgió alumbrada por los destellos del fogón. Junto a la misma, Visitación María Telmo desplumaba una perdiz. No se había dado poca "maña" para cazarla. Atestiguándolo, ahí estaba, al alcance de su mano, una larguísima caña tacuara

provista en un extremo de un rígido lacito de cerda. Visitación contaba haberla "enlazado" costeando el monte y haciéndose "el distraído". Lo de distraído tenía importancia suma, pues Visitación aseguraba que sin este requisito encomendado a su expresión fisonómica, la perdiz habría "desconfiado" y nunca la habría podido apresar...

—Cacé esto y una nidada e gazapos! — dijo a los dos hombres que se acercaban.

Como su anuncio no tuvo ningún eco, pensó que por lo escuálido no interesaba; entonces, picado en su amor propio de espontáneo "proveedor", agregó:

—Hoy es noche de luna, buena pa cazar peludos, y si don Marco m'empresta l'escopeta, li he de tráir también lechuza...

—La escopeta ahí está... pero no siendo que la cargue con sal, no sé con qué la va cargar... Pólvora no tengo desde hace rato... está muy cara...

—Pa qué tanta cosa — terció Zenón. — Ha quedao polenta de la mañana...

Visitación abrió tamaños ojos:

—¿Diga, amigo, s'ia güelto gringo?...

—No tanto... los gringos comen polenta con salsa y chorizos... y ésta, si gustan servirse, más que con grasa, no se la puedo rociar...

—La gringuita sabe cocinar — afirmó don Marco.

—Sabe — dijo Zenón entrando en la choza para salir en seguida llevando en las manos un tarrito

de lata, que nada tenía que envidiarle al de Pietro el lingera, a no ser la ausencia de una cuchara de plata:

Cuando la comida estuvo lista, el tarrito — que aún conservaba la marca de un aceite venido de muy lejos, y que estos hombres no habían probado — multiplicó sus funciones pasando a ser fuente y "platos", después de haber sido olla, cosa que hizo añorar a don Marco una vez más los buenos tiempos de las cucharas y escudillas de madera y de los cacharros de barro, fabricados allá cerca con arcilla del arroyo. "¡Todo iba pa menos!"

* * *

Don Marco, silencioso, con los ojos fijos en la lumbre, revivía el pasado...

Visitación, chupando el último huesito de un gazapo, y no resignándose a la tristeza del silencio, insinuó una burla mirando de reojo a Zenón.

—Diga, don Marco, entre tanto remedio que disen fué dando Jesú, ¿no dejó ninguno pal mal de amores?

—¿Pal mal de amores?... — contestó don Marco, animándose.—Dicen qu'en eso Jesú no se metía. Pero vaya uno a confiar... Sabía mentar mi agüela a una tal Madalena Aráos, hija di un puestero de su padre... y contaba qui'una tarde en que la Madalena esa sacaba agua pa unos guachitos, se li apareció Jesú y le pidió de beber... Dicen q'ella

baldeó y le alcanzó agua fresquita y que un rato estuvieron hablando aquella tarde y otra más y qu'en yéndose el forastero, pa recuerdo le dejó un gajo e yerba mota...

—¿Y?

—Y... con la yerba mota, la virtú de tener labia pa hablar di amores, y en hablando bien... será pa que a uno li hagan caso y lo recuerden.

—Ansina ha de ser... ¡pero con los años segurito que la virtú se li habrá ido!... porque miren... que lo que soy yo... llevo tamaño gajo como pa'ser cocimiento... y nada!...

—¿Y a quién l'está por requebrar di amores, amigo Visitación? — inquirió don Marco reprimiendo una sonrisa.

—Y... a doña Mamerta la pastelera, pues! En el campo, la gente es muy educada; sería del peor gusto reirse de un huésped, y más... tratándose de tan delicado asunto; así es que Zenón — que hubo de ser el burlado — se mordió los labios... y don Marco comentó muy serio:

—Doña Mamerta ya tiene hijos mozos... y si no ando errao, don Pancho Veleta, pa San Pedro, salió de padrino de s'último nieto...

—Cierto nomá... ¡Y viera qué pasteles hizo pa ese día doña Mamerta!! Jué entonces que yo me le quise ofrecer pa ayudarle tuita mi vida a sobar y hacer picadillo... y ni mascando yerba mota el habla me venía!...

—Y qué, ¿tanto miedo le tiene?

—¿Miedo? no ha de ser... ¡y eso que amasa con un rodillo e quebracho, que ni sacao e la vía el tren!...

—¡...!

—Lo que hay, ¿sabe? es que por la fiesta e Santa Rosa me cargó con dos canastos de pasteles... y yo no sé cómo habrá sido... la cosa es qu'en la cuenta me falló como la metá!... Yo no sé... si perdí plata o perdí pasteles... Desd'entonces se mi hace que doña Mamerta, en cuantito me ve, si acuerda de mí por lo de los pasteles!

—¡Cómo serán las mujeres! ¿eh? ¡Bicho más rabioso!... No tienen más memoria que pa los disgustos!

—Diga, Zenón: ¿no viene a cazar peludos? ya va asomando la luna...

Zenón no contestó; perdido en la sombra, reclinado sobre un tronco, como en una caricia templó su guitarra: una tras otra, vibraron muy quedo notitas sueltas; fué un susurro de hojas... Y en seguida una honda frase musical rasgó la noche con el desesperado arrullo de una queja, prolongada largamente por el sollozo de la llorona. La melodía tenía imprevistas ondulaciones que fraseaban los giros de un ingenuo verso libre. Las palabras del canto, separadas por largos silencios, se prolongaban en los sonidos de la guitarra. Decían la eterna queja del amor desgraciado, hablaban del bosque en cuya silenciosa espesura se abre de noche la blanca flor de pensa, mentaban el perfume del poleo, el

arrullo quedo de la paloma torcaz, y cantaban la felicidad del jilguero que "entre espinas y flores hace su nido".

Entre espinas y flores...

Bruscamente, bajo la contracción nerviosa de los dedos, el són de las cuerdas se quebró en un violento rasgueo cuya última nota se unió a la amarga exclamación de Almada:

—¡Quién juera jilguero!...

—¿Pa volar? — impresionado, pero burlón, inquirió Telmo.

—¡No!... ¡pa hacerse el nido!...

Aquello fué dicho con tan inquietante amargura, que el mismo Visitación sintióse sobrecogido.

Don Marco levantó la cabeza.

Zenón se había puesto de pie, su alta figura, agrandada por la sombra, dominaba el claro del monte. El rostro, alumbrado a rachas por el resplandor rojizo del fogón, reflejaba una dolorosa crispación.

Tras el monte se extendía la llanura. Almada, con centenares de compañeros, peones errabundos como él, la había tornado apta para recibir la simiente.

El desmonte a fuego y hacha, que borra la selva secular y entrega la tierra atormentada, cubierta de cenizas, revuelta por la busca del raigón que se arranca, a la metódica roturación del arado, había sido obra de sus brazos.

A la primer siembra, cubrióse de verde pelusilla

la tierra gris que antes alimentara el monte rumoroso. Creció el trigal, bebiendo bajo el sol con avidez el agua que en otra hora hubiera ascendido por los nudosos troncos. Bajo el cielo azul y bajo la tormenta, meció el inmenso trigal su mar de espigas en ligeras olas glaucas, en pesadas ondas de oro. El sol, que vivificaba la selva toda, regulando su verdor, llenándola de perfume y de trinos, entregaba ahora al trigal todo su tesoro, y poniendo en cada grano una partícula de calor y luz, encendía una nueva vida.

Almada, con los peones, sus hermanos, y el chacarero vigilante, levantaron la cosecha. Sus robustos brazos alzaron bolsas, creció la estiva, y desde lo alto Almada contempló el campo, pronto siempre para recibir la nueva roturación y la nueva siembra.

Una tarde sofocante sus manos se tendieron hacia un jarro de agua fresca que otras manos le alcanzaban. Vió unos ojos claros que dulces le sonreían bajo la gloria de unos cabellos de oro.

Fuerte, sintió de golpe toda la suavidad de la ternura; rudo, sus manos temblaron temiendo hacer daño.

Chiquina fué para él la revelación de su propia bondad. Hijo de la tierra, vió en los ojos de Chiquina la hermosura de un linar en flor, y en sus cabellos de oro la anhelada visión del trigal maduro...

Presintió, en la frescura del agua que sus manos

le brindaron, la sedante calma que podría darle el hogar, después de un duro día de labor.

Vislumbró en su sonrisa el aliento que retempla para el esfuerzo diario.

Descendiendo de lo alto de la estiva, la vió grácil, inerme, dolorosa, con sus ojos algo tristes, sus manos grandes deformadas por el trabajo... Una oleada de pasión lo sacudió todo, haciendo temblar su voz de ternura: "Chiquina, Chiquina mía!"...

De golpe, como si sobre aquella visión de paz y de bonanza se abatiera el huracán obscureciendo el cielo, allí mismo, aquella tarde y luego y siempre, entre él y "su" Chiquina se alzó la voluntad del chacarero, de su mujer, de todos!...

Cierto, trabajaban juntos "gringos" y criollos, pero... el peón no poseía nada, no era nadie, no contaba! Su vida nómade era presagio de todas las desgracias... Gitano en su tierra, sin techo, sin hogar... Irresponsable ave de paso...

Y sin embargo, Zenón trabajaba "como un gringo". Como él habría querido afianzarse a un retazo de tierra, no ambular más... ¿Pero cómo? Al criollo nadie le fiaba... Nadie jamás pensó ayudarlo. ¿Quién le daría su tierra?... Estaban solos, perdidos, en su propio país. Se habían acostumbrado a la miseria, contentándose cada vez con algo menos...

Zenón sintió por un momento la rabia de la impotencia; lo injusto lo exasperó hasta llevarlo a aquel límite en el cual el hombre o sucumbe y se

resigna, o se lanza a la lucha aun sin vislumbre de triunfo...

Despedido de la chacra, fué al monte en busca de consuelo junto a don Marco; éste le ofreció su choza, un hacha para trabajar y estas palabras:

—No sos menos que los gringos, Zenón; también ellos sufren, también tienen patrones que los echan y sufren más que nosotros porque trabajan más... Mirá, quién sabe nomá si un día, no li as de poder dar una mano al gringo y ansina si han di entender... ¿No tias fijao, en la noche oscura cuando uno anda perdido... la lucecita más pobre que de golpe aparece, se ti hace linda como el sol? Ansina son los hombres, amigo... no le guardes rencor al gringo... trabajá, no olvidés... y tené pasencia!..

La luna había ascendido, enorme. Visitación se escurrió.

Una claridad uniforme bañaba todo el monte, tornando aún más profundo su imponente silencio.

* * *

Pero de día y de noche, tras esta quietud, ya se presentía el desborde rumoroso, inquietante, pletórico de vida y de fuerza del cercano despertar.

En los troncos la savia se desperezaba. Bajo la corteza de cada árbol y en las rugosidades, el sueño de larvas y crisálidas iba a tener su fin. Caerían las envolturas protectoras convertidas en fragili-

dad de papel de seda. Asomarían cabecitas duras, patas fuertes, largas antenas de vibración nerviosa, y en la tierra, en el árbol y en el aire, tras el despertar surgiría de inmediato el despiadado combate por la vida.

¡Calma engañadora del monte, en que el zorro en acecho espía el imprudente salto de la liebre; el gato montés, confundido con el color de la rama, largamente prepara su festín de toda una nidada, con un felino arrastre en la obscuridad de la noche; siniestro grito de buhos y lechuzas cayendo sobre cuises y ratones; voracidad insaciable de víboras e iguanas después del prolongado ayuno invernal: grito de agonía ahogado por el terror ante el resplandor frío de pupilas que fascinan y la visión de la fauce abierta...; espantado desparramo de alegres bandadas canoras al oir el estridente aviso de "¡peligro!" dado por el vigía; vuelo desesperado hacia la espesura en busca de un escondrijo seguro contra el gavilán que como una flecha avanza; caída vertical, a plomo, como una piedra, con tal de llegar a las matas de pasto antes que la garra aprisione; último grito, allá en lo alto, pequeño punto en la inmensidad del cielo, borrado por el fiero golpe del corvo pico, dos o tres plumas que el viento girando se lleva, unas gotas de sangre que pesadamente caen...; insensato, ciego vuelo sin rumbo hasta dar con la cabecita contra un tronco, la rueda del molino o el cristal de una ventana, encontrando al chocar la muerte de la cual huía!

Y junto a la destrucción y a la muerte, el amor que siempre ciego resurge. En derredor de las hembras el eterno combate y los trinos más puros y los cantos más prolongados, en los cuales parece que en la misma garganta palpitara el corazón incansable. El zarpazo de los felinos y luego la ondulación sedosa de la cola que abanica.

El bramido del toro que hiende la espesura y entabla un potente duelo con el rival invisible de la hacienda vecina. Escarba con formidables golpes la tierra, levanta nubes de polvo, resopla y repite el hondo bramido amenazante e imperioso como un fiero llamado.

Y el potro que rompe el cabestro y con el brío de la fuerza sin freno, en tendido galope, haciendo retumbar el suelo, cruza la pradera, desciende por la barranca, las negras crines y la cola al viento, jira de golpe hasta alcanzar la altura desde la cual a lo lejos se divisa la tropilla. Firme, recorrido por un temblor que hace brillar aún más su soberbio pelo, lanza la clarinada de un largo relincho; luego bufa, y tomando vuelo en una nueva carrera, de un solo salto cruza el alambrado...

* * *

Zenón extendió los brazos, aspiró el aire de la noche, y con un hondo suspiro se dejó caer junto al fogón, ya apagado.

—¡Hijo! — murmuró don Marco, cubriéndole los hombros con un ponchito, — mejor será que te acuestes bajo la enramada, de nó la cerrazón te va a empapar...

—Deje nomá, don Marco... pa dormir... lo qui hace falta es tener sueño...

* * *

La primavera, insinuándose potente, avasalladora, terrible y suave, palpitaba en la noche...

VIDA RÚSTICA

—¿Me das del sí? — dijo Lichú, el hijo menor de Carabinié, recostado en uno de los postes que sostenían el alambrado de colgar la ropa.

Chiquina inclinóse más sobre la batea, sacó al acaso del agua jabonosa una blusa azul de tela dura como lona; la asentó sobre la tabla, la jabonó, y en seguida, estrujándola con las dos manos cerradas como puños, se puso a restregarla vigorosamente.

Todo su cuerpo se sacudía por la violencia del movimiento, y su rostro, cuello y brazos, tostados por el sol, enrojecían aún más.

Rizos muy rubios, color "barba de choclo", asomaban debajo del pañuelo rojo con que habíase envuelto la cabeza. Un vestido, también rojo, moteado de blanco, apenas descotado y muy fruncido en la cintura, ceñía su silueta grácil, bien hecha, en la cual las manos grandes y deformadas por las pesadas tareas, y los pies anchos y chatos, eternamente

calzados con alpargatas, desentonaban... diciendo la rudeza de una continua vida de trabajo.

—¿Me das del sí o me das del no? — repitió Lichú en tono impaciente. Pero de pronto, recordando la recomendación del padre: "Pacienza, Lichú; prima te dará del "no"... dopo te dará del "sí": tutte son li stés"... cambió de tono, y, como sonriendo a la victoria final, que él consideraba suya, agregó: "¿E cuándo s'mariduma?" (1).

Por los labios carnosos de Chiquina pasó un esbozo de alegre burla, desmentida en seguida por la mirada triste de sus ojos azules.

Nadie le había preguntado jamás a Chiquina si quería algo, si estaba conforme con algo. Sin embargo, desde que tenía uso de razón se recordaba trabajando. Primero acunó a sus hermanos más chicos; después los cuidó y lavó los platos; luego boyereó y rastrilló; más tarde, aumentando continuamente la familia y disminuyendo las fuerzas de la madre, le ayudó en el lavado de la ropa todo el año, y en la cocina en tiempo de cosecha, y, además de todo esto, siendo ella "la mayor" y viniendo luego dos mujercitas más y recién después tres varones seguidos, tuvo que hacer de varón al lado del padre.

En las mañanas crudas de invierno, cuando el campo está blanco de escarcha y el frío es tan intenso que una gruesa capa de hielo cubre la "bebi-

---

(1) ¿Y cuándo nos casamos?

da" y menester es romperlo para abrevar a los animales de trabajo, Chiquina ataba "su" arado, y junto con el padre iniciaba la larga jornada. Para no helarse, bajaban del asiento del arado, y lejos uno del otro, lentamente, iban al paso de los caballos, que, en un esfuerzo tenso y continuo, jadeaban, y a cada amelga era menester darles descanso. La tierra estaba muy dura, y había que arar hondo por temor a la sequía. Un vaho azulino se desprendía del cuerpo sudoroso de los caballos, y Chiquina, palmeándolos, pasaba sus ateridas manos por el cuello y los lomos, en busca de un poquito de calor.

Una mañana, manejando las heladas palancas del arado, sintió un dolor tan agudo en las manos, que se desmayó. El padre llevóla en brazos hasta la casa... Sus uñas se habían puesto negras y sentía alfilerazos en los dedos. La madre le tejió unos guantes de lana, y al día siguiente Chiquina volvió a trabajar...

En verano, para huir del calor sofocante, que los hacía padecer demasiado y agotaba a los animales, aprovechaban la luz de la luna y araban de noche.

A los días silenciosos, sucedían noches silenciosas.

Lejos uno del otro, no hablaban; ni aun estando cerca tal vez lo habrían hecho: ¿qué habían de decirse? Cantar, no se les ocurría... además, Chiquina no sabía cantar, no había cantado nunca. Al-

zaba la palanca del arado en las vueltas, alentaba a los animales, y así marchaban. La luz blanca la bañaba con claridad uniforme; un poco de sombra bajo los ojos... y su carita adquiría una expresión de serenidad algo adusta.

¿En qué pensaba Chiquina? ¡Quién sabe! En nada tal vez... No sabía leer ni escribir, ¿y qué podía tejer su fantasía?

Un mal año, en que la escasez de trigo no iba a compensar los gastos, Chiquina hizo de "pistin" (2), y también tuvo que hombrear bolsas. "Es fuerte" —sentenció el padre—; ella tenía 16 años, y el mayor de los varones, diez; y Chiquina hombreó... Por la noche, un fuerte dolor en la cintura no la dejó dormir; fué su primer noche de insomnio... A la mañana siguiente no pudo levantarse. Su padre vociferó: "¡Vaya, para esto servían las mujeres!", y encarándose con su mujer, agobiada por el trabajo y agotada por la pérdida de sangre del último parto difícil (el décimo), en el que por poco queda... la increpó: "¡Sólo a ella se le ocurría tener "primero mujeres!"... Otras veces Tonia reía del extraordinario "cargo"... pero esta vez, debilitada, dolorida, nerviosa, contestó agriamente. El marido gritó más fuerte, maldiciendo de todo. Tonia lloró, y Chiquina también; los chicos, agrupados al lado de la cama, en la que junto con Chiqui-

---

(2) El encargado de acomodar las espigas de trigo a medida que la espigadora las va arrojando al carro.

na dormían, viéndola allí tirada, sin levantarse y oyendo el altercado, sintieron pasar algo insólito, y berrearon a coro. El padre salió jurando, terminó de cargar solo un carro con bolsas, fuése al pueblo, y volvió muy tarde cantando:

"Mia crava ma (3)
rut un but,
cuand'era chuk!
Coñac e vermut,
cuand'era chuk"...

Estaba borracho, cosa que le sucedía muy raras veces, y siempre bajo la influencia de alguna pena: la pérdida de la cosecha, la enfermedad o muerte de algún hijo (había perdido dos), la inquietud ante el parto de la mujer...

Era su singular modo de arreglar las cosas... pero era lo único que él era capaz de hacer: no pudiendo arreglar nada, quería, así, inconscientemente, olvidar sus penas, aunque fuera momentáneamente.

Se emborrachaba y cantaba siempre la misma canción... lo cómico de la letra movía a risa a muchos. En general, el emborracharse de vez en cuando no era considerado como una gran vergüenza — ¿y por quién? —, y le había valido a él el sobrenombre de "Giuseppe de la crava" — José de la Cabra —, y a sus hijos, "li cravot" — los ca-

(3) Mi cabra me ha roto un porrón cuando yo estaba borracho, coñac y vermut, cuando yo estaba borracho.

britos. A Tonia y a Chiquina la cosa no les causaba mucha gracia; pero, como nadie lo decía "por mal", habían terminado conformándose.

Chiquina no volvió a hombrear más, pero su trabajo no disminuyó por eso. Tenía ahora 18 años, y allí estaba Lichú, que sin más ni más, le preguntaba: "¿Y cuándo nos casamos?"

¿Y por qué había de casarse con él??... Chiquina, terminando de enjabonar, pasó la ropa a una tina y fuése al pozo en busca de agua limpia. Tiró el balde, y a grandes brazadas lo fué recogiendo: la roldana rechinaba, y la cuerda, muy tensa, decía el peso del balde. Lichú la dejó hacer... y cuando ella volcaba en la tina el agua clarísima, insistió: —"Paroto dijo que para antes de la cosecha, mejor".

—¿Por qué? — inquirió Chiquina, débilmente.

—Y... porque así nos ayudás...

Chiquina lo miró... Pocos días antes nada habría encontrado que objetar a esta razón; tal vez no le habría parecido muy grata, pero sí natural.

Trabajaba aquí hasta el cansancio, trabajaría allá un poco más, porque estaría casada y porque en casa de los suegros el pan siempre es más duro... ¿Y qué?, ¿no hacían lo mismo muchas de sus conocidas?

Pero hoy Chiquina no pensaba así. Callaba, empero; no quería disgustos. Carabinié era "cumpadre" de Tonia; "Giuseppe de la crava" lo era de Netta, y...

Un día, Carabinié le había dicho a Lichú: "Lichú, tienes que casarte; Chiquina — "la fia de la mia cumare — es trabajadora"... Y dándole un fuerte puñetazo — inequívoca muestra de cariño —, agregó, en medio de las carcajadas de los demás hermanos: "¡Ti catu un lett!" (4).

Todo estaba dicho...

—¡Eh! ¿me das "del sí?" — repitió Lichú, por tercera vez —, y viéndola desprevenida, la enlazó por la cintura.

Chiquina forcejeó por desasirse, y como no lo consiguiera, con un rápido movimiento se arqueó, alzó de la tina una prenda de ropa chorreando agua, y con violencia se la arrojó a la cara. Lichú la soltó, y mientras ella corría hacia la casa, le oyó decir furioso: "¡A un altro in la testa!" (5).

Y sí, tenía "un altro in la testa"... pero casi temía confesárselo a sí misma, y mayor aun era su temor de decírselo a los demás: "¡un testa de guisa!" (6).

* * *

—¡Eh!, Chiquina: pruntá da mandgé, cuesti porcachún mi lacho fi niente!"—gritó Tonia, sentada en un escaño bajo, dando de mamar a su recién

(4) Te compro una cama.
(5) Tiene a otro en la cabeza.
(6) Llaman así a los criollos.

nacido, y alejando con el brazo libre al penúltimo hijo, quien, llorando, pugnaba por treparse sobre sus faldas, no resignado aún a haber sido tan bruscamente desalojado de ellas por el nuevo hermanito...

Chiquina, con un haz de leña en brazos, cruzó el patio; su carita seria tenía una expresión suave, abstraída. Entró en la cocina, como siempre llena de humo. Avivó el fuego del fogón, descolgó una gran olla de fierro, y sonrió: una olla de "guisa"... De un cajón, donde se guardaba cubierto con sal, cortó una lonja de tocino, quebró su gajito de albahaca, peló dos dientes de ajo y una cebolla; en el extremo de la mesa picó todo bien "menudito", echó el picadillo a la olla, y puso ésta sobre el fuego. Al poco rato, el tocino comenzó a chirriar, y un fuerte olor a cebolla frita llenó la cocina. De una alacena, Chiquina tomó un plato lleno de porotos cocidos desde por la mañana, los volcó en la olla, meneó todo con una larga cuchara de madera, y luego llenó la olla con el agua de la pava, que había comenzado a hervir. La sopa estaba preparada... y sólo hacía falta que despacito se fuera cocinando...

Chiquina, levantando la tapa de la mesa, dió un vistazo a la batea de amasar: la levadura, preparada para el día siguiente, subía...

Provista de un cuchillo, pasó a la pieza contigua, separada de la cocina por una "cortina" de arpillera, en la cual ella había bordado una vainilla con hilo rojo. Era éste el dormitorio de los padres, her-

manas y hermanitos chicos: los muchachos dormían en la cocina, que también hacía las veces de comedor.

En el "dormitorio" había dos camas grandes, un catre y una cunita. En la cunita dormía el penúltimo hijo... En una de las camas grandes, los padres y el último "bebé", y en la otra cama y en el catre se arreglaban los demás. En la cama de los padres, colchón de lana; en las demás, colchón de chala, que se renovaba cada año.

El piso era de tierra...

En un rincón del cuarto, un baúl; a su lado, sobre unos tacos de madera, la bolsa con harina. En medio de la pared, un gran cofre de madera de nogal con herrajes de hierro. Cuando Tonia se casó — allá en Italia —, sus padres se lo dieron con el "fardel" (ajuar); hoy estaba casi vacío... De las gruesas sábanas de hilo — tejidas en el telar de la casa — había ido haciendo ropa blanca para ella, su marido y sus hijos... ¡Todo estaba tan caro para comprar!...

En las paredes, la mano de cal, dada hacía mucho, se había ido descascarando, y quedaban de ella unos caprichosos manchones blancos... lo demás estaba negro.

Una estampa de la virgen colgaba de la pared (en otras "casas", a falta de una estampa "oficial", colgaban una figurita de santo despegada de alguna pieza de bramante marca "Obispo").

La estampa no tenía vidrio; el vidrio es un ar-

tículo de lujo... es frágil... no soporta mudanzas...

No hay vidrios en las puertas, ni tampoco en unos agujeros más o menos rectangulares tapados con una madera y llamados "ventanas". Cuando hace frío, cerrando puertas y ventanas, los habitantes quedan a oscuras... Cuando hace mucho calor, sucede oto tanto.

Copas de vidrio no hay... tubo en la lámpara tampoco — las más de las veces no hay lámpara—. Los que han de madrugar, se acuestan temprano. y nadie lee, ni escribe, a no ser (cuando saben hacerlo) en rarísimas ocasiones: participar un casamiento o una defunción... Los nacimientos no se participan por entrar en el orden periódico y normal de las cosas...

Botellas, si hay, las usan para guardar líquidos... y para hacer un "chair" (luz), uno para colgar cerca del fogón, y otro a veces para el dormitorio...

Agujerean un corcho, le introducen un canuto de lata, pasan por el canuto una larga mecha retorcida de unos cuantos hilos de tejer medias, llenan una botella con kerosén, la tapan con este corcho, y el "chair" está hecho.

Tal es el "moderno" candil.

Chiquina subió sobre un cajón, única silla de la habitación, y con el cuchillo desprendió de las largas "guirnaldas" que "adornaban" el techo, cuatro chorizos (los chorizos se cuelgan generalmente en el

dormitorio, porque en la cocina se ahumarían demasiado...). Bajó del cajón, y desplazándolo hacia otro extremo de la pieza, subió de nuevo, y esta vez tomó de una ancha tabla colgada de una viga del techo por dos alambres, un enorme pan redondo.

De vuelta a la cocina, puso en la mesa el pan, los chorizos, unas cebollas, una pila de platos de lata, unas cuantas cucharas, una botella de vino y dos jarros para todos... En un balde, cerca del fogón, estaba el agua.

Leche no había ni aun para los más pequeños...

La olla canturreaba suavemente... Chiquina tomó sus agujas de tejer, sentóse cerca de la mesa, hizo unas cuantas mallas, y... su mirada se perdió a lo lejos... muy lejos...

* * *

—¡Chiquina! ¡Chiquina! Va pié i chanchu sa sun andait unt'el maíz! — exclamó Giuseppe de la crava"...

Chiquina salió corriendo, seguida de sus hermanitos, que jugaban por allí.

—¡Fe lest! — añadió la madre, y dirigiéndose a don Marco, que se había apeado "un rato", explicó: "Sta sempre con la testa al aria"...

—Pero siempre anda trabajando...

—E sí, trabacando... ma peró...

—Déjela casar, pues... los pajaritos en prima-

vera cantan y lueguito no más hacen nido. Y ella la pobrecita...

—E bueno, Lichú aspeta... — terció el padre, dejando de hachar leña.

—¡Qué Lichú ni Lichú! ¿Y no vido que no lo quiere?

—¡Bah! No lo quiere... ¡dopo lo va querer!

—¡El gringo éste! — exclamó don Marco entre indignado y burlón. — ¿Y no vido usté, cuando es el tiempo, a la hembrita del tordo, sentadita en una rama mirando y remirando a los tordos renegridos, que de la rama al suelo y del suelo a la rama dale no más pelea y canto... y silbar y saltar?

Y si la hembrita elige del que más gusta; y si ella sabe lo que es querer, ¿no lo va a saber su hija?... Si la hacen trabajar al gusto di ustedes... ¡déjenla casar al d'ella! El mozo es güeno, yo se lo digo! desde chicuelito lo conozco.

—¡Un testa d'guisa! — dijeron a dúo los padres.

—¡Ya saltó la liebre pal monte! ¡Ahura sí que "naides" me ataja! Tuito lo voy a cantar, y si cae palo... ¡aguanten! Porque ya que dicen testa de guiso... Bueno: pal baile e Santa Rosa yo "los" vide. Bailó con Lichú, y el mozo será trabajador... pero pal baile... bueno, qu'ella tampoco es muy "sabidora", porque ustedes los gringos son asina; d'Italia vienen sabiendo bailes que da gusto verlos agraciaos y ligeros, pero... lo qu'es enseñar a los hijos ¡paqué!... El "otro" la sacó den despues... y es guapo el mozo!

—¡E... sí, ballare!

—¡"Ballare" y trabajar! qu'esto no le quita el lustre pa lo demás! Bailó y le compró un ramito e pensamientos, destos que vendía la Rosarito — Dios la tenga en su gloria —, y Carabinié lo vido y dice: "Il creollo tira la plata". ¡Cada uno pa sus gustos... li contesté; el mozo "ése" será que la tira pa unas florcitas, y uno que yo sé... la tira pal copetín...

—Da vero, ma...

—¡No hay "ma" que valga! Emparvar sabe, y si no que lo diga don Pedro, que cuando Yuanin jué pa la conscrición, "él" l'emparvó! Y que sabe arar y sembrar, eso dígalo usté... y que pal alfa es guapo, tuito el mundo lo dice; y que pa hombrear también! y pa trenzar un lazo juerte de cuatro y seis tientos y pa sobar a puño un cuero y cortarlo finito y hacer un bozal lindo: ¡no hay gringo que le gane! ¡y menos pa boltiar un animal ni pa amansarlo! Diga, pa la yerra de lo de don Toribio Veleta, ¿no si acuerda? el tordillo aquél?... que se lo jué llevando a Santos? "El" con su caballito tostao, "antes muerto que cansao"... le tiró el lazo... le buscó el lao... jué aflojando, aflojando... y cuando afirmó... ¡el lazo cimbró! y se lo trajo al tordillo patas pa'arriba!

Y don Marco reía ante el recuerdo de la hazaña...

—Es buen criollo — prosiguió. — Déjenlos que se casen... ¡Claro qu'es pobre! tuitos lo somos... sólo que, usté lo sabe... a los gringos, como que

tienen con qué responder, en el pueblo les fían... y al criollo ¡que pague al contao! Y con todo, a la güelta del año no sé yo quién tendrá más... Ustedes cuando vienen, el gobierno con algo los ayuda... Entre paisanos se dan una mano; en el pueblo grande tienen una sociedá... Del criollo, el gobierno no si acuerda sino pa la "conscrición"... y después del encierro lo largan, las más de las veces tan burro como dientró. Mire si no al hijo de Moyano, el del carbón... dientró sin saber ler y salió lo mesmo...

Entre paisanos pobres, más que palabras... ¡qué nos vamos a dar! Los criollos ricos... los dotores... hacen siempre lo que pa l'última eleción: nos buscan zumbando como nube e mosquitos, ¡marean, caray!; a la fin: ¡zaz! nos chupan el voto y luego: ¡si te visto no mi acuerdo!...

"El" sabe leer... y Chiquina no sabe. ¿Y usté, don José de la crava?, terminó don Marco mirándolo con mal disimulada malicia...

—Algo... algo... — contestó don José.

"El"... "él"... nadie lo quería nombrar, pero todos lo tenían presente...

Don José se levantó, cruzó un alambrado, juntó unas cuantas espigas de trigo y se las alargó a don Marco, diciendo:

—Dopo tanto trabaco e tanto aspetar, el trigo viene "chuzo". Guarda.

Desde la ventanilla del tren, los trigales podían parecer espléndidos. "Vean qué hermosura, ¡si pa-

san los alambrados!" Tal era seguramente la exclamación de los viajeros... Pero vistos de cerca, las espigas tenían un inquietante tinte blancuzco y erguíanse sobresaliendo de las muy altas matas de trigo "que se habían ido en vicio".

Espiga derecha en tiempo de corta, espiga vacía... Habían sucedido a la prolongada sequía lluvias torrenciales; el trigo brotó y creció con rapidez pasmosa — como deseando, con desesperación. recuperar el tiempo perdido — y en lucha desigual con los yuyos, que habiendo recibido la lluvia a "su" tiempo, pugnaban por ahogarlo.

Más veloz que el crecimiento del trigal, levantóse la esperanza anhelante de los chacareros; y abriendo sus infatigables alas, se remontó alto, muy alto... bañándose en la luz de oro del más dulce sueño: el del trabajo por fin recompensado. Pero...

Se formó la espiga, floreció... y cuando se requería la fresca brisa, que en "época normal", haciendo ondular suavemente los trigales, sacude y transporta el polen, vinieron fuertes aguaceros, "lavaron la flor", y muchos granos quedaron sin "cuajar"...

En seguida un sol implacable, que en los últimos días de sazón hubiera dado al trigo el soberbio color oro de su plenitud, secaba ahora en plena formación los granos recién fecundados... Y las barbas y envolturas del trigo, como inútil hojarasca que ya nada protege, tenían el aspecto y aspereza de blancas escamas muertas...

—¡Se viene una "nebia" ¡adio! ni sacamos triguillo!

—¡Qué "nebia" quiere que venga, amigo, si por las mañanitas el tiempo está más seco que ubre de vaca machorra! — contestó don Marco riendo; pero en seguida, acompañando en su pena al colono, agregó:

—¡Qué le vamos hacer!... Si cada cosa "quiere su tiempo"... Nació el trigo tarde y el tiempo no li acompañó... ¡Veia el maiz, si nunca lo vide tan lindo!

Y don Marco, deseoso de retemplar el ánimo de todos, como quien pasó la vida eligiendo "del mayor mal el menos"... señalaba entusiasmado los lozanos maizales: altos, tupidos, con las largas, lustrosas hojas verdes brillando bajo el sol como los cambiantes reflejos de un lujoso ropaje de raso, y coronados por el penacho verde lechoso de sus flores. ¡Una floración soberbia, y en los rastrojos ni un yuyo!

—¡Si da gloria verlos!

"Don José de la crava" permanecía silencioso... Sí, el maíz compensaría en algo la casi total pérdida del trigo, pero para él este triunfo del maíz significaría el inminente desalojo del campo...

El dueño, "señor de seis leguas", había dicho: "estoy cansado con el trigo; si este año viene mal, ¡a la calle los piamonteses, y que vengan romañolos para el maíz!"

"Los romañolos... porque tienen el hambre más

dura" — explicaban con cierto rencor los piamonteses.

Todo le iba mal: ¡irse una vez más! Deshacer la casa, cegar el pozo, ambular... dar con un terreno donde encontraría una tapera, "restos" del paso de algún colono como él...

Reedificarla, con rabia, sin cariño, con casi la premeditación de no hacer nada sólido ni grato porque el año menos pensado habría que tirar todo al suelo!... No plantar un árbol, ni tener un jardín; no envolver la rusticidad de la vivienda en el abrazo florido de la enredadera que perfuma, alegra y da sombra a cambio de algún cuidado. ¡Nada, nada que lo atara, que lo conmoviera ¡por temor de sufrir más cuando hubiera que irse! Unos cuantos algarrobos, ¡bendición nunca bastante alabada!, eran todo el lujo de su actual vivienda: protección, verdor, solaz de todos, alegría de sus hijos, que jugaban al amparo de su sombra amiga. Un nidito de hornero, primorosa obra de ingenio del huésped alado, adornaba al más añoso, testigo del primer coloquio de amor de Chiquina con Zenón Almada: .

—Chiquina, si la hornerita tiene su "casa", mire... ¿por qué un día, trabajando yo mucho, no he de hacerle la suya?...

¡Chivit! ¡Chivit! — aprobó alegremente desde lo alto la hornerita.

—Me voy a la corta, pa eso soy buen parvero. Rejunto la platita, no la ie di gastar... porque la

quiero. Yo la quiero, Chiquina, ¡si es tan linda!, ¡si es tan buena! y siempre la vide trabajando.

Chiquina lo miró. Una onda de vida nueva, desconocida, la estremecía toda; no dijo nada... pero el azul casi frío de sus ojos tenía ahora el aterciopelado suave de un linar en flor blandamente mecido por la brisa... Con el amor había llegado para ella lo más bello: el ensueño...

* * *

"Mia crava ma
rut un but...

Tonia palideció, y a Chiquina se le nublaron los ojos. Giuseppe entró con paso inseguro... La mujer inquirió ansiosa:

—Il patrún noi lach esté? (7).

—Il patrún a lacha nin esté! Lai chamai sa vel caté li chape d'zinc: ¡la dime que no! Lai chamai sa vel caté le chape d'zinc del pus: ¡la dime que no!... E addes... ¡Porta via tut e la ca va dgi!

Don Giuseppe dió un puñetazo en la mesa, luego se sentó y cubrióse la cara con las manos...

---

(7) ¿El patrón nos deja estar?

—¡El patrón no nos deja estar! Le pregunté si quería comprar las chapas de cinc: ¡me dijo que no! Le pregunté si quería comprar la puerta; ¡me dijo que no! Le pregunté si quería comprar las chapas del cinc del pozo (se colocan para evitar el desmoronamiento de la tierra); ¡me dijo que no! Y ahora... ¡me llevo todo y la casa se vendrá al suelo!

* * *

La chata de fletar trigo lleva los implementos de labranza, las chapas de cinc... la puerta... los escasos muebles...

Un carro, prestado por don Pedro, transporta la jaula con las gallinas, un cajoncito con las palomas y dos cerdos fuertemente amarrados que gruñen sin cesar...

Los perros corretean desorientados, menean la cola y miran como interrogando...

En los carros y en un sulky se ha distribuído la familia. La algazara parlera de los chicos domina todos los ruidos y contrasta con la tristeza del momento... Ajenos a ella, ríen... comentan... encantados ante la perspectiva de un viaje.

No dejan tras sí recuerdos... Vidas nacientes, sólo viven las horas que pasan...

Los muchachos mayores arrean la pequeña tropilla de caballos.

Zenón Almada, desde su montura, vigila y dirige todo el convoy.

—¡Vamos! — le dice a don José, quien contempla el campo... la tapera...

—¡Vamos! — llama sonriendo a Chiquina, la que esboza un gesto de adiós en dirección a los chañares...

Desde "su casita" la pareja de horneros los mira alejarse...

—¡Oo, Cebruno! ¡Oo, Moro! ¡Vamoo!...

Una nube de polvo se levanta; el viento se la lleva...

Zenón se acerca al carro que guía don José:

—Para vencer la mala suerte seremos dos ahora, y un día ¡caray! la he de pialar! Mi platita es suya, don José. El campo nuevo es bueno, el arriendo es largo, cinco años... y el patrón es "otra gente". Veia... al despedirme, me dijo: "Sea feliz con su gringuita, trabajen todos... El campito arrendao será un día suyo, amigo".

Es un sueño, piensan Giuseppe y Tonia... Será una realidad, sueñan Chiquina y Zenón.

Cruzan el montecito: Cuú... cuuú... arrullan las palomas. Una familia de cardenales, veloz pasa volando; los copetes de fuego parecen un ardiente llamado a la vida...

A la salida del monte don Marco los espera:

—No les digo adiós, porque pa ver a los amigos nunca un camino es largo...

Los dos criollos, desde sus cabalgaduras, se dan un apretado abrazo.

Los varoniles y bien cortados rasgos de Almada tienen la bella expresión de una firme voluntad que tiende hacia un norte.

El amor, que "nunca quiere algo en vano", a pesar de los malos designios de los hombres, a pesar de la ciega destrucción de los elementos, iba a ser, una vez más, la fuerza creadora...

Don Marco contempla a Chiquina, luego a Ze-

nón, y acercándose a don José le dice en tono festivo, para romper tal vez... la emoción de la despedida:

—Al que quiera ponérsele a este mozo por delante, dígale de mi parte: dice el viejo don Marco: a la olla que hierve, ¡bueno es que no la crucen moscardones!

ALEGRIA DE LA CHACRA

Apuntes de "La Vera".

CAIGA una fina llovizna o brille el sol; se resquebraje la tierra reseca, o el lozano verdor de los pastos tiernos la cubra; se agite en ondas sin fin el opulento trigal, o lo atormente el terrible azote de la sequía; vibre llena de trinos la tupida fronda del monte, o gima azotada por el vendaval; se eleve una voz amiga en el camino triste, silencioso, polvoriento, "sin traer ni llevar nada" y se pierda allá en el confín... al borde del camino, bajo la llovizna o el sol, acariciado por la brisa o desafiando el viento helado que atenacea, en lucha sin tregua con el acaso, con empecinamiento indomable, renovando desesperadamente cada año, ¡el hombre rotura y siembra la tierra!...

Al margen del trabajo y de la vida, rudos, por pocos, muy pocos años, se desliza sonriente la vida de los pequeños. Durante pocos años crecen despre-

ocupados, dulcificando con la suavidad de sus tiernos años las asperezas de las faenas diarias.

Cuando la calma del crepúsculo se extiende ahondando el silencio del campo, regresa el labrador, y al alzar en brazos al más pequeño de sus hijos, esta dulce carga le da fuerzas para soportar todo el peso de su vida laboriosa.

Cuando en su grande y ruda mano, como en la tibieza de un nido, se apelotona la manecita de su hijo, su frágil pequeñez le da fuerzas de titán.

¡Manecitas que por lo pequeñas retemplan! ¡Bracitos que al ceñir un musculoso cuello buscando protección, creyendo salvarse, salvan!

¡Cabecitas confiadamente adormecidas sobre un rudo pecho buscando amparo: hacen vivir!

¡Ojos velados por el sueño, sonrisas suaves, rizos humedecidos por gotitas de sudor, tan distinto del que luego te arrancará la tierra!... frágil ternura, sin quererlo, eres tú quien infundes a los hombres un poderoso e indomable esfuerzo hacia adelante!

Al margen de la vida ruda, "ellos" ríen. Al margen del día laborioso "ellos" juegan. En uno de sus dias, helos aquí:

PERSONAJES

Quico. — Edad, seis meses, ojos azules, rubio, muy blanco. En la casa, por unanimidad se le declara lindísimo. Lleva concienzudamente las

manos a la boca y sonríe a todo: personas, árboles y animales.

VECHA. — Tres años, ojos grises, rubiecita, nariz respingada, mentón con hoyuelo. Protesta ruidosamente todas las veces que se la lava y peina; por lo demás, en seguida de peinada, se quita el moño. Repite cuanto oye, y de su repertorio personal emplea con marcada preferencia: "la Vecha quere", "la Vecha no quere".

AURITO. — Cinco años, ojazos negros, cabello ensortijado con reflejos cobrizos. Tez trigueña, cachetes muy rojos. Grandote, macizo. Seriedad y serenidad imperturbables. Se descalza todas las veces que lo calzan. Como hace calor, no tolera sino muy poca ropa. Cuando la madre lo viste, él se resigna momentáneamente a todo lo que considera superfluo... pero en seguida, con paso firme, sale de la cocina y entra en el gallinero — si es que encuentra la puerta abierta — y si no, al jardín, cuya puerta "sabe abrir"; y ya sea entre las gallinas, que, por supuesto, no le dicen nada... o bajo un gran duraznero que tampoco le reprende... procede, antes que todo, a quitarse las alpargatas. ¡Qué trabajo ímprobo cuando la madre las ha ceñido con varias vueltas y con nudo! ¡Imposible desatarlo!... Entonces forcejea hasta sacarse la alpargata, atada y todo. Medias no se saca, por la sencilla razón de que no las tiene. Luego, de pie, echa los bracitos hacia atrás y trata de desabrochar el delantal; generalmente, no lo con-

sigue; entonces tironea hasta hacer saltar el único botón que lo sujeta. Ya en camisa (que apenas pasa el ombligo, y cuyo largo escaso no es necesario explicar...) y en bombachas, sostenidas por un solo tirador que le cruza el pecho, se siente ¡libre al fin! y dueño del mundo entero... Sin embargo, la espesura del monte lo intimida, y si se aventura por ella, no bien los árboles le ocultan la vista de la casa, alga alarmado grita: "¡Máama!" La madre contesta: "¡Hijo!", y Aurito recobra toda su tranquilidad.

Si tiene sed, no va a las casas en solicitud de agua; la madre está siempre muy atareada, y además habría que dar interminables explicaciones sobre dónde están las alpargatas, etc... Prefiere ir, pues, al bebedero, y en el sitio más limpio, cerca del flotador, allí donde el agua corre siempre — lugar que también ha elegido el toro para abrevarse — inclina su cabecita y bebe...

ESCENA PRIMERA

Hora: de mañana. Sitio: patio del galpón, en el cual la espigadora — que ha sido sacada del reparo donde descansó muchos meses —, ya revisada y lubrificada para la corta que se avecina, domina la decoración... conjuntamente con la chata que ha sido armada en "jaula" para recibir las espigas.

En la lagunita, sombreada por los sauces, nadan

silenciosamente los patos; y en la orilla un cerdo, enterrándose en el lodo, gruñe...

EN ESCENA: VECHA Y AURITO

VECHA. — (Señalando la altísima chata). Subime ayá, bos che.

AURITO. — (Con fuerte tonada cordobesa y disimulando enérgicamente el porqué de la negativa). Ti bas a cáir, ¡no quiero!

VECHA. — (Poniéndose muy colorada) ¡La Vecha quere!

(Se oye el cacareo de una gallina).

AURITO. — ¡Oí, che! Canta la guáira en el galpón.

VECHA. — ¡Oh! Che, la... la... canta!...

AURITO. — (Sentenciosamente). Puso un güevo.

VECHA. — (Repitiendo y ampliando). ¡Un güevo rico!

AURITO. — ¡Vamo a buscarlo, che!

(Aurito corre hacia el galpón, y después de intentar en vano penetrar en él por una angosta brecha dejada entre las dos hojas corridas, queda un momento indeciso, y luego exclama):

—Por el otro lao si dientra mejor!

(Aurito y Vecha, corriendo, desaparecen detrás del galpón. Al "ratito" parten de éste gritos de Vecha, terribles, desaforados, agudos... Ruido de puertas que se abren, y dos madres salen pálidas

corriendo. "¡Vecha!", grita una. "¡Aurito!", llama la otra. El galpón es abierto por una mano vigorosa... Vecha, alzada por dos brazos que la estrujan: "¿Pero qué hay? ¿por qué gritás?)

Vecha. — (Todavía sollozando). ¡Maamita, un bicho!... ¡Un bicho gande!... gande!

Voces: ¿Qué bicho? ¿Dónde?

Aurito. — (Un poco pálido, pero sereno, desde lo alto de unas bolsas, y con el "güevo" en la mano). Una "raatita, no má... pasó po ayá. (Dirigiéndose desde lo alto a "su" madre y tendiéndole el güevo). Tome, máma, el güevo de la guáira... (Va bajando con cuidado).

La madre toma a Aurito en brazos y lo estrecha fuerte... muy fuerte: "¡Muchacho! ¡Ah, muchacho!"

ESCENA SEGUNDA

Hora: por la tarde. Sitio: bajo los árboles. Una mesa. Sobre la mesa, un libro con láminas. "Alguien" lo hojea, teniendo a Quico en brazos.

Vecha y Aurito, disponiendo de todo el espacio necesario para mirar cómodamente, se empujan...

Vecha. — ¡La Vecha pamero!

Aurito. — ¡No quiero!

(Una lámina coloreada, hallada a tiempo, evita las enojosas consecuencias del altercado que comienza...)

Vecha y Aurito (juntos). — ¡Oh!

Aurito (explicando). — Un cabayo qu'estira el cóogote.

Vecha. — ¡Un cabayo lindo, lindo!

(Quico quiere llevarse el caballo a la boca...)

Aurito (sujetando la lámina y "analizando"). — Mirá che, mirá; hábia sío "chupino" (1) fierazo no má!

(Al pie de la lámina, se lee "Jirafa").

Aurito. — ¡Da güelta, che!

(La orden es ejecutada).

Aurito y Vecha. — ¡Uy!

(Un silencio. Profunda observación).

Aurito. — Paese don Visitación, pues.

Vecha. — Paese "bulito". (Así lo encuentra lindo... y acaricia la lámina, titulada — ya se habrá adivinado — "Mono". Un silencio).

Vecha. — La Vecha quere da güelta.

(Lo hace, tomando muchas hojas juntas, y aparece una lámina con mariposas. El arte litográfico ha agotado allí todos sus recursos, y el efecto es realmente lindo. Las exclamaciones admirativas no tienen fin. Vecha las besa... Quico chilla, pasando sobre la lámina sus deditos mojados con saliva...)

Aurito (Después de un rato de reflexión). — Paese... ¡muchas flores!

¡En esto, del árbol cae una oruga).

Vecha (Gritando). — ¡El bicho malo!

---

(1) Sin cola.

AURITO (Enérgico). — Cayate, zonza. (De un manotón tira la oruga al suelo y con su "patita" descalza la aplasta). ¡Tomá!

VECHA (Recoge su vestido, de por sí ya bien corto, mira los "restos" de la oruga y golpeándola a su vez con el pie, dice): — ¡Tomá, bicho malo!

(Alguien intenta explicar que de orugas así salen luego lindas mariposas).

VECHA (Abriendo mucho los ojos y en tono de admirativa interrogación). — ¿Maripocha linda?

AURITO (Con una expresión indescriptible, pregunta): — ¿Y por qué, che?

ESCENA TERCERA Y ULTIMA

Hora: el anochecer. Sitio: una barranca del monte.

La alfombra de colores se ha ido borrando. Las flores color oro vivo del "vinagrillo" se han cerrado en apretados cucuruchos; también se han plegado los rosados pétalos de la flor del "malvavisco" y las hermosísimas "flores de seda" de un ardiente color de púrpura.

En cambio, la misteriosa, blanca, enorme flor de "pensa" se ha abierto, y sobre el fondo oscuro de la barranca parece una estrella. Los "claveles del aire" lucen su belleza. Y las matas del "poleo de azahar" perfuman todo el monte.

Los pájaros lanzan sus últimos trinos y buscan el abrigo de la rama amiga. Una leve brisa agita el

finísimo follaje de los algarrobos, y las ramas extendidas parecen agitar tenues velos. Tras el monte, el resplandor rojizo del sol se ha ido diluyendo en el violeta del crepúsculo que avanza.

El boyero arrea la hacienda; los terneros balan, y el grave mugido del toro se prolonga en la espesura del monte.

De los alfalfares llega el fresco aroma de su verdor y de sus flores, y el pasto recién cortado suma su perfume al aura que pasa...

En el cielo se adivinan las primeras estrellas. Sirio, muy brillante, Cánope de la Nave, el rojizo Rigel, llamado "la guía del lucero"...

Un poco más de sombra en la tierra, y el cielo se ilumina maravilloso de belleza eterna.

Sentados en el borde de la barranca, los chicos, cansados de trajinar todo el día, están silenciosos... también callan los grandes.

La luna asoma...

VECHA (señalándola). — ¡Oh, la luna linda!

AURITO. — Está "pegada" en el cielo.

(Pasan volando unas luciérnagas).

VECHA. — ¡Estellas!

(Quico se ha dormido; en sus puñitos cerrados parece apretar fuerte, muy fuerte, la vida...).

AURITO (Dirigiéndose a uno de los "grandes" en tono muy amable): — ¡Contá un cuento, che! ¿Querís?...

UNA VOZ. — Había una vez...

JUNTO AL MONTE

PARECEN simbolizar los algarrobos la vida ruda y batalladora de estos campos. Ellos cavan muy hondo sus raices en busca de agua. Por ellas se aferran fuertemente a la tierra en demanda de apoyo contra la fuerza del viento. De sus troncos corpulentos, bajos, retorcidos, nacen las ramas extendidas hacia la luz, en ademán de brazos que luchan y se levantan como un clamor.

En el invierno, las ramas, desnudas, negras, espinosas, subrayan aún más su aspecto hosco, ceñudo, de ser que concentra toda su voluntad en no morir. Y cuando en las largas noches el viento silba azotando el monte, las ramas se agitan con gestos fantásticos que las sombras agigantan chocando entre sí con ruido de madera seca. A veces resuena el breve clamor de una queja... Es algún gigante que cae hendido por el rayo o vencido al fin por el huracán, bajo cuya furia todo el monte brama y resiste!...

No es fácil la vida para el monte; tampoco lo es para el hombre.

La casucha del hombre tiembla en el llano. Encienden allí una luz, para sentirse menos débiles y menos solos, mientras el viento y la noche pasan...

Vuelve la aurora, renace la calma, el bosque aquietado parece descansar. El hombre, después de una noche de borrasca, atá los arados, rotura la tierra y entrega con la simiente a los surcos su esperanza siempre renovada.

Pasan los días... muchos días... El hombre interroga cien veces al cielo, escudriñando el horizonte en espera de la nube que ha de traerle la lluvia...

En la tierra resquebrajada por el grano, la vida que surge espera también. Y el bosque, con sus ramas extendidas, semeja clamar por agua. Si el cielo permanece inmutable en su azul tan bello, pero que ya al hombre desespera; o si las nubes cruzan lentamente, perezosas, sin darle agua... entonces, en las casuchas, en los campos, en el monte, todo es triste... y los remolinos de tierra reseca que el viento levanta en danza loca, parecen llevar, así, por los caminos, el árido dolor de una esperanza que se esfuma...

Pero si la lluvia llega por fin y reverdecen los campos, entonces el retorno de la nota de color trae consigo un raudal de vida, y la primavera se anuncia desde lejos en el monte, con todo el poder de la savia despertada que circula empujando los retoños y abriendo las yemas!

El monte pierde su ceño adusto, y en él resuenan los primeros cantos.

No responde la chacra a estos preludios de fiesta. Para el hombre, la inquietud aun no ha pasado. Crece el trigo, florece; hay en las madrugadas el peligro de la helada tardía; cuaja el grano; se inclina, cada día más pesada, la espiga; en todo nubarrón que asoma se teme la manga de granizo...

La negra ramazón del monte se ha escondido bajo el finísimo y tupido plumón de sus hojas. Las ramas parecen agitar largos velos, a través de cuyo sin par calado el cielo resplandece.

¡Nada tan hermoso como la rudeza fuerte del algarrobo vestida de suavidad!

En los nidos palpita una nueva vida. Todo el monte canta en el gorjeo triunfal de los pájaros.

El sol, que día a día alarga su ruta, dora los trigales; el viento agita la pesada onda de mies ya madura, y recién entonces, al levantar las parvas de oro, surge de las chacras el canto que, uniéndose allá con la armonía del monte, se eleva en un himno de alegría!

* * *

Y, así, el hombre recoge su pan...

¡Que el recuerdo de su trabajo, unas veces perdido y otras recompensado, sólo después de tanta zozobra, abra su espíritu a la idea de poder un día dominar el azar, reducir la inquietud, no ser allí

en el llano, contra la tierra, tan sólo un juguete de las fuerzas brutas que le dan todo o todo se lo quitan!

¡Que tienda a ser fuerte en la unión con sus hermanos de trabajo, que arraigue una sólida vivienda, que se sienta dueño de su suelo!

A la vera del monte, que tantas veces refleja su propia vida, levantará una escuela... y cuando, apenas recogida la cosecha, de nuevo hunda el arado en la tierra, que su esperanza se agrande con la promesa de los hijos que allí en la escuela — que también abre su surco — afirman en la visión de una mejor, más amplia y hermosa vida, la "voluntad" de conquista!

EN TIERRAS DE RIEGO

El zumbido de un enjambre de abejas, con la monótona tonalidad de una onda sonora que ya se acerca, ya se aleja, variando de intensidad pero no de sonido, rumoreaba bajo los durazneros cargados de fruta "pintona" y se perdía en las interminables hileras de cepas florecidas.

Por entre los camellones, regando la viña, corría el agua de la acequia canturreando suavemente, y, a rachas, traído por la brisa, llegaba el grave rumor del agua del canal que, saltando espumosa por el desnivel del suelo, de peldaño en peldaño, en un empuje sin fin, venía arrastrando y puliendo los cantos rodados, traídos desde allá arriba, muy lejos, de la montaña.

Por momentos, sobre el turbión de su agua inquieta, sobrenadaban grandes y pequeños trozos de piedra pómez, que chocando entre si con áspero rozar de papel de lija, iban corriendo abajo, o, tomados por un remolino, eran empujados bajo el

arco del puente y formaban montón al pie del pilar.

Arrojados del seno de la tierra por quién sabe qué erupción volcánica, habiendo brillado un instante en la noche con el insuperable resplandor de un ascua que se da toda en luz y calor, rodaban ahora, frías, grises, muertas...

Los erguidos álamos de las trincheras — que forman cuadro hasta perderse de vista y cercan las fincas defendiendo el paciente trabajo del hombre de los salvajes asaltos del huracán — movían apenas sus brillantes hojas, y bañados de luz, parecían gigantes coronados de deslumbrantes cascos de oro. Había oro en el ribete de las pesadas nubes grises, inmóviles y como prendidas en los altísimos picachos de los Andes, en una fantástica visión de occidente.

Oro en el fino polvillo del blanco camino, y en las alitas del rumoroso enjambre de abejas. Oro en la ondulante cabellera de los sauces y en la delicadisima transparencia de los nuevos sarmientos, que sobresaliendo de los hilos de alambre tendidos para el sostén de la viña, movíanse libres, lanzando los zarcillos al espacio como queriendo prenderlos de un rayo de luz.

Reflejos de plata en los alambres, en las preciosas hojitas de los olivos y en el revés de las grandes hojas de los carolinos.

Resplandor de plata bruñida en el azadón de

acero que manejado diestramente, encaminaba por los surcos el agua del riego.

Resplandor de plata en la reja del arado que removía la tierra por entre los frutales.

Trabajo, color, perfume, sonido: todo fundíase en la bella placidez de la tarde.

* * *

El áspero rechinar de un pesado carro, que subiendo lentamente la loma enfrentaba la tranquera de la finca, despertó de su modorra al perro guardián, que se incorporó bruscamente para quebrar en seguida su gruñido de mal humor en un largo bostezo: los que venían eran de casa... y volvió a echarse.

—Manolín! ¡Anaa! ¡la tranquera! — gritó una voz; y antes que dos rapazuelos, igualmente rubios, sucios y desgreñados se descolgaran de un guindo donde a escondidas de los padres "robaban" la apenas madura fruta en complicidad con los gorriones, la figura menuda de la vieja Francisca asomó tras el larguisimo galpón-bodega, hecho de adobe sin revocar, como las demás "construcciones" de la finca.

—¡Bandidos! ¡ahora sí con el padre! — amenazó sin mayor convicción, mientras los chicos, a todo lo que daban sus piernas, corrían hacia la tranquera y con el unido esfuerzo de sus flacos, pero fuertes brazos, zafaban de su aro de alambre el único tra-

mo, y dejándolo caer lo empujaban a un lado del camino.

—¡Mama, habrá que pagar! — fué lo primero que oyó la vieja Francisca, distinguiendo la sonora voz de Pablo, su hijo mayor, en medio de todos los ruidos que acompañan la entrada de un carro tirado por cinco mulas y cargado de bordalesas vacías, duelas sueltas y sunchos para armar nuevos barriles.

—¡Eh, Dío!...—exclamó la viejita; pero en seguida, reponiéndose, como para que nadie sorprendiera en ella un desfallecimiento, ni por un instante, se afirmó en su azada como en un cayado y esperó a su hijo, bajo el alero de su pequeña "casa", negra como la tierra, baja como un rancho, techada con cañas recubiertas de una mezcla de barro y paja, y alumbrada en ese momento por una llama del fogón, sobre el cual se inclinaba, — lagrimeándole los ojos por el humo — su nuera, la Bepina, rubia, tan rubia que al sol parecía blanca.

Un viento fresco, que por momentos arreciaba, iba borrando la calma de la tarde; pasaba juguetón sacudiendo las ramas, estremeciendo las hojas y arrastrando consigo el perfume del lozano verdor y del pasto recién segado.

Una ráfaga más fuerte que las otras envolvió con su turbulencia a la vieja Francisca, y, despeinando su cabello gris, fué como la caricia un poco ruda pero sana de los campos, que le traía un con-

suelo en un momento angustioso y difícil de su vida, ¡que ya había soportado tantos!...

Absorta, replegaba ahora su voluntad en un solo punto: encontrar la mejor solución a este nuevo revés. Lo había visto llegar poco a poco, en un encadenamiento de males cuya apretada trama no había podido desgarrar. No quería lamentarse; una ligera nube empañaba sus ojos, fundiendo la visión del pasado y del presente tras un mismo velo irisado de sol y de lágrimas.

Francisca no sabía leer ni escribir. Casada muy joven, había venido a "l'América" — haría de esto pronto cuarenta años — con su marido, y su primer hijo en brazos.

Como lo hicieran otros inmigrantes, se habían expatriado en un mismo viaje todas las familias más jóvenes de un pueblito del norte de Italia. ¡Era allí tan pequeño el retazo de tierra! Quedaban los viejos para labrarla con su paciente trajín de hormigas.

La inmensidad del mar acostumbró sus ojos a la dilatada extensión de nuestras tierras, ¡donde es tan difícil, sin embargo, conseguir un pedazo de suelo!

Fué valiente y animosa; y, sonriendo a la belleza de su hijo, fácilmente perdonaba el carácter fanfarrón de su marido, trabajador, sufrido, paciente, ¡pero todo esto a ratos! Nada de esfuerzo sostenido. El parecía — tal vez inconscientemente — rebelarse contra la rudeza de un trabajo que casi lo

esclavizaba, con la expansión de un "descanso" turbulento, tomado bruscamente.

Oyendo a la mujer, ocurría pensar que de haber habido músicos entre sus compañeros de emigración y a no mediar entre cada uno de ellos, en la nueva patria, largas leguas de distancia, Gaspar Arnaldini habría sido buen director de orquesta, o, por lo menos, excelente director de coros. Tal era su afición por reunir gente, oir música, "armar" fiestas...

No fué así, sin embargo. Cuando, después de cruzar en caravana la llanura que se extiende desde el Plata a los Andes, dieciocho familias se establecieron a la vista de la cordillera, contratadas para el desmonte de la región y el subsiguiente cultivo de la viña, Gaspar Arnaldini descubrió que el vino "entona", aún a los más reacios al canto, y predicó con el ejemplo. Por desgracia, predicó fervorosamente...

Bebió poco mientras el vino era escaso y caro; luego bebió más. Y bebió "fino" anís y "rico" coñac y fuerte grapa y vino tinto cuando — siempre. según él, por su afición a la música y a las reuniones numerosas — oficiaba los domingos de sacristán del cura Sarto, en la primera iglesia levantada en la región.

¡Ah, cura Sarto, cura Sarto! — exclamaban en voz baja los dos viejos moviendo la cabeza, pero con expresiones a veces muy distintas... para ter-

minar declarando de acuerdo: "¡Aquel cura era el diablo en persona!"

Por sobre todo el viñedo flotaba la angustiosa sensación de que si de allí había surgido la riqueza, de allí también venía la desdicha...

La afluencia de dinero a las manos ya temblonas de Gaspar, lejos de consolidar la propiedad, la mantenía a un paso de la ruina.

De los ocho hijos de Francisca, sólo vivían seis, los mayores; los otros habían pagado con sus vidas las borracheras del padre. Uno murió en medio de convulsiones, y el otro... Aun hoy — después de muchos años, ante los ojos dilatados de horror de la pobre Francisca, pasaba la visión de su pequeño Nero, ahogado en la acequia... Lo veía con su delantalito azul puesto sobre una corta camisita blanca, allí no más... en aquel recodo... tendido con los bracitos encogidos... la ropita empapada... empapada... y la cabecita doblada... como la de un pobre pajarito implume caído del nido... y a pocos pasos el padre, cuya vista enturbiada por el vino no advertía ni había advertido nada...

Y entonces, como ahora, allí estaban luciendo sus hermosas hojas y sus bien cargados racimos las más viejas cepas de la región. Los gruesos, rugosos y retorcidos troncos semejaban eternizar — en su escasa altura, obtenida mediante sabias y pacientes podas — la contorsión de un rechoncho Baco coronado de pámpanos. Cada tronco de viña parecía reir burlonamente, escondiendo a medias la roji-

za rugosidad de su corteza — evocadora de la larga pelambre de los faunos — bajo la cabellera de las hojas.

¡Bien podían reir estas cepas, plantadas hacía treinta y cuatro años por los primeros colonos, a la luz de la luna, en las horas robadas al sueño, después de haber trabajado en los campos del patrón, desde la escasa claridad matutina hasta la entrada de la noche, sobrevenida después del interminable crepúsculo de estas regiones, por sólo 56 centavos al día y sin comida!

Bien podían torcerse burlonamente aquellas recias cepas, crecidas de la tierra labrada por las mujeres, mientras los hombres trabajaban ardorosamente en otras tierras para acelerar la compra de un pedazo de aquel suelo; cultivadas por ellas en la continua remoción de la tierra y la extirpación de los yuyos; regadas por ellas en las largas horas de cuidados empleadas en pasar el agua de surco a surco, poniendo "champa" (tapones) para hacerla subir, y remediando con rápidas paladas de tierra los desmoronamientos que la dejaban escapar. Defendiendo celosamente "su riego" del robo del vecino en épocas de escasez de agua. Rehaciendo los camellones después de cada borrasca, y por fin, ¡llorando por el desastre de la helada o de la piedra, más de lo que llora la viña "castigada" por la poda al verter por las cicatrices de los cortes, en los primeros días de primavera, largos lagrimeos de límpida savia!

Bien podían reir las viejas viñas... Habían sido portadoras de dinero, de mucho dinero; tanto, que la larga travesía del océano, agrandada por la insegura, penosa y no menos larga travesía, en carreta, de regiones desiertas, que entonces ni se soñaba rayar con la doble línea de riel, habían sido compensadas por la "casi" conquista del vellocino de oro...

Pero no se contentan los hombres con la miel y el perfume de los jugosos racimos; no les basta la deliciosa pulpa que en cada grano de uva, como en delicada ampolleta, sabiamente elaboran y encierran la tierra y el sol.

Verdaderas montañas de transparentes racimos ligeramente sonrosados y ambarinos como la primera claridad del día; rojos como una sangrienta puesta de sol; violeta negruzco como un sombrío crepúsculo, todo, todo esto el hombre lo tritura con potentes máquinas y lo arroja a la obscuridad de formidables cubas.

Allí el genio de la risa se agría, bulle irritado, hierve a borbollones, transformando en espumosa cólera toda la dulce claridad del sol.

Bulle en vano: las duelas, fuertemente ajustadas por los sunchos, no ceden a su presión; poco a poco la fermentación se aquieta, y replegada sobre sí misma, con engañadora mansedumbre de fiera domada, toda la "espirituosidad" del vino se ofrece pérfidamente — con la almibarada e insinuante sonrisa de un mal amigo — en la limpidez inofensiva

de su transparencia, en la incitante sutileza de su perfume...

* * *

A los pocos años de talados, a fuerza de hacha, los espinosos montes de retorcidos talas, chañares y algarrobos; quemada la impenetrable maraña de jarilla y chilca, removida la tierra, dispuesto el riego, plantadas las viñas, el manantial del vino comenzó a surtir. Dió oro. Se trazaron largas carreteras bordeadas de árboles, llegó el ferrocarril, y se levantaron pueblos en medio de un desierto. Entonces, la loca especulación, llevando por señuelo el sonoro retintín de una bolsa nunca bastante repleta, se instaló en amable camaradería con el alegre glú glú de las botellas nunca vacías, junto a las mesas de juego de los "clubs" y de las reparticiones públicas, sobre las flamantes mesitas de los "bars" y los mugrientos mostradores de los almacenes y "cocinerías" (fondas); en la mesa de familia y en la esquina de cada calle; en el atrio de la iglesia y en la iglesia misma; en las pequeñas fincas conseguidas a fuerza de rudo trabajo y en los inmensos latifundios recibidos dulcemente en herencia... Los que tenían algo, quisieron tener más; los que tenían mucho, quisieron vender bien. Mas para fijar el valor del suelo no se tenía en cuenta su producción actual, sino que se hacían cálculos alegres sobre lo que "daría" cuando produjeran las viñas

aun no plantadas, o cuando el riego, conseguido gracias a influencias políticas, hiciera de un páramo un edén; o cuando en tal "cuadro" se formara un pueblo "proyectado" sobre la esperanza de un ramal de ferrocarril...

Sin ninguna base sólida, todo subía de valor. "Había plata", y cuando no la había "en mano", alguno de los cinco bancos existentes la facilitaba con una rapidez de cuento de hadas, pero al no moderado interés del once por ciento. Cuando los bancos no dieron más plata, vinieron las letras de tesorería.

Y cuando no se podía pagar, se hipotecaba o se daban pagarés contando con los negocios por hacerse... ¡y cuando — por fin — toda esta riqueza de bambolla se hubo engañado cien veces a sí misma, una formidable emisión de papel vino a coronar aquel colosal castillo de naipes!

El que entonces se hubiera permitido lanzar la voz de alarma, por lo menos, habría sido llamado *mal patriota*...

Había plata. Y si las campanas no repicaron cuando un 'solar" que seis años antes valía mil quinientos pesos se vendió en treinta mil, fué tal vez porque el vendedor no era el afortunado cura Sarto.

—¡Ah! cura gaucho! — exclamaban los "ricos" en su incontenible admiración por este "gringo", que habiendo sumado a sus propias mañas de meridional y de cura todas las malas mañas del criollo,

vendia y compraba media comarca, sin disponer, según decía, ni de un solo peso.

—¡Ah! ¡cura liberal! — comentaban en lenguaje "fino" los señores del "club", calificando sus más variadas "aptitudes" con esta singular palabra que quién sabe por qué tiene acepciones tan diversas...

* * *

Gran amigo de Gaspar Arnaldini, el cura Sarto lo asociaba a sus "negocios", en los cuales invariablemente intervenían tres factores: la plata de Gaspar, la influencia política de algún caudillo de la "situación" y el "genio comercial" del cura.

Si el negocio salía bien, las ganancias se repartian en tres partes iguales... Si el negocio salía mal, ni el genio comercial del cura ni la influencia política perdían nada, a no ser las botellas indispensables para hacer pasar el mal trago a Gaspar.

Y cuando de golpe sobrevino la crisis, implacable liquidadora de situaciones, se la vió asestar golpes terribles que sumían en la ruina a todos los especuladores que habían creído alcanzar de la noche a la mañana montañas de oro; y el incendio de los lujosos edificios del pueblo, noche tras noche, fué alumbrando con su resplandor siniestro aquel lamentable disfraz de riqueza empapado en vino. El cura Sarto murió dejando por testamento — con incisiva ironía, que tal vez podría hacerle perdonar

uno que otro pecado — algo que simbolizaba el estado de la región:

"No tengo nada.

Debo mucho.

Y lego lo demás... para los pobres".

¿Los pobres? Allí estaban: criollos, primitivos habitantes de esa tierra, a quienes el cultivo bajo riego, lejos de incorporarlos a la riqueza que habían creado, los desalojaba, y eran, a lo sumo, como en las regiones de secano, los peones para las faenas más penosas. La riqueza ficticia o verdadera no los había rozado. Eran un poco más miserables que antes, porque bebían...

La liquidación sorprendió a Gaspar en la imposibilidad de pagar ni de renovar una hipoteca que gravaba la mitad de la finca y la bodega.

Loco de impotente rabia, agobiándose — como cientos de sus "comprovincianos" — bajo el peso de justos reproches, Gaspar recorrió su viña, su demasiado extensa viña, plantada solamente para la producción de vino... Le pareció que los gajos de cada cepa, inclinándose en graciosas curvas, le decían, esbozando burlonas reverencias:

—Y bien, señor: ¿de qué le ha servido el trabajo de nuestras raíces, la resistencia de nuestros troncos, el verdor de nuestras hojas, la copiosa riqueza de nuestros racimos? ¡Hemos trabajado como honradas viñas para que ahora, gracias a la "superproducción" y a "la crisis", se nos quiera arrancar y quemar como a yuyo dañino!

Y del viejo viñedo, plantado de noche en las horas robadas al sueño, se elevó una amarga risita, que recorriendo todas las cepas fué a revolotear por sobre las enormes cubas de la bodega, repletas de vino. Entonces, como un eco de esa burla, resonó la carcajada bestial de Gaspar seguida por el sordo mugido de un llanto de idiota. Sus rudas manos, que durante años y años habían cultivado la viña, se crispaban ahora y, en desatinados manotones, intentaba destrozarla... Cientos de hombres habían trabajado la tierra, cultivado la viña y transformado la dulce uva en traicionero zumo. Y el vino corría... corría por la región, minando poco a poco voluntades, oscureciendo inteligencias, *dando con ficticias riquezas, mentidas alegrías.*

* * *

Aquel día, como todos los días, la buena madre tierra, vivificada por el riego, calentada por el sol, inagotablemente pródiga, se ofrecía al trabajo del hombre. Centuplicado en bienes, le devolvería su esfuerzo. Sólo de él dependía encaminarlo para no cosechar la ruina.

* * *

—Habrá que pagar, mama — tal era la frase del hijo mayor, resumiendo el resultado de largas e inútiles gestiones.

E irguiendo su sana energía por sobre la derrumbada voluntad paterna, agregó — sintiéndose comprendido y apoyado por la entereza y el inmutable cariño de la madre:

—Iremos reemplazando la viña de vino, por frutales.

—Sí, hijo, la fruta es mejor...

—"Una bella é un buon vin..." — cantó la lamentable voz del borracho...

La vieja Francisca se estremeció y miró a su hijo con angustia. Ah, pero no; él no bebía, era fuerte, y sus hijitos eran lindos y su mujer era buena...

* * *

Las nubes grises prendidas allá en los Andes se habían elevado; otras las seguían. El hijo las contempló inquieto:

—La fruta está madurando, madre. ¡Señor, con tal que no caiga piedra!

CLODOMIRO LAGUNA Y EL COMISARIO

—¡EL que quiera mula sin mañas, que ande di a pie! ¡Ajajay! ¡gallego, no te dije!...

Una andanada de insultos, ahogada en parte por el ruido de un montículo de ripio que se desmorona a fuerza de coces, fué inmediata respuesta a la más sabia sentencia que jamás pudo enunciar arriero alguno.

En seguida se oyó el jadeo de un cuerpo a cuerpo, la caída a tierra de los "combatientes" y su rodada, por el terraplén, hasta la misma tranquera de la comisaría.

—¡Chúmbale, Choco! — resonó del otro lado del cerco, de arabia recortada, el vozarrón de Pancho Reyna el comisario; y al par que el más hermosamente feo bull-dog de la región se deslizaba fuera de la tranquera, Reyna, con su agilidad no sospechada — dado lo respetable de su volumen—, empujando una puertita lateral, en dos trancos de gigante, y en alto su inseparable rebenque, alejaba

a lonjazos a los combatientes. Estos quedaron ahí, sentados a sus pies, arreglándose con gesto maquinal la ropa, y mirándose de hito en hito, para terminar clavando en Pancho Reyna la interrogadora mirada que se ha de tener para con el destino....

El Choco, estremeciendo el muñón de su rabo cortado, sentóse sobre sus cuartos traseros, levantó también él sus ojos hacia su omnipotente amo, quien dominaba el grupo con su autoridad y su estatura, y pareció decirle, pagado de su importancia:

—¿Y ahora, qué hacemos?

Una imperceptible sonrisa estremeció la bocaza de Pancho Reyna, al contemplar allí, en el suelo, las maltrechas individualidades de los ex combatientes:

El gallego — o mejor, el andaluz, porque Paco González, según "cayere", peón de panadería, o peón de almacén, o peón de finca, o peón de estación de ferrocarril (sección carga), o caminero, o regador de calles, era andaluz y no gallego—con furibundo pero reconcentrado enojo, arrollaba su deshecha faja azul, sacudía su chaquetilla de corderoy, y mojando un dedo en saliva, alisaba una peladura en la muñeca.

Entretanto, Clodomiro, "el roto" Clodomiro, sin la menor animosidad hacia su mejor trajeado adversario, tironeaba el nuevo desgarrón de su rotosa camisa, "sobaba" una lastimadura de la rodilla, que angulosa emergía por el gastado remiendo de la "rodillera" del pantalón, y con flemático gesto, sin

levantarse, alcanzando su mugriento sombrero, se lo calaba en el tope de la cabeza, bajándolo bien sobre los ojos y levantándolo por detrás: así, a lo chileno.

En seguida, recogiendo las piernas, abrazó sus rodillas, y se quedó mirando el dedo gordo de cada pie que simétricamente asomaba por la "ventana" de sus ¡ay! siempre rotas alpargatas.

Clodomiro, en su pasividad indiferente, tenía toda la terrible fuerza de la inercia. Siendo así, "manso", era desesperante para toda acción, y siempre decía: "ta bien, patroncito", ofreciéndose "pa lo que manden", sin jamás hacer nada.

Reyna rompió el silencio:

—Che, Clodomiro, ¿acompañado o acompañando?

—Acompañando, patrón.

La flema de la respuesta exasperó al andaluz, y, más que la respuesta, la vista del sombrero en la coronilla de Clodomiro. De un salto se puso de pie, y, rojo de ira, se encaró con el comisario, pidiéndole a gritos que le hiciera devolver su sombrero que "este roñosoo" le había robado.

—El señor falta a la verdad, contestó Clodomiro, subrayando el "señor" con la característica de su inalterable "urbanidad"...

—¡Qué señor! ni qué...—aulló Paco fuera de sí, avanzando.

El comisario, de un empellón, desvió la marcha del andaluz. Clodomiro se levantó, y los tres, seguidos del Choco, entraron en la comisaría.

Afuera, quietita, quedó una mula sufrida. Junto a ella, una larga ramita de sauce, que en manos de Clodomiro había servido con impertinente y disimulado cosquilleo, para despertar las dormidas mañas de toda mulita: un par de coces pusieron en tan extemporáneo declive el lomo de la montura, que hizo desmontar en forma algo brusca... a Paco González, quien después de haber dormido "la mona" en un zanjón, "traía", acusándolo del robo de su sombrero, a Clodomiro Laguna, "el roto". El "roto" se dejaba llevar; venía acompañando.

* * *

Era ya proverbial en Clodomiro Laguna esta actitud.

Cuando en su recorrida nocturna, por las oscuras calles del pueblo, el sargento Páez encontraba al solitario "roto" — incorregible amigo de lo ajeno — se le arrimaba con solícita atención y previo cambio de mutuas cortesías, le decía:

—Clodomiro, ¿no me acompaña?

—¡Cómo no, mi sargento! !No faltaba más! ya qui anda solo... y con la noche oscura... No li'é de negar ese servicio... Vayá nomá sargento, que lo voy siguiendo...

Y el sargento y Clodomiro, concluída la ronda, llegaban a la comisaría, donde el "roto", sin la menor sonrisa, explicaba: "lo vengo acompañando al sargento Páez, como la noche está tan fieraza..."

Los presentes asentían... Y Clodomiro, santamente dormía bajo el alero en verano; adentro, en cualquier parte, en invierno. A la madrugada cebaba el mate, barría el patio, con la dignidad de toda persona cumplida, y se iba luego, a buscar conchabo por ahí... a menos que el comisario lo invitase a parar una temporadita bajo el alero, hasta que con la aparición o la desaparición sin esperanzas... de un recado, un lazo u otra cosa fácilmente manejable. se diera por terminado el "asunto".

En la época de la parición de las majadas, Clodomiro se sentía acometido por un gran afecto a los chivatos tiernos, y cuando se lo sorprendía inopinadamente desollando alguno, jamás ponía mal gesto, sino que cortesmente invitaba:

—Apéese, sargento Páez, ahorita nomá estará listo.

¡Y lo asaba tan bien Clodomiro! que el sargento Páez, escondiendo su cabalgadura entre las altas matas, se tiraba "de panza" al suelo, y amodorrado por la calma, adormecido por el monótono cantar de la acequia, resignado, cedía a la tentación y esperaba la hora...

* * *

—¡Clodomiro, devolvé el sombrero, o te llevas una manga de azotes! ordenó Pancho Reyna, fastidiado a la larga con tanta ratería y queriendo hacer "escarmiento".

—¡Será lo que usté diga, patroncito! El señor falta a la verdad... y los azotes no si han di golver sombrero...

—¡Dejate de embromar, Clodomiro! devolvé el sombrero, y te largo...

—¡No se me enoje, patroncito!... si el sombrero yo no lo tengo... mire... ansina... pa que vea, le doy el mío al señor!

—¡Roñosoo! ¡Me la haas de pagaa! ¡Mal rayo te partaa!... A mí que me den lo mío! señor comisario...—vocifera Paco.

Dominándose, Reyna inicia el "careo", de pie, sin escribir...

—¿De dónde venías vos?

—Del pueblo, señor.

—Venía "curao", lo viera patroncito!... ahí en el cruce... en el carril... frente al almacén del turco... bueno... venía en su mula ansina: "ese lao es mío, y el otro también..."

Clodomiro imitaba una amplia oscilación de péndulo...

—No sé, señor comisario, si ese condenao me vió.

—Y sí, lo vide ¿y di hay?....

—Clodomiro, contestá, y vos ¿de dónde venías?

—¿Yo? de ningún lao, patrón...

—¿Qué hacías?

—¿Yo?.... Nada, patroncito... "estando" nomá!...

—¿Adónde?

—Ayacito nomá, en la güelta del canal grande, cerquita el puente...

—¿Lo viste a ése?

—¡Y como no, patroncito! se tumbó como por lo de la pastelera Camila, esa cotudita... la qu'el otro día vino por lo del chivo... bueno po ayá... el señor se tumbó y durmió la mona...

—¡No ve, señor comisario!... dígale que me lo devuelva... si él me lo ha robao...—imploró Paco, cansado de irritarse.

Al verlo "domado", los ojitos del "roto" brillaron, apenas fué un relámpago... y en seguida, subrayando el "señor" con más sorna que nunca, dijo:

—¡El señor falta a la verdá! y a mí que no m'insulte! y sinó, vamos a ver... ¡que me traiga testigo!

—¿Tenés testigo?

—No, señor comisario.

—¡No vé patroncito, el maula ése!... lo trae a uno!... lo acusa e ladrón!... y ni testigo tiene... ¿ánde si ha visto?... Lárgueme, patroncito, lárgueme...

—Pero, señor comisario! que me caiga aquí muerto! que se me ciegue la lú e los ojoos! el sombrero me lo ha robao él, nomás que él!... si con él me ha vistoo!...

—Y sí, te lo vide... de lejo te lo vide... pero no soy ningún "lampalaguas" ¿sabís? pa pillártelo dende la esquina el puente!...

Y Clodomiro, considerando seguramente ya bien

dilucidado el asunto... sobre todo después de su terminante afirmación de no tener el largo de una formidable boa constrictor, para poder "dende la esquina del puente" "pillar" un sombrero a cien metros de distancia, sin esperar más se encaminó hacia la puerta.

El andaluz, viéndose derrotado, revolvió los brazos como aspas de molino, pateó y lanzó contra Dios y todos los santos tal retahila de injustificados insultos... que Pancho Reyna lo echó afuera, y para evitar un nuevo cuerpo a cuerpo, ordenó con su inapelable tono de mando:

—Clodomiro, *¡andá encerrate!*

Clodomiro Laguna desanduvo lo andado, cabizbajo se encaminó al "calabozo' 'y ya en la puerta volvió a decir:

—¡Pero, patroncito! si yo no li'e robao!...

El comisario se estremeció, levantó su terrible brazo, pero se contuvo... Pegar... pegar... ¿Para qué?...

¡Pobre Clodomiro, más flaco que perro sin dueño!

* * *

Se anunciaba el otoño: al caer de la tarde, las primeras rachas venían de la cordillera, cuyos altos picos nevados perdíanse entre nubes blancas. En el recodo de los caminos el viento, agitando el pesado manto de los sauces, remolineaba las hojitas de oro y luego de arrastrarlas con rumor de sedas, las pre-

cipitaba en el turbión de las acequias y allí en el agua, sobrenadaban un largo trecho, uniendo su pálida tonalidad amarillenta al oro fuerte de las grandes hojas de los álamos.

Llegaba el otoño: la savia, que despertada, aguijoneada, azuzada por los primeros hálitos de primavera, impetuosa había ascendido empujando los brotes, reventando las yemas, cubriendo de flores las ramas desnudas, y luego, caldeada por el sol, pletórica de vida, había henchido los frutos y llevado la jugosa pulpa a la dulce sazón, ahora, por el influjo de los primeros fríos, perezosa, lentamente, descendía. Borraba el riente verdor, dejando tras sí, en los árboles, infinitas tonalidades de oro y la magnificencia de un manto de púrpura sobre los viñedos que bajo el sol tomaba reflejos sangrientos, oscurecidos al pie de las cepas por cálidos tonos cobrizos.

* * *

Clodomiro, asomando su desgreñada cabeza por el orificio que servía de ventana al calabozo, miraba inquieto las aguas del canal, y su oído parecía tenderse hacia el rumor, que crecía.

Encerrado tras una frágil hoja, que él mismo podía abrir, se sentía dominado por la autoridad del comisario, cuya orden inmovilizaba la puerta con más fuerza que el candado más seguro. ¡"Ansina" era don Pancho Reyna!...

Y don Pancho Reyna, sentado ante una mesa de pino, tenía ante sí las amplias hojas del "Parte diario" cuyas inscripciones: "Destinos", "Observaciones", "Novedades", miraba sin ver. Mojó su pluma en el tintero, y llevándola al papel fué trazando maquinalmente un caprichoso margen de cortas y largas rayitas, esforzándose en vano por encontrar un "tema" que no venía...

Sacudió un largo mechón que caía sobre su frente bronceada, y perdida la mirada a lo lejos, resignado a no poder "crear" nada nuevo, fué recordando... Evocó, a pesar suyo, con amargura la visión espantosa de sus primeros tiempos de comisario de campaña, en que tuvo que hacerse temible como lo fatal, para darse luego el "lujo" de ser bueno.. Justo o injusto, fué terror de la región lejana, allá a los pies de la cordillera, áspera, seca, dura, implacable como la vida misma y como los hombres que la viven. No tuvo piedad para el cuatrero. De su voluntad hizo la ley: se equivocó a veces, haciendo mucho daño... fué útil otras, y en más de una ocasión, en sus incursiones por la cordillera, que conocía con la pericia del mejor baqueano, supo ser clemente con las errabundas sombras que extraviadas iban a perderse ellas y su robo bajo la ventisca.

Tal vez su sueño fué poder ser bueno, emplear mejor sus fuerzas, crear algo, en lugar de cuidar lo ajeno o destruir... Pero más de una vez chocó con todos y consigo mismo, sin poder encauzar sus energías ni encontrarles nuevo rumbo,

Trasladado en diferentes etapas desde el lejano sur al poblado, llegó a ser casi el ideal del comisario de campaña. Su cargo de comisario de un pueblito somnoliento y sacudido sólo por las malditas borracheras, habría sido casi el "edén" a no ser por el vino. Pancho Reyna se revolvía todo contra este azote... ¿Arrancaría las viñas? ¿Quemaría las bodegas? Cada año se plantaba más viñas, cada año se levantaban más bodegas... El embrutecimiento por el alcohol crecía, y una larga y lamentable caravana de hombres bestializados, de mujeres degeneradas, de niños raquíticos y contrahechos, desfilaba ante sus ojos, en impresionante contraste con la hermosura, la fuerza, la grandiosidad incomparable del paisaje.

Cobrado el jornal, los almacenes rebosaban, y el tufo del vino apestaba las calles. Pancho Reyna se revolvía contra la "brevedad" de las horas de trabajo. ¡Ah! Si lo dejaran haría trabajar sin descanso! hasta que la fatiga y no la borrachera rindiera los cuerpos! Suprimiría hasta los domingos, para no tener "el domingo del lunes"... Haría... haría... no sabía bien qué haría... Se empeñó en enseñar a leer y escribir a los peones camineros, a los regadores de calles y a "sus" presos, y encontró siempre al vino en su camino, trabándolo todo, enturbiando los ojos, abotagando las cabezas...

Descorazonado, Pancho Reyna se dedicó a criar perros: los crió tan gordos y tan malos que de puro malos no servían para nada... Entonces los gol-

peó y se volvieron "maulas"... Y entonces, los echó!...

En las largas noches de invierno comenzó a leer; primero fueron los diarios y las revistas, luego los libros. Leyó sin rumbo, así, como era su vida misma.

Debido a su afición por la lectura, se desarrolló en él, aguzándose, la observación, y con ella el deseo de fijar en el papel sus impresiones. Tímidamente al comienzo, con pasión después, fué llenando los "Partes diarios" con su apretada y menuda letra. Sin saber "cómo" remediar tantos males, encontró un desahogo en analizar y en perdonar. Tipos que describir no le faltaban: ¡conocía y había conocido tantos! Escudriñó las vidas oscuras; las encontró deprimidas por su misma ignorancia; las vió victimas del medio ambiente que ellas mismas en su ceguera se creaban; las contempló alabadas en su miseria como "pueblo soberano" por la riqueza y el poderío de aquellos cuya inmensa vanidad sostenían con su inconsciente achatamiento...

Observó cómo el alcohol lo embrutecía todo; cómo el trabajo era una dura necesidad de la cual se huía; cómo las creencias eran superstición. La familia, amalgama de miserias, y la desconfianza y la mentira una característica. No parecía sino que en estas dos actitudes negativas encontraran su única defensa.

En cuanto a su "comprensión" de la vida cívica, la individualidad, las ideas políticas, el ejercicio del

voto... todo estaba dicho en la enérgica frase del sargento Páez, contestando al huero palabrerío de un caudillito en época electoral: "¡A mí, que no me vengan con cuentos! Yo no cambeo, los que cambean son los gobiernos, y tuito sigue lo mesmo!"

¿Afiliación a partidos políticos? Vaya... todos los Clodomiros de la región — y por el "estilo" los había muchos — podían decir como único dato que los partidos "funcionaban" en distintos corralones, y que ellos, como hacienda bien enseñada, a tal o cual "si habían aquerenciao" y de allí no salían, aunque el corralón cambiara de color cambiando de dueño...

Todo esto lo sabía muy bien Pancho Reyna. Sin embargo, en época electoral hacía creer a cada "jefe", con su silencio, su conformidad. ¡"A qué" pelearse con todo el mundo! Para algo habia de servirle al señor comisario la discreción del cuarto oscuro!

* * *

Las hojas del "Parte diario" seguían en blanco: ni había "novedades" con que llenarlas, ni la inspiración llegaba... ¿Es que este placer le estaría vedado ahora? No sabía "qué escribir..."

Un leve rumor que venía del calabozo, le hizo levantar la cabeza. ¡Ese Clodomiro, emperrado en negar! Y quién sabe... tal vez no había robado el sombrero. ¿Qué importa, mejor estaba encerrado que

tirado en el camino!... Culpable o no, allí "debía" quedar. Debía, porque a Pancho Reyna no se le "largaba" ningún preso... para eso dejaba el calabozo abierto. ¡Lo que le había costado hacer entender el procedimiento!

Estremeciéndose, pensó con horror en lo que haría si algún día se burlara su confianza. El y los tiempos habían cambiado!

¡Pero nó! que no lo desafiaran, pues sería capaz de...

¿Qué era eso? la puerta allí cerca había rechinado; una sombra se deslizó... suaves pasos de felino seguían su marcha hacia el carril... Reyna, fuera de sí, saltó de su asiento; la ira lo congestionaba. Ese Clodomiro, ¡desgraciado! burlarlo a él, a él!... ¡que había tendido sin vida, de un garrotazo, al más temible de los cuatreros, el Negro Pereyra!...

....

Lo agarró con sus enormes y nervudas manos cuando estaba por saltar la tranquera. Lo estrujó, lo sacudió como un guiñapo, lo iba a hacer trizas... Articulando palabras entrecortadas, lo golpeó diciendo:

—Vos escaparte, vos, infeliz del diablo!...

—¡Patroncito!—sollozó Clodomiro, medio ahogado.—¡Patroncito, no me mate!... déjeme dir... si yo ahorita nomá iba golver... iba a dir hasta el puente... no ve,—el agua viene creciendo... y se lo va yevar boyando!...

—¿Boyando, a quién? interrogó Reyna, aflojando las manos.

—¡Al sombrero, pué!...

—¿....?

—Y sí, pué... se lo pillé al gallego y lo escondí bajo el puente... y no ve... el canal viene crecido... y se lo yeva... segurito que se lo yeva boyando!....

El corpazo de Reyna fué sacudido por una incontenible carcajada...

Su cara se iluminó. Clodomiro, a sus pies, se deslizaba bajo la tranquera. Pancho Reyna, lo dejó hacer... Había encontrado "argumento" para otro de sus cuentos. Ya tenía con qué llenar muchas hojas del "Parte diario".

CLODOMIRO LAGUNA, UNIDAD ELECTORAL

UNA pesada modorra de caluroso mediodía se había abatido sobre la región. El vino, abarrotando las bodegas, dormitaba en cubas y piletas su sueño de pesadilla. Una inquietante falta de demanda había desplomado los precios y paralizado el comercio.

De cuando en cuando, la noticia aislada de una quiebra hacía correr un mal agorero escalofrío, y la palabra "crisis" evocaba, con su silbante brevedad, la aspereza de un enmohecido torniquete que se apresta a funcionar: los bancos cortaban o restringían los créditos.

No parecía sino que la sofocante calma, precursora de tormenta, trataba de ahogar la primera racha de ejecuciones bancarias que desencadenaría una vez más el pánico.

La abundancia de letras de tesorería, riqueza de bambolla, tiznaba, con falsos trazos de sonrisa, la amarga mueca de los más fuertes comerciantes,

que no podían hacer sus giros por falta de moneda nacional.

Las letras de tesorería, engañadora solución de la crisis anterior, no hacían sino enturbiar aún más el estado de cosas, proclamando su nueva desvalorización en un seis por ciento frente a la moneda legal.

"¡No hay plata!", era la frase que corría por los polvorientos caminos, que los regadores, en huelga forzosa, ya no regaban, desesperados por la imposibilidad de cobrar sus sueldos desde hacía cuatro meses!

"¡No hay plata!", se repetía en las melancólicas tertulias de café, curiosa bolsa de comercio y de noticias.

"¡No hay plata!", bostezaban los más empedernidos jugadores, arrastrando, displicentes, aburridoras partidas de naipes en la sala de "truquear".

"¡No hay plata!", parecían afirmar las moscas. eternizándose en el fondo de los vasos de las ahora reducidas libaciones...

"¡No hay plata!", se lamentaban los dueños de los frutales, viendo perderse sin precio las primeras "camadas" de tempranos duraznos y dorados damascos, por falta del comprador contratista, quien, con sus canastas vacías que atestaban todo un galpón, roncaba, mientras en las grandes ciudades la fruta subía de precio y se tornaba cada vez más en un artículo de lujo.

"¡No hay plata!" — rezongaba Ña Ciriaca, pa

rando sus telares y embolsando la lana, que para no ser menos que la de las enormes estibas arrumbadas en los puertos, pronto comenzaría a apolillarse... mientras la inmutable rotación de las estaciones haría desear el suave calorcito de un buen abrigo.

"¡No hay plata!" — sentenció una tarde Clodomiro Laguna, recostado melancólicamente en el quicio de la puerta del almacén, y metiendo las manos en los bolsillos los dió vuelta: andaba tan pobre, que, según su propia expresión, "ni olor a cobre tenía"...

Clodomiro, si cabe, estaba más flaco que siempre. La desgarrada camisa había perdido media manga. Una pierna de negra bombacha, hoy verde botella, flotaba suelta sobre el descarnado tobillo, mientras que la otra, prendida con un botón blanco, llamaba sobre sí la atención por este extraño detalle de colorido....

El sombrero del gallego, definitivamente suyo, estaba en vias de no desentonar con el resto de la indumentaria, reducida a lo más ínfimo de su expresión. En una sola cosa había mejorado su lamentable vestimenta: un par de "usutas" reemplazaba las agujereadas alpargatas, y aunque este rudimentario calzado — hecho con un pedazo de cuero bruto y atado a los pies con tientos — le hacía retroceder de la época del aeroplano al tiempo de las pesadas carretas construídas "toditas" de madera, sin la menor partícula de hierro, Laguna, con toda razón, las amaba, considerándolas hoy su mejor calzado posible...

Y ¡cómo no!, si conseguir aquel pedazo de cuero no había sido empresa fácil... Fácil era tropezar con un prójimo tirado al borde o en medio del carril; pero encontrar así no más un pedazo de cuero sin dueño... "¡Di'ande!"

Clodomiro Laguna, desamparado, huérfano de toda protección, se había decidido a buscar trabajo. Como fletador, carrero, arreador o "marucho" no lo halló, pues las tropas de carros "hacía rato" que no salían de los corralones debido a que nadie fletaba. Se conchabó de caminero y no le pagaron... Su única ganancia fué adquirir... aquel par de "usutas". Decía haberlas encontrado junto a una acequia. Lo que no decía es que un domingo por la noche las había desatado cautelosamente de los pies de un villano (habitante de la Villa), dormido como una piedra y más lleno de vino que el odre "despanzurrado" que le servía de almohada. Tampoco decía que, a la luz de la luna, se había puesto a contemplar los pies descalzos y el odre vacío, pensando en que más fácil le sería explicar la proveniencia de las "usutas" que al pobre mandadero de la Villa la huída de la mula cargada con el odre y el desinflamiento del mismo. ¡Tanta lástima le tenía a aquel pobre muchachón dormido que por poco se queda velando su sueño en espera del despertar, para aleccionarlo en una bien urdida trama de embustes! Pero, después de pensarlo mejor, se fué... considerando que el mundo era muy ingrato, y seguro

de que no le pagaría la lección regalándole el par de "usutas".

¿Qué hacer? Su último y mejor refugio, la comisaría, hoy le era totalmente hostil. El bueno de don Pancho Reyna, gracias a un intempestivo e incomprensible revuelo de la política local, había saltado de su puesto. Refugiado en un ranchito, ponía en práctica un sabio precepto oído de paso en una conversación, junto a las puertas del banco, entre el imperturbable gerente inglés y un grupo de clientes:

—Oh yes! Crisis se viene nomás, un fija!... banco no dar más money, ¡oh no!

—Pero, Míster Strong, ¿y cómo vamos a hacer?

—¡Producir hombre, producir! gente siempre come carne... gente siempre come pan! ¡oh yes!

—Pero y los viñedos? Míster Strong...

—Oh! este año los viñedos es una lástima! hace mucho tiempo hoja de parra no sirve para vestir!...

¡Al diablo el inglés con sus bromas!, rezongaron los descontentos. Pero, el que pudo, no echó en saco roto la reflexión. Don Pancho Reyna no tenía hacienda ni tenía campo. Adquirió unas gallinas y las hizo producir.... Pensó también en una vaca... Para todo esto el pobre Laguna le estorbaba, y lo abandonó.

* * *

Tristemente reclinado en el quicio de la puerta del almacén, Clodomiro Laguna parecía la encarnación

misma de la desesperanza... cuando de golpe sus ojitos brillaron; ahí no más, no importándosele el rayo del sol, a paso rítmico y largo, venía el inconfundible don Casimiro Fuentes. Eternamente vestido de negro y calzando botas, erguía su alta figura de álamo, orgulloso de sus 74 años sonados sin haberlo agobiado ni quitado diente. Tenía perfil de águila. Sin sombrero, su semejanza con un ave de presa era aún mayor. La luciente y roja, calva, orlada de una franja de cabellos blancos peinados hacia atrás, hacía aparecer aún más angosta la frente, prolongada en las sienes por estriadas y finas arrugas, las que al quebrarse rayaban el apergaminado rostro y hacían resaltar el descomunal tamaño de una nariz husmeadora, de la cual se decía que en los últimos tiempos había perdido — en cuestiones políticas—su fino olfato. Así era, en verdad, pero el mal había comenzado el día en que su seguro instinto fué vencido por una voluntad ajena a la suya...

Fuentes, sobrio, ni fumaba ni bebía; se jactaba de su buena salud como de una perenne hazaña. Padre de veintitrés hijos y bisabuelo, pregonaba una invariable norma de conducta, en un curioso estribillo: "Cuando tengo un peso, lo gasto; cuando tengo una camisa la uso; no me hago mala sangre por nada; tomo mate amargo, y me acuesto temprano".

A la verdad que lo de "mala sangre" era lo más exacto: Fuentes evitaba cuidadosamente cualquier disgusto.

Cambiaba de partido todas las veces que esto le

convenía. Dentro de esta variabilidad, tenía sus férreas normas de conducta: una vez iniciada la campaña electoral, "no se daba güelta al candidato a mitá camino". ¡Esto era ya una virtud! Sin embargo, una vez, trabajando con los "populares", fué llamado por el jefe civitista:

—Amigo Fuentes, o se pasa conmigo, o lo ejecuto—le dijo, mostrándole un papel que señalaba el vencimiento de la hipoteca sobre su único bien: una casita.

Fuentes no quiso hacerse "mala sangre":

—Me paso, doctor.

No hubo más. El doctor rasgó el papel. Fuentes, "plantando" a su partido del momento en plena campaña electoral, "se pasó" pero, desde entonces perdió el olfato...

"Aquello" casi le cuesta la enemistad con algunos, los mismos que le sonrieron cuando, pocos meses después, el doctor, apremiado a su vez por el Banco de la Provincia, que amenazaba declararlo en quiebra, votaba la locura de un vicegobernador amigo para salvar "su" situación...

Nadie se habría atrevido a decir que Fuentes era un mal hombre. Mentia con toda sinceridad. Y es seguro que con un respetuoso asombro y, tal vez, también con un poco de lástima, estaba dispuesto a admirar a quien así no lo hiciera. Las distintas fracciones políticas se lo disputaban, pues era muy ducho en "apalabrar" a la gente, y según era fama,

cuando se lo proponía "hacía cair a la huella al más pintao".

No se le conocía ocupación fija; nadie se extrañaba de que hoy recibiera un telegrama de un gobernador en ciernes, y mañana saliera arreando mulas...

Amigo con todos, prefería andar solo en épocas electorales, actitud que le facilitaba el decidirse en último momento. Nada tenía que reprochar a "su" conciencia, pues no sabía que se podía tener otras ideas. Ante él y para él, los partidos y los candidatos "debían" tener todos las mismas normas y las mismas ambiciones. Para llegar a ellas, ninguna evolución lo espantaba. Pocos días antes había desconcertado a un forastero preguntón, con respuestas que decían claramente su "credo".

—Fuentes, ¿y qué programa tiene su partido?

—¡Y, llegar al gobierno, pues!

—¿Y cómo?

—¡Y, como se pueda, pues!

En seguida agregó, preocupado:

—Esta vuelta la cosa se presenta fiera, porque tuitos andan muy divididos y el presidente a tuitos los larga esperanzados: "Vaya nomás, sin cuidao, trabaje honradamente y triunfará".

—Fuentes, pero esto de "esperanzar" a todos es una embrolla!

—¿Embrolla? ¿Y por qué? ¿Y si no hace ansí, cómo quiere que gobierne?

Casimiro Fuentes había tomado parte en todas las

revueltas provinciales; no gustaba hablar de ellas, decía que estaba "trascordado", y la que menos quería mentar era una de las últimas, en la cual fué muerto a balazos un diputado en plena legislatura. ¿Y para qué acordarse? Si en estos momentos, tal vez, volviendo de una entrevista con S. E., los herederos de los dos bandos enemigos, sentados frente a frente, en un coche Pullman, sorbían un vermut.

Si a Clodomiro Laguna le brillaron los ojos al divisar a Fuentes, fué porque veía en este hombre, que para él encarnaba la política, su probable salvación.

La política lugareña, con sus divisiones, intrigas y sorpresas, era lo único que sacudía la modorra del pueblo, encendía las conversaciones y hacía ruido:

Estruendo de bombas, los rubilaristas.

Interminables aullidos de sirena, los lencinistas.

Ambas cosas a la vez, los conservadores, cuando llegaba la ocasión.

Clodomiro, para no perder la costumbre de disimular, y aunque deseaba hablar a Fuentes, no quiso acercársele; fué éste quien lo interpeló:

—Che, Clodomiro, ¿andás ocupado?

—Fletando, señor...

Fuente sabía que Clodomiro mentía, pero se guardó muy bien de hacérselo entrever; muy al contrario, agregó:

—Bueno... mirá, lueguito te vas al corralón, ahi te daré un caballo pa que te llegues hasta el almacén de Cañada Verde... y les avisás a los mu-

chachos que se vengan pal tren de las seis. Llega el dotor con la cometiva, quieren gente, ¿sabís? Van a discursear.

—¡Viva la unión cívica radical!—chilló Clodomiro, orgulloso de haber hallado tan oportuna respuesta. Pero ¡cuál no fué su asombro cuando Fuentes, casi estrujándolo, lo repechó contra la pared, y en medio de un círculo de curiosos que había salido del almacén trató de explicarle, valiéndose de los dedos y ayudándose con rayas trazadas en la pared, que los radicales de ayer se habían dividido en tantos partidos como hombres que ambicionaban llegar al poder: lencinistas, rubilaristas, intransigentes, encinistas, baecistas, etc.!...

—Unos, terminó Fuentes, se tiran al alma, y otros han desensillao, esperando que aclare...

Clodomiro, todo desconcertado, declaró que aquello era más difícil que la cartilla... Y resignado a no entender una cosa más en su vida, se contentó con saber que en lo sucesivo, hasta nueva orden, debía gritar a secas: "¡Viva el partido radical!"

* * *

Poco después, con el estómago y los bolsillos vacíos, Clodomiro Laguna salía del pueblo, al tranco de su nueva montura. El calor era sofocante y el viaje largo. Sin embargo, iba contento; le gustaba el caballo, el trabajito y la perspectiva de la remuneración. Además, se había prometido ser la som-

bra de Fuentes. Ya había encontrado "manutención"....

* * *

Cuando, envueltos en una densa nube de polvo, parte de los elementos de Fuentes, capitaneados por Clodomiro, pararon frente a la estación, el tren hacía minutos que había llegado. Las últimas bombas atronaban el espacio; el estruendo hacía abalanzar los caballos y cortaba las frases de un orador, quien, dando la bienvenida al viajero, se golpeaba el pecho asegurando que en cada latido de su corazón vibraba un ¡viva el partido radical!

—Ansina, pa que lo sepan!—ordenó Clodomiro a los que traía, y desde lo alto de su montura, que tanto tiempo añorara, posesionado ¡también él! de su papel de mandón, se aprestó a escuchar.

De un salto, ágil, había subido a la tribuna el comandante retirado Volpe, el más popular de los oradores, que "sabía entretener" a la gente salpicando sus discursos con dicharachos y expresiones netamente camperas, prodigando la nota de tono subido, que arrojada a puñados sobre el auditorio, rebotaba en ruidosos retrucos y exclamaciones, como sal gruesa sobre las brasas....

Volpe, simpático, entrecano, ajustado en su chaquetilla kaki, la que, negligente, desabrochó en seguida, inició su discurso con un vigoroso: "¡Muchachos!" y siguió diciendo:

"Porque sián créido que vamos llegando tarde al alfalfar, como hacienda flojaza, se nos acaban de dar vuelta muchos amigos de ayer! ¡Nuestro candidato, aquí presente, va quedando solo... muchachos! ¡A rodearlo y a abrirle cancha! ¡Somos pocos, pero buenos! ¡Así es, que los que se quieran "dir" que se vayan! Pero que sepan, ¡canejo!, que cuando quieran volver se encontrarán con el corral cerrao! ¡No queremos cuatreros, ni hacienda orejana! Al que llegue... ¡que muestre la paleta! ¡Si tiene marca líquida que pase, y sinó... que se "güelva" diande ha salío! ¡Queremos un gobierno de ley! ¡Un gobierno a lo buen criollo! ¡Un gobierno "simplista"! Tanto se tiene... tanto se gasta... y lo que sobre ¡a repartir!"

—¡Viva el comandante Volpe!

—"Un hombre honrao en cada repartición, y que ayude a los amigos y que por la marca los conozca! ¡Y disculpen la comparación con l'hacienda... que no hay de que ofenderse... pues si la Biblia dice que somos animales racionales... yo les digo que conozco a más di'uno que salió con dos patas porque llegó tarde al reparto... y San Pedro lo largó con dos porque no le alcanzaron... pa largarlo con cuatro!..."

—¡Ajajay! Juii... — retozó el auditorio.

—Se acabó muchachos! El doctor viene cansado y hablará mañana; el doctor es de los que no discursean pero hacen! Bien se le puede aplicar el proverbio (!) italiano "non parla ma se fica!" ¡Mu

chachos, a la huella y a no dormirse! No sea que se nos pase la hora del riego... ¡A no dormirse! que en cuanto lleguemos al gobierno ¡se acabó el pobrerío! ¿Cuántos pobres hay? Tantos... ¿Cuánta tierra? Tanta... ¡Pues a cada paisano pobre, tanta tierra, y se acabó el ser pobre! ¡Que eso de ser pobre joroba mucho!"

—¡Viva el comandante Volpe! ¡Viva el doctor Rediles! ¡Viva!...

Aun siguió hablando el comandante; luego otros "oradores" más. Pero Clodomiro ya no los oía. "Se acabó el pobrerío", murmuraba, "se acabó".... "a cada paisano su tierra"...

El candidato miraba todo aquello con ojos soñolientos. Estaba cansado y aburrido; las manifestaciones en su honor eran siempre iguales.

Los electores, desfilando, admiraban, prendido en su corbata, un retrato de Alem.

* * *

La multitud se iba disgregando. Clodomiro, como alucinado, no lo notaba. A su lado pasó Fuentes, gritándole olgo que él no entendió.

"A no dormirse, no sea que se nos pase la hora del riego..." ¿Qué riego... ¿Adónde? ¡Ah! pero en cuanto le dieran su tierra... "pierda cuidao, no s'iba a dormir a la hora del riego"...

Laguna, sin darse cuenta, recorrió varias cuadras entregado al paso de su caballo. En esto, el prolon-

gado aullido de la sirena de un periodiquito local rasgó el aire con ondulaciones bruscas de aguda violencia. La gente corrió hacia la calle principal, y allá también se fué Clodomiro.

La luz cruda de los arcos voltaicos hería los ojos, arrojando un tinte uniforme sobre los rostros sudorosos y polvorientos. Junto a una mesa adosada a las puertas de la imprenta, la misma multitud de carreros, regadores, carniceros, jornaleros y desocupados.... lamentablemente vestida, se apeñuscacaba en un inconsciente vaivén de majada.

Haciéndoles marco, subiéndose casi en la vereda, se alineaban los jinetes, firmes o tambaleándose en sus recados... Tras ellos "trompeteaban" roncamente los Ford y rodaban los coches de plaza, los que al detenerse en hilera, dejaban un claro para que desde la vereda del café los representantes de la alta banca y del comercio, entregados a la última libación vespertina, pudieran contemplar la reunión con fingida indiferencia.

* * *

"¡Viva la unión cívica radical!" ordenó con voz ronca y provocativa un jovencito, encaramándose a la mesa. Flaquísimo, el saco le colgaba de los hombros como de una percha a la cual se hubiera atornillado, en lugar del gancho, una cabecita cuyos cabellos alisados con el mayor esmero indicaban en el cuidado de ese detalle una ejemplar constancia.

¡Viva! respondió el auditorio...

Clodomiro había abierto la boca, pero la volvió a cerrar, para preguntar en seguida a un jinete vecino:

—Che, Braulio, ¿son o no son los de Fuentes? Ansina como gritan parecen que algo son...

—Algo de Fuentes serán... o habrán sío... como ése que habla; con Fuentes nomá anduvo la otra güelta... oí che, oí...

Clodomiro oyó frases truncas.

"Ya le hemos de poner, ya, al doctor Rediles un collar de longanizas pa que mejor se lo coman los ner por delante, que en cuanto el gran muerto nos dé la voz de: ¡aura! no nos han de atajar sus paradas! ¡Y que sepan... y que sepan... que cuando perros! ¡ Y que sepa él y los que se nos quieran posuene la hora, a todos estos traidores que nos han dejado de hambre.... les compraremos, les compraremos.... les compraremos... Voy a decir una barbaridad, "señores"'!...

—¡Que la diga!

—¡Les compraremos calzones!...

Una tempestad de carcajadas acogió esta curiosa salida; el silencio se hizo recién cuando subió a "la tribuna" un nuevo orador, principal número del torneo...

Porteño de origen, ambuló durante años por las provincias hasta dar con la que le pareció propicia para vertiginosos ascensos. Teniendo a la vista los

soberbios Andes, no ejercitó en ellos sus incontenibles ansias de "escalamiento de alturas". La libre inmensidad le causaba vértigos. Para huir de ellos, se encerró en las polvorientas antesalas, y con un continuo y hábil arrastre, llegó hasta una subsecretaría de ministerio. Desde allí amplió su horizonte: soñó con un palacete, con un auto de chapa oficial, con la venia de los agentes, con el humilde saludo de los condenados a eternas antesalas... con... ¡Ah! ¡Ya sabría arrancar a la "democracia" todos los halagos para su torpe vanidad!

Vestía "impecablemente" según la inapelable sanción de las niñas, que admiraban en las retretas las hombreras y el fino talle de sus variados trajes. Lucía en la corbata la consabida perla, en los puños la efigie de Alem, y en el cintillo del reloj a Napoleón, a quien admiraba sin reservas, viendo en su audacia un símbolo. Tan sólo una cosa no le perdonaba: Waterloo...

Procaz en el hablar, consideraba sus absurdos desplantes de lenguaje como un rasgo de hombría. Dirigiéndose al pueblo, siempre se sentía tribuno: "¡señores!" era su tratamiento, aunque en seguida el tuteo para todo el que no fuera de "su rango" era ley. Hablaba gozando de que no lo comprendieran. Clodomiro no lo entendía... lo miraba: detallaba su cabeza de perfil de rata, admiraba el plastrón y el alfiler, se extasiaba ante el áureo relumbrón de los gemelos y la medalla junto a la cual "tinti-

neaba" un vistoso dije en reemplazo del retrato de S. E. llevado otrora... seguía la línea del pantalón, contemplaba los botines de capellada clara, y sobre todo se devanaba los sesos observando un bastón, que manejado por el orador como insignia de mariscal, en los momentos de reposo pendía negligente de su brazo, sujeto por una coqueta correíta. ¿Qué seria aquello?

Entretanto el orador, con patética voz, decía:

—El gran muerto tenía profundas intuiciones de psicología popular y sabía captarse las simpatías; cuando en el recodo de su camino encontraba a un paisano, tendía su diestra con ademán seguro y señalándolo, decía: "Amigo, ¿y usté, pa qué lao rumbea?"...

Aquí fué el acabóse... el orador evocó el ademán, y Clodomiro se sintió interpelado. Pero, sea que la "majestad" del gesto no lo intimidó, sea que el bastón lo obsesionaba demasiado y largo tiempo hacía que se habia formulado la pregunta, el hecho es que 'ahí nomás" la expresó en medio del silencio general, con un breve chispazo de malicia en los ojos y voz firme, pero algo aguda:

—Diga, niño, paqué lleva el mango el talero, si la lonja se le ha caido!...

Fácil es contestar un ataque, difícil atajar el ridículo...

El orador se inmutó... y la hilaridad cundió desbordante, Clodomiro, asustado ante su inesperado

éxito, salióse de la fila; no bien lo hubo hecho, la pesada mano de Fuentes se abatió sobre su hombro:

—Te has portao, Clodomiro; en cuanto lleguenos al gobierno, te nombro agente! y ahora, andá pal corralón y desensillá qu'el rosillo está sudao...

Clodomiro no cabía en sí de gozo. Poco duró su contento. Al enfrentar la confitería, el ricacho Páez, rodeado de un grupo de conservadores que aun reía de la gracia de Laguna, lo chistó; éste, acostumbrado a obedecer, desmontó y acercóse con el sombrero en la mano:

—¡Mande, señor!

—¡Ajajá... gaucho lindo, en cuanto lleguemos al gobierno te nombro sargento! Tomá pa los vicios y mañana venite al corralón,—le dijo Páez riendo y alargándole unos pesos...

* * *

Clodomiro sintió un vahido... Quién sabe.. sería de hambre, de sed, de cansancio; hacía "rato" que no comía ni tenía en las manos tanto dinero. Olvidado del caballo, cruzó la calle a tropezones y entró en el almacén. Se tiró contra el mostrador, le zumbaban los oídos: "agente... sargento... retazo de tierra... se acabó el pobrerío... se acabó..."

Pidió vino.

* * *

El frío de la madrugada lo despertó. El duro piso de portland del calabozo común de la jefatura le acalambraba las espaldas. Los grillos, atenaceándole los tobillos, lo hacían sufrir. Alguien le había quitado las "usutas", estaba descalzo. No recordaba nada. Otro preso, desde la sombra, le susurró: "Te trajeron curao... venias bravo... te decías sargento... Fuentes te denunció... dice que le falta el caballo..." Clodomiro Laguna quiso incorporarse. No pudo. Por entre los gruesos barrotes del tragaluz vió brillar, allá lejos, muy lejos... en el cielo, una pequeña estrella temblorosa... de golpe, como diluída en una lágrima, la estrella se borró.

ÑA CIRIACA

Ave María!

—¡Sin... ¡Juera, Tigre!... Ñato, juera! pasen nomás!... si son más mansitos... ¡Juera, Picho!... Lauritaa, andá...

Por más que la voz de Ña Ciriaca llegaba en estos momentos al máximo de su diapasón, las últimas palabras se perdieron en medio de la batahola que casi invariablemente acompañaba la llegada de visitas.

Los perros, ahuyentados a pedradas, retrocedieron gruñendo, y terminaron por huir aullando ante una segunda descarga más certera. En sus ladridos había una cómica indecisión entre el enojo y el temor, y en los aullidos de Picho — el cachorro —, alcanzado por un "huascazo", el más lamentable desconsuelo de la incomprensión: "Pero ¡por fin! somos o no somos perros guardianes?"

Preguntas análogas, con "ligeras" variantes, debían hacerse también las inofensivas visitas: "¿En defensa de qué terribles bandidos se cría tal abun-

dancia de sanguinarios mastines? ¿Qué tesoros fabulosos oculta doña Ciriaca en su "casa"? ¿Qué conjuro habrá que murmurar para desarmar las iras de Lion, que, abalanzándose, sacude furioso su cadena?".

—"Chóco! Chócooo!" (1) ¡quieto — ordenó Jerónimo, el hijo de Ña Ciriaca, cruzando el patio con un arrastre de espuelas, perfectamente inútiles dado lo manso de su cabalgadura, que soportaba resignada la interminable serie de chillidos y gruñidos de un lechón metido en una bolsa colgada a un lado de la montura.

—¡Qué tanto con la música ésa! — rezongó Jerónimo, después de haber saludado. — Diga, mama, ¿no será mejor que lo...?

—¡Claro, pues, pa que después ande diciendo don Braulio que lo hemos degollao dijunto! Muévase y güelba ligerito!

—Ta güeno!...

El tono del "ta güeno"... el andar cadencioso, la imperturbable lentitud en el último ajuste de la cincha y, ya montado, la pausada salida por la tranquera, indicaban, más a las claras que cualquier larguísima respuesta, que Jerónimo, emprendiendo viaje, malhumorado con el lechón vivo en la bolsa, se entregaba por entero en manos de la fatalidad: todo podría sucederle, desde resistir a la tentación de bajarse en la primera "cocinería";

(1) Perro.

pero flaquear fatalmente ante el espectáculo de los siempre concurridos almacenes del pueblo y salir de alguno de ellos medio "curao", seguir viaje, entregar el lechón, volver y en otro almacén terminar de embriagarse... hasta comenzar por "curarse" y entregar el lechón asfixiado, cansado de tanto esperarlo en la bolsa... o no entregarlo... Todo podía sucederle, menos el regresar "ligerito". Por lo demás, de acontecer ese imposible, la primera en extrañarse habría de ser la misma Ña Ciriaca.

Jerónimo: bajo, delgado y de ojos siempre estriados de vetas rojas, era "ansina nomá"... Su tiempo presente decía: "mañana". Su afirmación categórica, un lento, "quién sabe..."

Analfabeto, desconfiaba de todo lo escrito, mirando la letra de molde con la prevención de la mosca ante la intrincada trama de una telaraña. Y cuando fatalmente se veía en la obligación de habérselas con un "papelito", resignado, predisponía su ánimo a la espera de que aquello le acarreara todas las calamidades posibles.

Las libretas, vales y "papeletas" eran su pesadilla.

Cuando la primer elección de voto secreto, resolvió la situación ante las boletas del cuarto oscuro, entregando el sobre vacío, mientras su primo el carrero Ríos la encontraba llenando el sobre con una boleta de cada "resma", según su propia expresión.

En estos momentos tanto él como Ña Ciriaca estaban profundamente desconcertados frente a la situación política. Toda su vida habían sido fieles partidarios de "cada" gobernador, ahora el gobernador acababa de morir, y su partido se había bifurcado... Por de pronto Ña Ciriaca enviaba al caudillo del gobierno un lechón.

—Al pobre finado Dios lo tenga en su gloria, pero no sea que don Braulio nos haga cortar el agua...

* * *

—¡Pasen, pues! al rayo del sol sian quedao!

Ña Ciriaca, la amable pero siempre descontenta Ña Ciriaca, se yergue bajo el alero de su casa. Alta y sumamente flaca, más alta y más flaca aun en su eterno embozo negro de reflejos verdosos, semeja un árbol seco, y sus brazos descarnados tienen rugosidades de corteza; las manos — grandes, con algo de garra por lo largo de los dedos y corvo de las afiladas uñas negras — se tienden protegiendo los cansados ojos, que allá en el fonco de órbitas muy hundidas dan pálidos destellos de lucecitas mortecinas.

A pleno sol, su cerdoso cabello blanco brilla con luz dura, y la figura toda proyecta una larga sombra de gestos angulosos, cortados a hachazos.

—Las alforjas no se las ie concluido, ¿sabe? Hasta pa más luego no han d'iestar. Se m'enfermó

la Petrona... Ahí está el telar criando tierra... A la Petrona li he dao té dentre cáscara de chilca, d'esa que de tan amarga dicen qu'es dulce...

Ña Ciriaca ríe: un ruidito ahogado, que los flácidos y gruesos labios, recubriendo mal las desdentadas encías, prolongan en vibración.

—Y pa la charlina, (2) ¡traigan más lana!-que la que tengo no mi alcanza.

El tono es terminante. Por lo demás, había que esperar el contratiempo y someterse de antemano: Ña Ciriaca sabe cuándo "dempieza" un trabajo, pero ni ella misma sabe cuándo lo entregará concluído: a no ser que sea "el tiempo e pagar la contribución", en cuyo caso se apura.

Cuando Ña Ciriaca toma un trabajo "e lana e vicuña", como, por ejemplo, la charlina, pues nunca la lana le alcanza!... ¡Y con la lana que pide ya podría la charlina volverse poncho!...

Como según Ña Ciriaca es terminantemente prohibido tejer con lana de vicuña y de guanaco, entonces, pues, hay que tratar de tener la mayor cantidad de lana prohibida, que es la más cara...

—¿Quieren poncho e vicuña? ¡traigan lana! lo que soy yo no tengo... y no estoy pa pagar multas!

Y para significar bien a las claras que "no está pa multas", Jerónimo regala un flamante ponchito de vicuña a Pancho Reyna, el comisario.

---

(2) **Poncho muy chico, bufanda.**

* * *

Familiarizados con las visitas, los perros invaden el alero, olfatean, y con un largo bostezo se echan a la sombra. Tras ellos, e incitados por su confianza, de todos los rincones de la casa van asomando cabecitas desgreñadas y ojos muy negros que, a la menor señal de amigable saludo, desaparecen como por encanto, para mostrarse de nuevo a los pocos minutos adelantando algo más de su persona; un compás de espera, y toda la chiquilinada está junto a los perros; entonces las grandes moscas zumbadoras retoman en la modorra de una larga tarde su interrumpida tarea de recorrer por igual las basuras, los perros y a la gente.

El sol, filtrando a través del tupido parral, traza en el suelo dibujos caprichosos.

Un "choique" (pichón de avestruz) calmosamente cruza la escena, dando de vez en cuando un rápido picotazo en el aire; una tirilla roja rodea su cuello.

—Pa que no l'echen mal d'iojo — explica Ña Ciriaca.

En la cocina, a través del humo del fogón, se divisan figuras de mujeres que, sentadas en cuclilas, toman mate. El telar hoy no trabaja. Recostado en el quicio de la puerta, Juan de Dios —

otro hijo de ña Ciriaca — lentamente soba un lazo...

* * *

—El año viene malo — sentencia Ña Ciriaca, devanando una madeja.

Se estaría tentado de preguntarle cuándo para ella el año no viene malo, pero para qué... El lento devaneo sigue, y con ello el rezongo...

Ña Ciriaca — la eternamente quejosa — es dueña de un campito, de una finquita y de un telar. Todo a la antigua.

En el telar trabajan, cuando trabajan, en interminable serie de la más intrincada genealogía: hijas, sobrinas, primas, nietas y entenadas de Ña Ciriaca.

Reina allí una división del trabajo, no tanto por la sucesión de las distintas operaciones, sino a fuerza de cumplidos: Encarnación "descarmena" la lana, porque "naide descarmena mejor que la Encarnación"; la María Josefa hace la "soguilla" y forma el "copo": "¡Ay, cómo es de ligera María Josefa pa la soguilla!"

Laurita hila el copo: "¡Pa hilar el copo no hay como la Laurita!"

Ña Ciriaca en persona "arma" el telar — en un marco de vigas sujetas por fuertes tientos —, y ella y la Petrona tejen.

Pero... cuando Encarnación anda con su dolor "a la paletilla", nadie "descarmena", y si no hay

lana de reserva, el trabajo para; otro tanto acontece si la María Josefa anda con sus dolores de muelas... y como cada una de ellas tiene invariablemente su trabajo y su dolor...

Trabajando, jamás cantan, cambian una que otra palabra, y es todo; y cuando Jerónimo viene de paso con la tropa de carros en la cual es puntero, y los carreros hacen rueda junto al fogón, el silencio del telar es aún mayor, pero los ojos brillan. Sólo cuando la noche cae y suena la guitarra en la oscuridad se deslizan sombras y el rumor de los sauces acompaña el rumor de los voces.

Y los días y el tiempo correrían quedo como el monótono rumor del agua de la acequia, si el gesto de las borracheras no lo rompieran con su nota brutal, si en época de la vendimia no estallara algún odio guardado, si otro entenadito más, llegado así... un buen día, no turbara la paz con sus gritos, luchando los primeros largos meses entre seguir viviendo o transformarse en angelito. En ese caso, el velorio de la criatura — llevada a lo del médico y a cristianar las más de las veces moribunda, y traída en sulky o a caballo ya muerta, con la cabecita sangoloteándose — es una diversión macabra donde la más crasa ignorancia, reinando como dueña y señora, funde, entre un trago de vino y un rezo embrollado, la burda superstición con los ritos de una incomprensible religión fantásticamente interpretados.

En el altar de la casa de Ña Ciriaca, la virgen de los Milagros sonríe candorosamente entre: figuritas de paquetes de cigarrillos que decoran las paredes de su nicho, un brillante cromo arrancado de una revista, que Jerónimo, en uno de sus rarísimos viajes en tren, encontrara olvidada en un asiento, y una mata de fique bendecida para Pascua, y cuyas hojitas quemadas en día de tormenta desvían el rayo y conjuran el temblor. ¡El temblor es el terror de doña Ciriaca, y por eso ella, y todos los suyos duermen siempre afuera, bajo el alero, junto con los perros.

Si el telar de Ña Ciriaca produce poco, no le da mucho más la finquita.

Las viñas "de cabeza", claro está, dan poca uva...

Los duraznos sin podar: poca fruta...

Los enormes perales: idos en leña...

La patrialcal higuera, patriarcalmente no da más higos que los indispensables para el consumo de la casa.

En la huerta, el agua de la acequía riega equitativamente las escasas verduras y los yuyos, que aho gan los almácigos. Sin gran aflicción de Ña Ciriaca, quien encuentra que la verdura "ensucea el caldo".

Les gusta el zapallo, pero... el zapallo dulce se "enceló" con el "guacho", y se "golvió amargo" según explica Laurita. También apetecen los choclos, pero la excesiva agua de la acequía — que, por lo demás, sería fácil desviar — ha hecho 'ir en vicio"

el maíz, y éste tiene mucha hoja, pero dará poco grano.

Vaca no hay, pero sí una majadita de cabras que dan más olor que leche.

Las gallinas cumplen con su deber poniendo huevos y sacando pollos, pero... las ratas se los comen.

En el chiquero, un cerdo flaco filosofa sobre la relativa verdad del dicho: "Chancho limpio, nunca engorda", considerando que seria mucho más exacto con el siguiente "pequeño" agregado: "y, sin comida, tampoco".

Lo único soberbio en la finca de Ña Ciriaca son los sauces. Son magníficos. Crecen, hunden sus raíces, beben el agua, desmelenan su copa al sol y al viento, e inundando con una ola de sombra y verdor el polvoriento camino, lo hacen más grato.

* * *

—El lecheraje anda "flacazo" — prosigue Ña Ciriaca en la enumeración de los males, pasando, después del telar y de la finquita, revista a su campito.

—"El terneraje anda escaso, y eso que de la primera parición le he yevao el mejor ternerito al cura.

—¿...?

—Sí po, la primicia... pa que la venda pala Virgen.

—¿...?

—Pero no ve... lo primerito pa la Virgen, an-

sina me cuida l'hacienda y me la libra de tuitas las pestes!

—La virgen le cuida la hacienda... bueno... y eso que dicen que por aquí hay aftosa.

—¿Atosa? ¡Ya lo creo!, si me lo dijo m'hijo que

—¿...? tenimos atosa...

—¿Y cómo no la himos de tener? ¡Anima bendita! Si este pícaro cura no vendió el ternerito pa limosnas a la virgen. ¿No sabe? Pues el otro domingo nomá me juí al pueblo a oir misa y ¿no me lo veo, en el corralito del cura, al ternero ese que s'estaba golviendo toro?!

—¡Diga, señor cura, qué hace que no vende ese animalito de la virgen, no ve cómo s'está poniendo!

—Es qu'está tan lindazo, Ña Ciriaca, diga, ¿por qué no le trae otro a la virgen? Me contestó el muy perdido... y yo ahí nomás le retruqué: Usté será ladrón di hacienda celestial ¿sabe? pero lo que soy yo... la primicia es lo primero, y yo he cumplido, y hasta el año que viene no hay otra parición, y no hay primicia! Y ahí la tiene a la pobrecita Virgen sin su ternero, y claro... quién sabe nomá, si no anda medio resentida,... y la atosa...

—¿Por qué no hace vacunar la hacienda?

—¿Embacunar yo? ¡Ni a mis hijos!!...

(Un largo silencio).

—¿Cuántos hijos tiene, Ña Ciriaca?

—Tuve once, me quedan cuatro.

—Y ¿de qué murieron?

—¡De viruelas pó!

—¡...!

—¿Y qué? ¡Di algo nos morimos tuitos! Hasta yo... que m'e de morir de vieja...

Otro largo silencio. En esto un lento silabeo nos hace volver la cabeza: al pie de uno de los más hermosos sauces, Pedro, el último nieto de Ña Ciriaca, deletrea...

—Este, el año pasao casi se nos va de un pasmo que le dió...—explica Ña Ciriaca señalando al chico—. Hice decir tres misas y llamé al médico. No sé si lo curó la virgen o el dotor... pero la cosa es qu'el dotor pidió que en pago se mandara al chico a la escuela, ¡cosa e pueblero! no sé pa qué! Y ése sí está embacunao...

* * *

El sol declinaba, delineando con fulgurantes brochazos de luz los picachos de los Andes, y arrastraba por laderas y hondonadas un cambiante manto — desde el azul turquesa al violeta intenso — de sombrio terciopelo.

El hilo de plata de la acequia, perdiéndose entre la arboleda, tomaba reflejos rosados, y el pie de los vigorosos troncos de los sauces se iluminaba con la roja luz del poniente.

La casa y el alero proyectaban una larguísima sombra negra, y la figura de Ña Ciriaca, encorvada en su silla, se iba borrando en el crepúsculo.

Pedro leía, envuelto en el incendio del ocaso, que,

como una promesa, anunciaba para después de la noche la luz de un nuevo día.

Las verdes guias del sauce, en suave ondulación, acariciaban la cabeza renegrida, y cruzando y volviendo por sobre las páginas abiertas, parecían curiosas — también ellas — en deletrear en manos del nuevo retoño de una vieja estirpe: el primer libro.

INDICE

	Pág.
Cuento Cordobés	5
Corrida de sortija	15
Cuadros campestres	25
La sequía	41
Pietro	53
Vísperas electorales	67
Pedro Urdimales	83
Pedro Urdimales en el cielo	97
Despertar	120
Vida rústica	138
Alegría de la chacra	161
Junto al monte	171
En tierras de riego	175
Clodomiro Laguna y el comisario	191
Clodomiro Laguna unidad electoral	206
Ña Ciriaca	227